

A close-up portrait of a man with dark hair and a light beard, wearing a dark suit jacket over a white shirt and a dark scarf. He is looking slightly to the side with a serious expression. The background is dark and out of focus.

Pasión

EN TIEMPOS DEL ASESINO

Thriller romántico

CAROLINA
MCLEOD



EN TIEMPOS DEL ASESINO

THRILLER ROMÁNTICO

CAROLINA
MCLEOD

PASIÓN, EN TIEMPOS DEL ASESINO

Copyright © 2023 Carolina McLeod

Título: Pasión, en tiempos del asesino

Primera Edición: Septiembre 2023

Maquetación: Sandra García @correccionessandrag

Imágenes de portada: Gago, Ilustraciones

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un Sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, o por fotocopia, por grabación, o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser un delito contra la propiedad intelectual.

Sobre la autora

Me encanta el romance, soy una fanática, no puedo evitarlo. Sin embargo, me apasiona mezclar, experimentar y es por esa razón que mis historias se entrelazan diferentes géneros. Esta vez le tocó el turno a un policial mezclado con tintes de humor, drama, psicología, intriga, misterio, sospecha y amor. Quienes me han leído anteriormente saben que amo los personajes fuertes y sensibles al mismo tiempo. Porque nadie puede ser un extremo todo el tiempo y para mí, sea el género que sea, es importante que mis protagonistas sean reales, que cuando los leas puedas verlos, amarlos, odiarlos, porque son como vos, o como yo. Sienten y te hacen sentir.

Esta historia me ha encantado porque fueron precisamente ellos quienes eligieron como ser. Y yo los escuché.

Te invito a que te adentres en ella y que la disfrutes como lo hice yo.

Carolina McLeod.

Siempre agradeceré a quienes llevo dentro de mi corazón y son parte de mí, mi hermosa familia. Mis hijos, mi esposo, mi padre, mi madre (besos al cielo, ma), mis hermanos y mis sobrinos.

Pero no puedo dejar de agradecer a mis lectoras y lectores, quienes son también parte de esta aventura maravillosa que es contar historias.

Quienes me apoyan, me comprenden, me ayudan, me regalan un ratito de su tiempo para prestar atención a mis libros, quienes se enamoran como yo de mis protagonistas, ¿como no estar agradecida, por tanto?

Todos, son parte del engranaje.

Cada historia nace de ustedes que me motivan a que sean mejor día a día.

Así que unas gracias, enorme.

Prólogo



*El niño no aprende de lo que los mayores dicen,
si no de lo que ellos hacen.*

Robert Baden-Powel

Todos habían conspirado, él no era culpable, ni tampoco su hermano. Sus acciones no eran más que un acto de supervivencia y protección. Él no había elegido ser de aquel modo. Él solo deseaba no haber sido diferente.

Aquel era su mantra, una débil y absurda justificación para los atroces crímenes que cometía.

Abandonó la jeringa sobre la desnuda y fría mesa auxiliar. El espeso líquido pronto comenzaría a hacer efecto corriendo sin medida por sus venas. Aquellas inyecciones eran cada vez más frecuentes. Nada detendría la mutación, esa deformidad, que si no la contenía, en poco tiempo le sería imposible continuar con su cometido. No le interesaba ser fuerte, aquel monstruo poderoso en el que lo habían convertido. Él deseaba trabajar con sus manos. Utilizarlas como su mentor, señor y creador.

Las húmedas paredes del laboratorio y aquellos inquietos ratones encerrados en sus jaulas eran los únicos testigos mudos de su dolencia. Nada era suficiente evitar el calvario.

Cerró los ojos, su respiración era pausada y lenta. Aquello le permitiría calmarse, al menos hasta que sus dedos pudieran volver a moverse. Sudaba, un calor indescriptible lo abrazó de pronto, la droga había comenzado a funcionar. Aun con dificultad abrió la puerta del baño, necesitaba refrescarse y quitarse las lentes de contacto que tanto odiaba.

Mojó su sudado rostro a pesar del dolor, el espejo le devolvió una imagen desconocida. Nadie

podría precisar su edad.

El dispar color de sus ojos se mezclaba con la sangre de las infinitas venas, esas endemoniadas lentillas escondían a la perfección su único ojo azul. Aquel intento fallido que sus progenitores le habían legado. La que los científicos llamaban heterocromía.

No obstante, soportar esos lentes por horas traía sus consecuencias. Mechones entrecanos caían sobre su frente ocultando sus prominentes pómulos. Aquellos que le recordaban a sus padres. Tocó su espesa barba, el agua había caído sobre ella. Ni siquiera se molestó en secarla con una toalla, sus temblorosas manos hicieron el trabajo.

Retomó aquella exhaustiva contemplación en el espejo. Prometiéndose que pronto, cuando todo terminara, volvería a ser el mismo de antes. Dejando ver la perfección de la creación.

Su móvil interrumpió sus pensamientos. A regañadientes lo tomó con cuidado de no forzar sus doloridos dedos.

—Dime que tienes todo —Ni siquiera se molestó en saludar. Su hermano era la única persona con la que tenía contacto. Nadie lo llamaría excepto él.

Una sonrisa ladina se dibujó en su rostro tras escuchar la respuesta.

—Ven pronto. Aún faltan cosas por preparar —Dejó caer el móvil, aquel esfuerzo le saldría caro.

Sin embargo, había tiempo para recuperarse, nada podía hacer hasta que su hermano llegara.

Se desplomó en el viejo sofá, contempló su obra. Admirando las fotos adheridas a la pared.

Aquel collage que decoraba, como un cuadro, la húmeda y desolada habitación.

Años, meses, días esperando para que aquel momento llegara. Demasiado tiempo estudiando sus movimientos, sus vidas, sus dolencias. Demasiado tiempo alimentando odios y rencores. Encerrado en aquel lugar devastado y olvidado por la mano de Dios. Oculto, experimentando como y cuando asesinarlos. Como desterrarlos para siempre por el daño que le habían causado.

Sonrió. Todos ellos, tenían fallas y él, solo los ayudaba a liberarlas.

Apretó sus puños, un aullido intenso salió de sus adentros, logrando que los inquietos ratones se paralizaran. Maldijo, había olvidado cuanto le dolían sus dedos.

Volvió a inspirar. Esta vez el dolor pasaría pronto, la inyección lo protegería.

Fijó sus ensangrentados ojos en su último objetivo. Las únicas fotografías que no tenían una cruz. No veía la hora de tacharlas como a las anteriores.

Debía reconocer que aquella sonrisa perfecta que le regalaba esa foto, aún causaba efecto en él, lo excitaba como la primera vez que la vio. Sin embargo, no debía olvidar su traición.

Ella se había burlado de él, confinándolo a esas olvidadas paredes que lo rodeaban. Obligándolo a ser un fugitivo.

Ella sería su coronación. Día tras día, durante demasiado tiempo, se le había acercado. Se había burlado de ella, evitando que lo reconociera, oculto bajo aquel disfraz.

Tomando la identidad de alguien inocente, ganado su confianza tal y como lo había hecho con sus víctimas anteriores. Todos habían creído en él.

Ella pronto los acompañaría. Pero no había llegado su hora, no todavía.

Sus padres estarían orgullosos de su trabajo. Los había superado, creando diferentes drogas que provocaban aquellas muertes. Acelerando el proceso. Seres que no merecían caminar por la tierra. Humanos, defectuosos y enfermos.

¿Para qué usar un solo veneno cuando puedes crear uno para cada ocasión?

¿De qué valían tantas horas de estudio?

Acarició con suavidad aquel libro. Ese que lo había inspirado, el legado de su mentor. Un diario con toda la información que necesitaba para mejorar y alcanzar aquellos experimentos.

Lo había leído tantas veces que su mente podría recitarlo sin siquiera dudar. Dos frases en particular se habían fijado en su memoria. Había marcado aquellas citas para releerlas una y otra vez, día tras día, como quien le reza a su Dios. Como un recordatorio, una meta que alcanzar. Saboreando en sus labios aquellas palabras que excitaban sus sentidos, como el buen sexo.

“Nuestro experimento racial falló, pero es necesario tomar medidas drásticas para combatir el exceso de gente. La humanidad debe tomar una decisión para sobrevivir a los tiempos modernos. Si la bien eugenesia no funcionó a corto plazo, necesitaremos otra solución igualmente radical”

“Sabemos que la evolución controla a la naturaleza por selección y exterminio. Los incapaces de aceptar esas reglas de seres más capaces deberán exiliarse o extinguirse. Los hombres débiles no deben reproducirse. Es la única forma en que la humanidad exista y se mantenga”

Josef Mengele.

Y él sería quien la llevara a cabo. Lo que sus progenitores habían comenzado, probando y experimentando con los cuerpos de sus propios hijos. Sus manos y sus ojos eran un recordatorio constante y doloroso de aquellos años en los que eran meros conejillos de indias en manos de dos ineptos. Sus padres no merecían llamarse doctores. No como aquel gran e incomprensible médico, el ángel de la muerte, el padre de la eugenesia.

Sin embargo, y a pesar de todo, se los agradecía. Al liberarse de ellos, no solo había salvado la vida de su hermano y la suya, sino que le habían dejado su legado. Él era la prueba viviente de que la raza suprema existía. Ya encontraría cura para su afección. Sus manos y todo su cuerpo eran superiores, instrumentos mejorados, diseñados para ser invencibles.

Tomó el diario entre sus manos, ya el dolor era algo extinto, buscó entre sus viejas y desgastadas páginas. Allí estaba, la frase que resumía todo, la que lo unía con su mentor. Ese nexo que el propio Mengele tenía con él y con su hermano.

“Fui un joven inmaduro y solitario. Todo podría haber sido diferente si hubiera tenido un hogar feliz, con gente que me cuidara”

Josef Mengele, siempre sería su consejero, su creador, su Dios y hasta su padre.

Poco le importaba que ese hombre, era el mismo que había ordenado la “limpieza” de un galpón con setecientos cincuenta judíos dentro, tirando aquel inminente gas venenoso para combatir una infección de piojos, o que, realizara pruebas físicas y fascinantes experimentos con seres vivos en Auschwitz.

Por el contrario, admiraba y veneraba a ese hombre quien había experimentado inyectando productos químicos en los ojos de niños para volverlos azules, a fin de cuentas, sus padres por poco y lo logran con él.

Ya llegaría el tiempo en donde él también extraería órganos a gente todavía viva o cosería gemelos para crear siameses.

Solo que no todavía. Primero se vengaría de todos.

Cerró aquel preciado tesoro y regresó la vista a la fotografía de la doctora.

—Pronto, mi querida Gema. Te he reservado lo mejor para tu final...

Capítulo 1



Don modelito y el demonio rubio

La luz se filtraba por la ventana, clavando sus enérgicos y brillantes rayos en su rostro. Era imposible continuar durmiendo, por lo que la almohada serviría para tapar aquellos endemoniados proyectiles que interrumpían su descanso. Su cabeza le dolía, una bomba parecía explotar clavando aquellas esquirlas después de ser detonada. Retumbando en un eco poderoso. Dejando un reguero de pinchazos, como infinitas agujas, impactando en su nuca y en su frente.

Sin embargo, se obligó a disfrutar de sus sabanas recién compradas, esas que tanto le había costado conseguir, las del anuncio y que solo las compras online vendían. Olían demasiado bien, como para abandonarlas.

De pronto, una mano se apoyó sobre su estómago, *qué raro*, a regañadientes quitó la fragante almohada que la protegía del demoníaco sol, y ahí, junto a ella, se encontró con unos ojos color miel, brillantes como aquel astro que tanto odiaba esa mañana. Un adonis, mostrando una sonrisa que bien podría protagonizar un anuncio de pasta dental.

¿Pero qué demonios...?

Sus andanzas nocturnas debían ser seguramente la clave de aquel hombre junto a ella. Ni siquiera recordaba cómo, *ese espécimen del Ken de Barbie*, había llegado a su cama y ¡a sus sabanas!, *joder, joder y mil veces joder*, no obstante, le devolvió la sonrisa, aunque por dentro deseara gritar y escapar como una fugitiva de su propia cama.

—Buenos días, princesa —remarcó el muñeco Ken, a la vez que se le acercaba con toda la intención de besarla.

¿Princesa? Joder Gema, ¿qué has hecho tía?

—¡Alto! —clamó, mientras que tapaba su boca con sus amadas sábanas—, aún no me he lavado los dientes...—pronunció alejándose de aquel hombre antes que la atacara de nuevo.

—Solo un beso ¿O es que acaso te has olvidado de lo bien que la pasamos anoche? —insinuó al tiempo que se incorporaba mostrándole un perfecto y trabajado trasero, como si los dioses lo hubiesen esculpido.

¡Dientes de anuncio de pasta dental y culo de peli porno! Ahora podría girarse solo un poco y... ¡Bingo! Es definitivo, está para una porno. Madre mía, y tú lo has disfrutado... ¡Deberían darte un premio Gema!

Don Adonis no tenía la menor intención de irse, se había instalado en su diminuta cocina, como si fuera la propia.

Bueno, al menos sirve para preparar el café.

Si algo necesitaba Gema como respirar, era su taza colmada, o mejor dicho, litros, de café recién preparado. Aquella bebida era su droga, y, a pesar de que sabía que su estómago no la resistía, poco importaba, un antiácido haría todo el trabajo.

Después de lo que a Gema le parecieron horas, el susodicho decidió tomarse una ducha, dejándola a solas con su bebida favorita. Intentó concentrarse, su mente estaba en blanco. Lo último que recordaba era la fiesta a la que su mejor amigo la había invitado, jurándole y perjurándole que solo habría gays. Hacía tiempo que prefería estar sola. Los hombres de su vida habían sido una gran decepción y no tenía deseos de involucrarse con un espécimen de Ken, como el que se encontraba en su baño. Ya hablaría con Iñaki, él sabría qué había sucedido.

—Entonces... ¿Quieres que nos veamos esta noche? —Don Adonis, apareció envuelto solo con una toalla. Gema suspiró, evitando mirarlo. No vaya a ser que Ken se entusiasmara por segunda vez.

No, ni esta noche, ni nunca. Touch and Go, con eso me basta.

—No lo sé... —Ni siquiera recordaba su nombre, se odió y odió a Iñaki—. Quizá sea mejor que sea yo quien te llame. Mi trabajo no tiene un horario fijo —Al menos no le mentía en eso,

pertenecer a al departamento forense de la comisaría era una lotería en cuanto a horas de trabajo se refería.

—¿Los sábados trabajas también?

¿Pero este churri es periodista? ¿Por qué, de todos los Ken, me tocó el preguntón?

A pesar de estar cabreada, no le contestó y le dedicó una hermosa sonrisa al mismo tiempo que asentía.

Lo acompañó hasta la puerta sin soltar su taza de café.

Necesitaba que el actor porno se fuera. Ese sábado era su día libre y pensaba disfrutarlo, su cita con la peluquería y su manicura no podía esperar. Legado de Ana Arzúa, su obsesiva madre.

—¿Prometes que me llamarás? —insistió el adonis, alias *Ken de Barbie*.

Una mentira piadosa Gema, solo eso y al fin el churri se irá.

—Lo prometo —Su susurro la sorprendió.

Digno de un “Óscar” de la academia, joder, toda una actriz.

Cerró la puerta y suspiró aliviada.

Corrió hacia la ducha, feliz, pletórica, quitándose las bragas en su camino, en menos de una hora sus hermosas uñas estrenarían un nuevo color y se cortaría aquella interminable cabellera rubia.

Sin embargo, el sonido de su móvil la paralizó ni bien puso un pie en la bañera.

¡No! Por favor dime que no es verdad...

Tal vez si dejo que suene... A tomar por culo...

¿A quién quieres convencer? Lo atenderás como siempre.



Por la cara de pocos amigos del jefe de policía, ya podía imaginarse lo peor. Ese hombre la odiaba, estaba convencida de ello. O al menos odiaba que la gente descansara. Dos meses, dos putos meses sin tomar un día libre. Los muertos del laboratorio y Felipe Iñiguez, hasta el universo, estaban en su contra. Así era como Gema lo sentía.

Se había vestido con lo que había usado la noche anterior, poco le importaba lo que su jefe pensase, no tenía intenciones de aparecer como una esclava con aquel uniforme monótono que la obligaban a usar a diario. Estaba segura de que aquello lo había enfurecido aún más. Ese hombre bien podría confundirse con un dragón de la mitología, solo que el fuego salía de sus ojos.

—Buenos días, Arzúa —saludó observándola de arriba a abajo, pasando el escáner de la inquisición.

Ese hombre era una réplica de los actores de Hollywood de los años cincuenta. Una copia exacta de Clark Gable en Lo que el viento se llevó. Su cabello impecable y engominado, rara vez estaba fuera de lugar, tieso como el fino bigote que completaba su rostro. Hasta el traje que llevaba no se movía, ni siquiera, una ínfima arruga. Más que un ser humano parecía una estatua.

¿Algún día este tío sonreirá o es que tiene un palo en el culo?

—¿Tardaremos mucho “Jefe”? Porque le recuerdo que hoy es mi día libre —Si las miradas pudiesen matar, Gema caería a los pies de Iñiguez en ese instante.

—El tiempo que sea necesario. Y no intentes provocarme. De lo contrario tendré que suspenderte —Gema abrió los ojos con sorpresa.

¿Joder, cómo no se me ocurrió?

— Hay alguien que quiero que conozcas. Vamos, te lo presentaré —añadió sin siquiera mirarla mientras se dirigía al laboratorio con su palo metido en el culo. Gema carcajeó por lo bajo, logrando que su impoluto jefe la observara de reojo.

Su sonrisa se borró de pronto de su rostro. Una descomunal espalda chocó contra ella, o mejor dicho, Gema se topó con ese cuerpo, logrando que el dueño de aquella mole se girara. Ese enorme espécimen de “Ken mejorado” clavó sus azules y profundos ojos en ella. Obligándola a mirar al menos veinte centímetros hacia arriba.

Vaya, ¿qué hace este modelo de portada aquí? Hombres así deberían estar prohibidos. Madre del amor hermoso.

Su oscuro cabello era todo lo contrario al de Iñiguez, alborotado, desprolijo, su precioso rostro griego llevaba indicios de no haberse afeitado por varios días. Gema se encontró

suspendida de su nube, sorprendida, no estaba acostumbrada a semejante espectáculo. Los tíos que currabán en el edificio eran bastante normalitos, y los que sobresalían eran unos completos gilipollas, al menos con los que había tenido “algo”.

Una pena. Había jurado nunca más salir con un compañero de trabajo, bueno, quizá no había sido tan enérgica con esa decisión. Quizá se podía romper el juramento, al fin y al cabo, nadie la había escuchado, solo su conciencia...

—¡Gema...! ¡Gema! —Su jefe la sobresaltó obligándola a mirarlo—. Te presento al detective de homicidios Álvaro Moyá, él estará a cargo de la nueva investigación. Ha comenzado en el día de hoy, de ahora en más será parte de nuestro departamento. Espero se lleven bien y que no haya desacuerdos como con los “anteriores”. No puedo permitir más problemas con el personal, ¿entendido?

¿Detective? ¿Investigación? ¿Qué está ocurriendo?

—Sí, Felipe, no volverá a suceder —Intentó con todas sus fuerzas callar. Sin embargo, su lengua no podía dejar pasar la oportunidad. Necesitaba soltarlo, una vez más—. Solo para aclarar, el detective gilipollas ese, fue quien se pasó tres pueblos. No es mi culpa si mi puñetazo lo sentó de culo. Reconozco que no soy fácil, pero cuando tengo la razón, la tengo. Además, nada de eso hubiera sucedido si no te hubiera ido con el cuento —Álvaro no pudo evitar carcajear imaginando a aquella diminuta rubia golpeando a González, un excompañero de investigación en la división de drogas.

Con que ha sido ella...

El detective sonrió al recordar la noticia de como le habían bajado los humos a González, el acosador, ese era el apodo que llevaba. Siempre en líos de faldas. Su ojo negro fue la cotilla por semanas. Y ahora, frente a él, estaba la heroína de aquella gran hazaña.

—Bueno, ese asunto ya está olvidado, no hay más que agregar Gema —Iñiguez deseaba asesinarla—. Hay que reabrir el caso Fajardo, la fiscalía afirma que no se han realizado los pasos correspondientes, que hay inconsistencias. Sabes que no quiero tener problemas. Este departamento siempre fue el mejor, no sé qué ha pasado, pero hay que reabrirlo de inmediato.

—Pero ese caso ya está archivado, yo misma... —No pudo continuar con la frase, sus ojos se desviaron hacia el detective “modelo” que estaba tomando los papeles de su escritorio como si fuese su dueño.

—Pero me cago en todos los dioses ¿Quién fue el hijoputa que redactó este informe?— replicó Álvaro a la vez que Gema lo observaba boquiabierta—. ¿Es que ese tío es un gilipollas?

Será cabroncito el guaperas... Ah, no, “Modelito de pacotilla”, eso sí que no lo voy a

permitir.

Iñiguez cerró los ojos, rezando, implorando que la bomba no explotara. Sin embargo, era tarde, la cara de su forense estaba encendida y a punto de asesinar a su flamante detective. Estaba cansado de apagar incendios, esos dos tendrían que aguantarse.

— Si quieres saber, puede que Gema te ayude —contestó Felipe alejándose de la zona de guerra—. Debo irme, tengo una reunión en cinco minutos, buena suerte Moyá...

Acabas de cavar tu propia fosa muchacho...

Gema apretó sus puños a punto de que sus preciadas uñas se rompiesen. Respiró profundo, intentando no tomarlo por el cuello.

—”Ese informe”, fue redactado por un “forense”, alguien que definitivamente sabe lo que hace. Creo detective, que antes de repartir insultos, debería tener más respeto por este departamento. Y para ser más exactos quién dirige la morgue soy “yo”, cosa que Iñiguez olvidó de mencionar.

—Pero claro, —Se divirtió Álvaro con sarcasmo—, tenía que ser una mujer, esto no puede ser cosa de hombres —añadió moviendo el informe como si fuese un mísero papel—. Creí entender que trabajaría junto a alguien competente.

Gema deseó golpearlo y hacer que el muy cabrón desapareciese para siempre.

¿En qué demonios estaría pensando Iñiguez para ponerme a trabajar con este “Modelito marichulo”?

—No tengo tiempo para chorradas. Y mucho menos escuchar al cabroncito del momento —Y empujándolo hacia la puerta, gritó—, gilipollas —Cerró de un estruendoso portazo que removió los cuadros con sus interminables diplomas.

Moyá no podía creerlo, aquella mujer que lo había dejado impresionado, era un demonio. Le había cerrado la puerta en la cara, ¡a él!

Se dirigió a su oficina cabreado. Ya hablaría con Iñiguez, su nuevo jefe lo escucharía. Todos los detectives de Valencia querían trabajar en la central, y esta había sido su oportunidad. Sin embargo, soportar a la rubiales sería un suplicio. Aun así, no podía quitarse la imagen de la forense de la cabeza. Sus ojos color ámbar, su boca carnosa, ese perfecto y pequeño cuerpo, que con un solo brazo lo podía rodear por completo. Ese vestido negro que dibujaba cada una de aquellas infartantes curvas, debería estar prohibido.

Solo de pensar en ella, su miembro tomaba vida propia.

Intentó serenarse y revisar los informes que científica le había entregado, ese caso le daba mala espina. Sin embargo, era imposible, el cabreo no le permitía abstraerse.

¿Cómo haré para concentrarme, si es guapísima?

Un demonio hermoso y peligroso.

Decidió regresar al laboratorio, solo con la intención de desquitarse.

Capítulo 2



El comienzo

Universidad Católica de Valencia, dos semanas atrás.

Había sido un viernes bastante movido. Desde el altercado de esa tarde se sentía nervioso. Esos bravucones habían venido a increparlo como si tuvieran derecho a reclamo. Los alumnos eran cada vez más violentos y los directivos se lo permitían. Él no estaba para esos tratos.

¡Hasta lo habían amenazado!

Para colmo de males la lluvia no ayudaba, todo el día sus huesos habían dolido. Ya era la hora de ir terminando de corregir los exámenes de ese día. Cosme Fajardo se quejó moviendo su cabeza en desaprobación. Los estudiantes eran perezosos y escribían poco y nada. Y los más atrevidos copiaban todo gracias al nefasto internet que tenía todas las respuestas. Por lo que en realidad era cosa fácil y hasta rutinaria. De seguro, no más de tres o cuatro aprobarían. Los alumnos de siempre y sus preferidos.

Le preocupaba.

¿Qué podía hacer? ¿Estaba dispuesto a dejar que esos cabroncitos obtuvieran un diploma sin merecerlo? Mucho menos ese grupo que lo había visitado el día de hoy. Esos desgraciados recibirían el castigo que merecían. Poco le importaba si lo despedían. Estaba cansado de las constantes llamadas de los dueños de la Universidad, amenazándolo con cesarlo en sus labores si no aprobaba a los estudiantes que abonaban la abultada cuota mensual, además de los aportes de sus despreocupados padres.

—No, señor, ninguno de ellos es merecedor de un diploma y mucho menos de ejercer. Ni por un momento pienso permitirlo —murmuró mientras acomodaba sus gafas para continuar con la exhaustiva corrección.

—Perdón profesor —Uno de sus alumnos preferidos golpeó la puerta de su despacho. El profesor sonrió al ver la taza humeante de café en sus manos. Siempre atento, siempre tan aplicado. Lo había recomendado con su protegida para realizar las prácticas de su asignatura. Estaba convencido de que sería un gran profesional.

—Ah, gracias. La estaba necesitando —comentó el profesor tomando la taza que le ofrecía Rodríguez.

—¿Se encuentra bien? Me he enterado lo de esos inadaptados.

—No debes preocuparte. Además, no lograrán asustarme. Soy un hueso duro de roer —aseguró el viejo al mismo tiempo que disfrutaba del primer sorbo del café.

—Me alegro de que lo tome así profesor. Si hay algo que pueda hacer...

—Puedes recibirme con honores. Y no te olvides que en pocos días deberás comenzar las prácticas. Estoy seguro de que me darás muchas satisfacciones y de que destacarás como siempre.

—Eso puede descontarlo. Bueno, hablando de estudios debo marcharme. Hasta el lunes profesor.

El viejo sonrió. Andrés Rodríguez, sería un gran forense, quizá había comenzado un poco tarde a estudiar, debería tener al menos treinta años, pero estaba convencido de que aquello no era un impedimento.

Cosme Fajardo había sido una eminencia en cardiología. Desde niño quiso dedicarse, al igual que su padre, a ser médico. Se había recibido con honores y decidió entonces especializarse en varias disciplinas, ya que todas le atraían. Primero, obtuvo su título en medicina forense, con notas sobresalientes.

—Hay que ser el mejor —solía decir su padre, y él, por supuesto, lo admiraba.

Aunque pronto cayó en cuenta que trabajar con cadáveres no era lo suyo. Decidió entonces limitarse a médico de familia, pero lo aburría sobremanera. Casos nada importantes, gripes y alguna que otra eruptiva, la mayoría de rutina. Hasta que decidió especializarse en cardiología, rama que lo atrapó hasta convertirlo en el mejor, el más respetado y reconocido del país.

No obstante, y aun siendo quien era, nada pudo hacer con el corazón de su amada esposa Blanca. Su cardiomiopatía fue, a pesar de todos sus esfuerzos, fatal. Habían pasado ya quince años y desde ese día había abandonado su vida de médico. Ahora era un profesor en su amada universidad, la que lo vio convertirse en médico, aunque había cambiado demasiado gracias a los nuevos dueños.

El reloj marcó las nueve, se había hecho tarde.

—¿Otra vez trabajando hasta tarde Don Cosme? —Fajardo levantó la vista abandonando el bolígrafo rojo que resaltaba aquellas correcciones tan exhaustivas.

Sonrió, el joven de la limpieza lo observaba bajo aquella gorra vieja y que tan bien ocultaban esos ojos oscuros y abismales. Una espesa barba cubría su rostro casi por completo, por lo que era difícil precisar su edad. Siempre servicial.

—Estaba seguro de que lo encontraría en su despacho. Mi madre le envía su concentrado especial, le ha agregado un ingrediente secreto. Dice que lo ayudará con su diabetes —El profesor carcajeó.

Desde hacía un mes recibía aquel zumo que la mujer preparaba. Nunca había sentido nada nuevo y su enfermedad estaba como siempre, pero no deseaba desilusionarla y mucho menos a su hijo. Benjamín lo miró expectante, como deseoso que lo probara en ese momento. Bebió solo un poco, no sabía mal, reservaría el resto para más tarde.

—Está muy bueno, mejor que los anteriores. Dile a tu madre que se lo agradezco —Benjamín mostró una enorme sonrisa. Se lo veía complacido, aún más que de costumbre.

—Se lo diré. Ella también le agradece el dinero que nos envía cada mes. Es una gran ayuda. Y de seguro que con ello, podré terminar mis estudios.

—No lo menciones. Además, nunca es tarde para volver a comenzar. Tengo alumnos mucho más viejos que tú —comentó el viejo profesor recordando a aquellos vagos a los que había reprobado. Esos que ya lo habían amenazado más de una vez, creyéndose los dueños de todo— Me alegra que quieras mejorar. Ahora creo que debo irme, mañana es día de familia —El reloj marcó las nueve y veinte.

Su cuerpo ya no era el mismo, estaba adormecido después de haber estado casi todo el día trabajando. Se sentía demasiado cansado y tenía bastante sueño. Aquello le resultó extraño, le encantaba quedarse leyendo hasta muy entrada la noche y rara vez se cansaba.

—Bueno Cosme, quizá se te ha venido la vejez de golpe —comentó. Desde la muerte de su esposa había tomado la costumbre de hablar en voz alta, logrando evitar la soledad.

Lo que necesitaba era un buen descanso y recuperar fuerzas. Ni libro ni nada, solo cenar, tomar un baño y a la cama. Su hija vendría con los nietos a pasar el fin de semana y tenía que preparar todo, eso lo obligaba a levantarse temprano.

Llegar hasta el coche le tomó más de lo que pensaba. Las tres tazas de café y aquel zumo habían sido su único alimento, si podrían llamarse así. Imaginó que quizás era la causa de su lentitud. Continuó su camino, sin pensar mucho en ello. Sin embargo, un intenso mareo lo obligó a detenerse nuevamente. Sus piernas estaban pesadas, algo inusual, era bastante atlético para su edad. De pronto, su garganta comenzó a arder como mil demonios. A trompicones, llegó a su coche y tuvo que apoyarse en él para no caer.

¿Que le estaba pasando?, ¿por qué parecía que todo giraba a su alrededor? No podía mantener sus ojos abiertos, su cuerpo ya no le respondía, había perdido toda movilidad. Aquel mareo regresó, golpeando con más intensidad. Eso fue lo último que sintió.



Cuando despertó, sentía un penetrante dolor de cabeza, continuaba sintiéndose mareado y nauseabundo. Le costaba enfocar, como si sus ojos estuviesen nublados. Sobre él, una luz tan penetrante y brillante que bien podrían haber sido los rayos del mismo sol, lo dejaba casi ciego. Su cuerpo, era una carga pesada y lo único que podía hacer, era mover apenas sus párpados. Estaba inmóvil. La intensa luz lo encandilaba, y era por esa razón que evitaba mirarla. Aunque le resultaba extrañamente familiar. Intentó hablar, pero era imposible, su lengua estaba tan adormecida como su cuerpo.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo?, ¿Y por qué estaba recostado sin la posibilidad de moverse?

Sentía frío, estaba desnudo, lo sabía. Recostado en algo realmente glacial, helado. Algo duro, quizá una camilla, al menos así eso parecía.

Tengo que serenarme, de nada sirve, desesperar ahora. Debe haber alguna explicación. Tengo que recordar que me sucedió. ¿Qué día es hoy? Sí, por supuesto, viernes. Recuerdo que estaba en mi oficina, los exámenes, mi asistente se fue temprano ... El aparcamiento, los mareos... y

Nuevamente comenzó a desvanecerse.

Alguien entró al lugar. Esos pasos fueron lo último que llegó a escuchar.

La habitación, en la que era retenido el profesor, pertenecía al sótano de una antigua fábrica en desuso. Las paredes, ya gastadas y derruidas, dejaban ver los ladrillos con las que estaban construidas. La humedad había tomado el color de la antigua pintura. Un olor penetrante, a encierro, a moho inundaba todo el lugar. Era un espacio viejo, obsoleto, sin vida, donde solo las ratas y las alimañas habitaban. Nadie se atrevería nunca a adentrarse en aquel infierno.



Se acercó a Fajardo y pasó varios minutos, observándolo con detenimiento. Sin emitir sonido.

Como algo inerte. Solo allí, estático junto al profesor, respirando con profundidad gracias a la excitación que le causaba aquello. Su alocado corazón latía enfurecido, agitado. Todo su cuerpo hervía al sentir el fluir de sus venas calientes, recorrer cada músculo, llenándolo de poder.

De una fuerte bofetada golpeó la cara del viejo cardiólogo, el impacto lo despertó. Tapó la luz brillante con su mano, sin siquiera reparar en que la estaba quemando. Se acercó para que pudiera verlo, para que pudiera reconocerlo. Sonrió con malicia, dejando ver que él tenía el poder ahora.

Los ojos del viejo se dilataron, dibujando el horror al reconocerlo. Sabía bien quién era, sabía bien cuanto lo odiaba

¿Pero cómo?... Después de tantos años.

Dios ayúdame.

El viejo profesor desesperó intentando inútilmente de escapar.

Aquel hombre comenzó a carcajear, burlándose del pobre cardiólogo que ni siquiera podía gritar, él se había encargado de aquello.

Fajardo se removía, pero era en vano, estaba paralizado. Ese malnacido lo había engañado.

Capítulo 3



Segundo round

El laboratorio forense no era precisamente el lugar más confortable o cálido, en realidad daba escalofríos. Excepto que fueras parte de él. Por lo general, quienes entraban allí, tenían la sensación de adentrarse en una especie de tumba gris y lóbrega. Abarrotada de todo tipo objetos quirúrgicos, impecables y brillantes, que parecían nunca haber sido utilizados. El acero inoxidable prevalecía y se adueñaba por completo de todos los elementos que lo conformaban, hasta de sus paredes. Instrumentos cortantes y amenazantes, que solo se encuentran en películas de terror modernas. Las mesas de autopsia y disección eran escalofriantes, lo mismo que las cámaras mortuorias que sugerían una especie de cementerio vanguardista, sin mencionar a los personajes que trabajaban allí.

Pedro Herrera era uno de ellos, flaco, demasiado, como si al menor viento pudiese quebrarse. Sus grandes y antiguas gafas ocultaban su aniñado rostro. Quizá allá por el año sesenta aquellas lentes deberían haber estado de moda. Su temprana calvicie y sus marcadas arrugas, camuflaban su juventud. Desprolijo en todo su esplendor, llevaba siempre unos pantalones gastados que alguna vez habían sido verdes. Sus camisas de cuello Bogart completaban el conjunto. Parecía haber salido de alguna historia de horror fantástica. Algo así como el ayudante de Drácula. La manera en que se expresaba, como si de una película del pasado hablara por él, no ayudaba mucho. Hasta tenía un olor particular, a viejo, a encierro. Mirarlo daba escalofríos. No tenía amigos. Su vida social se limitaba al laboratorio, lugar al que se integraba a la perfección. Solo hablaba con Gema, quien era la única que no se horrorizaba por Cuasimodo, apodo que había recibido por la gente con la que trabajaba. Todos lo llamaban así, todos, excepto Gema.

Pedro estaba lavando un cadáver, que estaba a punto de ser inspeccionado, cuando la forense

entró dando un portazo tan fuerte que resonó hasta el último piso. Su cara estaba transformada, como si en ese momento la furia la hubiera convertido en una bruja de cuentos, roja, casi ardiente.

—Pedro —gritó—, ¿qué es lo que sucedió con el caso Fajardo?, ¿cómo diablos me convenciste de realizar la autopsia? Se suponía que estabas listo, que habías estado observando cada vez que te mostraba como proceder.

—Gema.... Yo.... Pero.... —Gema caminaba de un lado a otro, culpándose de aquel error.

Le había costado su vida, sus relaciones, todo, solo por ser considerada en ese mundo de hombres. Soportando insinuaciones, insultos y burlas. Fines de semana adeudados y perdidos.

Sabía que Pedro no había sido el culpable, que ella, en su afán por ayudarlo, se había perjudicado. Y para colmo de males, ese detective guaperas la había hecho retroceder a ese pasado, del que le había costado tanto salir.

—No, tío, por favor no era mi intención —Se sintió aún peor al ver la cara de horror en su asistente, odiaba que tartamudeara. Aunque solo lo hacía en contadas ocasiones—. Tú no tienes la culpa, solo que...

¿Cómo le explico a Iñíguez y al modelito que le permití a Pedro, y, sin autorización, que realizara la autopsia?

Tomó el informe, intentando leerlo a pesar de su cabreo. Error tras error, ni siquiera la causa de la muerte estaba detallada.

Nadie sabía lo que había provocado en ella aquella muerte, no había podido hacerlo, no era un simple cadáver.

—Lo siento Gema... yo... —Intentó disculparse Pedro, pero la forense no lo escuchaba, leía y releía ese informe, sin siquiera poder defender algo de lo que estaba allí, como si hubiese sido escrito adrede.

—¡Hostias! Hasta dejé que escribieras el informe y yo como una estúpida, ni siquiera lo leí, solo lo firmé —Se detuvo junto a él intentando no sentirse más culpable de lo que ya estaba. La había tomado con su asistente sin medir lo que podía causar—. No has sido tú, Pedro. Solo yo soy culpable por no haber hecho mi trabajo y dejarme llevar por los sentimientos.

Entró en su oficina profiriendo insultos mudos a la vez que sus manos se movían sin parar, inspirando y exhalando el aire contenido. Gema tenía la manía de hablar consigo misma, como si su consciencia pudiese escucharla. Un cigarro lo hubiera solucionado, pero tenía que serenarse, después de todo había estado sin fumar por ya casi un año, no podía arruinarlo ahora.



Álvaro había estado del otro lado de la puerta, escuchando el monólogo casi histérico de la doctora. Esa la razón de su enojo, los sentimientos habían jugado en su contra. Se había encariñado con su ayudante y eso la había perjudicado. Pero, por supuesto, no pensaba darle el placer de esa información. No le diría que él la comprendía. La haría sufrir, le haría creer que la consideraba una inepta, se divertiría con ese demonio, la volvería loca.

Tocó a la puerta. Fue el mismo Pedro quien lo recibió.

Joder tío. Acabo de entrar en la máquina del tiempo.

¿Este es Pedro?

—Buenos días, soy el detective Moyá, busco a la doctora Gema. Perdón aún no sé su apellido.

—Arzúa, se apellida Arzúa Hidalgo, ¿por qué motivo la busca? —preguntó Pedro observándolo como un perro guardián, observándolo tras aquellas gafas tan desvencijadas como todo él.

Pero antes de que el emisario de Drácula pudiese ir por su ama, el demonio apareció.

—Gracias Pedro, ya me encargo, puedes seguir con lo tuyo— contestó Gema con tono frío y distante—. Pase detective, vamos a mi oficina. Supongo que quiere hablar del caso Fajardo, sin embargo, no tengo nada que informar, solo lo que usted ya ha leído. Tendré que volver a realizar la autopsia, puede que haya pasado algunas “cosas” por alto — Mordió sus labios, odiaba reconocer su error frente al *Modelito*.

—¿Solo algunos? —ironizó burlón el detective, a la vez que Gema lo incendiaba con la mirada— Veo que seguimos de mal humor. ¿Quizá estamos en esos “días”? ¿O es que es un estado constante?— Álvaro no podía dejar de burlarse, esos ojos cabreados lo volvían loco.

Será cabrón. Contrólate Gema, esto no pasaría si hubieras hecho tú la autopsia. Ya tendrás oportunidad de vengarte del “Modelito guaperas”

—¿Lo acompañó a la puerta detective?

—Tengo preguntas... ¿Cómo es que ...?

—Y yo tengo que hacer, así que ala —Gema cerró la puerta de su oficina con otro portazo, dejándolo atónito por segunda vez.

Me cago en...



Ese demonio rubiales es un quebradero de cabeza.

Pero no pienso dejarlo pasar, voy a hacerte la vida imposible.

Gema se sintió extasiada al ver la cara de don modelito cuando lo echó por segunda vez de su laboratorio.

Gema dos, el guaperas cero.

A ver quién gana.

Pedro se acercó con sigilo, cuando la forense se encontraba en aquel estado era mejor dejarla sola. Había comenzado su monólogo inentendible, pero imaginó que estaría dedicado al detective. No deseaba ser el próximo. El teléfono de Gema no paraba de vibrar y no se atrevía siquiera a advertirle, pero sabía que quizá sería importante. En la pantalla aparecía LA BRUJA ARZÚA, en letras mayúsculas.

—Gema... —comentó en un susurro mientras le entregaba el móvil.

La forense observó quién llamaba y giró los ojos.

Lo que me faltaba.

Parece que hoy es el día de los indeseables.

—Madre —Su voz cabreada le advirtió que era momento de alejarse.

—Hija mía, me he enterado de lo de tu profesor. Ha salido en todas las noticias. Tú sabes que a pesar de la distancia, siempre me mantengo informada. Mis amigas me adulan por ello. Soy la única que está al tanto de todo.

—Querrás decir que lo haces de cotilla que eres —soltó sin filtro. Su madre la exasperaba. Podía imaginar que en aquel instante Ana estaría tomándose del pecho en actitud de víctima. Su madre era digna de un Óscar de Hollywood.

—No pienso soportar tus malos tratos, no entiendo por qué me atacas de ese modo. Yo solo llamaba para darte el pésame. Sé lo mucho que apreciabas a ese hombre. Quizá más que a tu propia madre —Gema negó con la cabeza. Era increíble que no hiciera otra cosa que hablar de ella.

No debería extrañarte el porqué Ana.

Sufres del síndrome de la víctima yoísta. Yo, yo, yo...

—Madre, estoy ocupada. No tengo tiempo para tus escenas de víctima, ¿a qué has llamado?

—Verás, tu padre y yo deseamos que vengas a pasar unos días con nosotros, hemos comprado un nuevo piso con vistas a la torre Eiffel y pensamos inaugurarlos dando una fiesta. Toda la aristocracia Francesa estará aquí —La doctora no podía creerlo, apretó los puños cabreada.

Si algo sabía muy bien su madre, era lo mucho que Gema odiaba ese mundo. Había escapado cuando tuvo oportunidad y edad suficiente de toda esa gente que detestaba; sin embargo, Ana, parecía no haberlo entendido después de diez años. Seguía insistiendo en convertirla en una Barbie.

Y lo peor era que quería casarla con uno de esos engreídos. Aún recordaba el interminable desfile de ricachones adolescentes, que invitaba como candidato para su única hija, su princesa perfecta. Cuando por fin pudo escapar, sintió por primera vez la libertad. Y se convirtió en una forense respetada, cosa que Ana nunca le perdonó.

Con el tiempo sus padres se habían mudado a la ciudad de las luces, olvidándose de ella. Pero de tanto en tanto recibía esas llamadas que la sacaban de quicio. Ana Arzúa, nunca cedería. De eso estaba convencida.

—No insistas Ana, no pienso ir. Mi trabajo es más importante que esa gente. Ahora si me disculpas debo seguir trabajando —No se molestó en escuchar los gritos de su madre. Esa conversación había acabado.

Capítulo 4



El primero de la lista

No había nada más placentero que observar como el anciano intentaba gritar. El terror dibujado en sus ojos y en sus facciones paralizadas era más adictivas que cualquier droga. Le había revelado su rostro solo para divertirse. Estaba seguro de que su heterocromía sería lo que delataría su identidad. No había nada más placentero, el saber que, después de tantos años y tantas modificaciones que había sufrido, lo reconocía. Sin embargo, lo que más lo excitaba, era que le temía.

—Pronto mi querido profesor, mucho más de lo que imagina, volverá a ver a Blanca —carcajeó al mostrarle el portarretrato que había robado del despacho del cardiólogo en el que la imagen de su esposa lo observaba.

De pronto, abandonó aquel sonido burlón. Como si estuviese poseído. Como si su mentor moviera sus doloridas y deformes manos. Tomó una atemorizante jeringa, de esas antiguas, las que eran de metal con cartucho de cristal. Esas que con el paso del tiempo adquirían un color rojizo, el color del óxido. La gruesa aguja y su ancha boca, podían administrar cualquier medicamento en segundos. Desgarrando la piel del paciente, causándole un dolor indescriptible. Esas jeringas que solo se veían en los libros de la historia de la medicina. Un instrumento de tortura, aunque para su época fueron lo único que salvaba vidas.

En absoluta solemnidad y silencio, sujetó uno de los pies del viejo, quien, al mismo tiempo, emitía inentendibles sonidos guturales. Separó los dedos, e insertó la gruesa y oxidada aguja en su totalidad. Solo para propinarle dolor, mucho dolor. La espesa y aceitosa sustancia fue administrada con lentitud.

Disfrutando excitado al ver el sufrimiento en el arrugado rostro del viejo cardiólogo, observando fascinado, como aquellas gruesas lágrimas saladas brotaban de sus cansados ojos, para terminar en la fría cama de acero.

No obstante, la tortura no había terminado. Tomó el brazo mórbido del anciano, y con las mismas inyecciones de insulina que el viejo utilizaba, completó su trabajo. Lo necesitaba vivo.

El profesor cerró los ojos, las lágrimas habían cedido; sin embargo, el indescriptible y atormentador dolor no lo abandonaba. Un calor ardiente y abrasador recorría su cuerpo sudado, sin darle tregua, mientras que los mareos, los malditos mareos, habían vuelto. Por fortuna, no tardó mucho en volver a desvanecerse. Al menos aquello lo haría olvidar.



Ágata Fajardo llegó a la casa de su padre, el timbre sonaba y sonaba, pero nadie aparecía.

¿Cómo era posible? Le hubiera avisado de no poder recibirla, era muy estricto con respecto a la puntualidad, estaba segura de que algo no estaba bien.

Llamó a su teléfono, podía escucharlo desde el otro lado de la puerta. Después de varios intentos en los que el contestador era su único receptor, decidió probar con su móvil. Obtuvo el mismo resultado.

Algo le decía que a su padre le había sucedido algo malo. Recordó entonces que tenía llaves de la casa en la guantera del coche. El viejo había insistido en que las tuviera, y esa era la perfecta ocasión para utilizarlas.

Sus hijos estaban enfrascados en una intensa pelea cuando se acercó a la guantera. Estaba harta del torbellino que causaban los gemelos. Los miró furiosa, creyendo que con su mirada pudiese hacerlos callar. Nada, esos chiquillos eran insufribles. Los obligó a bajar con ella, al menos así los separaría.

Al entrar llamó a su padre, pero no obtuvo respuesta. Fue hasta su habitación, pero la cama estaba tendida como si nadie hubiera pasado la noche allí. El baño, al igual que el cuarto, impoluto y vacío. La cocina, sin rastros de platos sucios o algo fuera de lugar, sobre la mesada la comida aún estaba esperando ser ingerida. Uno de sus hijos, tomó una galleta de un frasco y Ágata lo miró de mala manera, advirtiéndole dejarla donde estaba. Se estaba impacientando. Se decantó por llamar a la oficina. A pesar de que era poco probable que un sábado se encontrara allí. Tampoco hubo respuesta.

¿Dónde te has metido?

Se comunicó entonces con su esposo, un exitoso abogado con amigos en la policía y la

fiscalía de Valencia, puede que pudieran ayudarla. Quizá no era para alarmarse, pero se sentiría más tranquila.



Día tras día una inyección en cada entre dedo le causaba aquel inaguantable e intenso dolor. Día tras día, los mismos mareos, el mismo sudor. Había comenzado a tener dificultad para respirar, las náuseas eran tan fuertes que temía ahogarse en su propio vómito. Su brazo izquierdo estaba acalambrado gracias a aquella sonda con suero que lo mantenía vivo.

Sabía que tenía todos y cada uno de los síntomas de un infarto de miocardio ¿Como no reconocerlos? Él era una eminencia después de todo.

Aunque eso era imposible, su corazón estaba en perfectas condiciones. Estaba en forma, se mantenía sano, los últimos chequeos habían dado positivos. Estaba seguro de que esas dolorosas inyecciones eran las causantes. ¿Pero qué era lo que contenía esa sustancia?



Habían pasado ya cinco días y nada, ni rastros de Fajardo o su coche. Su celular no tenía GPS, era de esos antiguos. El viejo se había negado a la modernidad, además, era de su esposa y él se había encariñado a ese aparato.

La policía no tenía ni siquiera una pista, su último registro había sido el del viernes y después de aquello se lo había tragado la tierra. Su hija se había convertido en un infierno. Sus constantes llamadas estaban desesperando a los investigadores. Era desconcertante no tener algún indicio, sumado a que sus insistentes gritos de histeria, nada aportaban. Sin mencionar que la fiscalía también presionaba gracias a su marido, el abogado.

—Quizá el viejo se ha ido para no aguantar a la hija y a su yerno — bromeó uno de los agentes al finalizar la llamada de Ágata

—De seguro el profesor anda de fiesta —agregó su compañero.



Para el sexto día, su pecho había comenzado a oprimirse. Un fino hilo de aire salía de su boca, emitiendo el silencioso sonido de un moribundo. A pesar de retenerlo en sus débiles pulmones, todo era insuficiente. Su corazón dolía, demasiado. Como si un poderoso puño estuviera retorciéndolo con ahínco.

Fajardo sabía muy bien lo que estaba pasando, el infarto era inminente.

Pensó en su hija, sus nietos y sobre todo en su amada Blanca. Si Dios lo había escuchado todos estos años, le daría una nueva oportunidad a su lado. Una fría y escasa lágrima rodó por su mejilla. Como la extrañaba.

Lo único que lamentaba era su familia, no poder despedirse. Nunca había sido muy creyente, era un hombre de ciencia. Sin embargo, comenzó a rezar.

—Allá voy mi amor, pronto estaré contigo, murmuró en un inentendible sonido —El viejo



profesor cerró sus ojos por última vez.

—Joder tío, ¿pero cómo es posible que la hija no se hubiera recordado de esa finca antes? Tanto insistir con la búsqueda y olvidarse de este dato —comentó el detective Ríos—. Nos volvió locos con sus interminables llamadas, ¿y ahora nos lo informa?

Los altos y tupidos pastizales no permitían verla, oculta y abandonada. Se notaba el paso del tiempo en ese lugar, como si nunca hubiera habido vida por allí. Como si la nada la habitara. Solo el ruido del mar era su compañía. El sonido estruendoso de las olas al romper en la orilla, y el viento que movía la hierba a su paso, permitiéndole una danza sin fin.

La policía no creía que alguien podía haber ido a esa cabaña, alejada del mundo, sola y helada. No obstante, valía la pena intentarlo. Acercándose divisaron el coche.

Allí, sentado en una de las sillas de la terraza, se encontraba el cuerpo inerte del profesor. Sus

ojos estaban abiertos, en paz. La serenidad se hallaba junto a él. Como si hubiera pasado sus últimos días allí, esperando a la muerte. El viejo se había ido a morir a esa olvidada finca.

Así lo encontró la forense. El impacto de ver a su profesor muerto fue como si la hubiesen abofeteado para despertarla. Pesadas lágrimas se asomaron a sus ojos; sin embargo, las contuvo. Era su trabajo y ella era una profesional. El dolor de su corazón, por otro lado, era fácil de ocular. Ya habría tiempo de llorar por su mentor.

A simple vista, no había otra explicación más que una muerte súbita. De tanto en tanto hablaba con Fajardo y sabía que el viejo se cuidaba. Por lo que descartó que la diabetes haya tenido algo que ver.

El caso se cerró al día siguiente de la autopsia. Infarto de miocardio.

Eso fue lo que el asistente escribió en su informe. Esa fue la explicación que la propia forense había firmado.

Capítulo 5



Un encuentro complicado

—Arrogante y machista, Iñiguez no podría haber elegido mejor —murmuró Gema mientras abría la cámara mortuoria en donde estaba el helado cadáver.

¿Cómo fui tan estúpida?

Estaba cabreada consigo misma, sin contar con que además de su error, el modelito guaperas tenía razón, y eso no era fácil de digerir para su orgullo herido. Ese hombre podría ser un modelo de portada, no obstante eso no quitaba el hecho de que fuese un engreído.

Un modelito moja bragas. Madre del amor hermoso, hazme fuerte para no flaquear.

Volvió a lo suyo, no podía permitirse otra equivocación, además quería cerrar la boca del detective.

Como se arrepentía. Pedro le había informado que era un infarto, por lo que no se molestó en chequear, algo sencillo de rutina. Sin contar que el cadáver se trababa de su amado profesor, y a pesar de querer demostrar que a ella nada le afectaba, era Cosme, una de las personas más importantes de su vida, junto a su padre y su amigo Iñaki. Su madre no contaba en esa lista.

La camilla se deslizó frente a sus ojos. Allí estaba la temible bolsa con Fajardo dentro. Lo

único que tenía que hacer era bajar la cremallera, algo a lo que estaba acostumbrada, sin embargo, era la tarea más triste y dolorosa de toda su carrera.

Le extrañaba que la fiscalía estuviese tan interesada en él. Era tan solo un profesor.

Qué extraño...

Si era un simple infarto, ¿por qué tanto misterio? Pedro podría haber obviado miles de pasos y redactar un informe nefasto, pero ¿por qué reabrir el caso?

Tomó una profunda bocanada, y se dispuso a averiguarlo. Por desgracia, el cuerpo había sido lavado. Sin rastros de huellas o algo extraño sobre su piel, hasta sus uñas estaban impolutas, no sería una tarea fácil.

—Lo siento profe, pero tengo que molestarlo una vez más —murmuró abatida observando la rigidez en el rostro de Fajardo. Un cuerpo congelado sobre aquella fría camilla mortuoria.

No pudo evitar las lágrimas, el nudo en su garganta fue incontrolable. Trató de reponerse y secándose la cara con la manga del delantal, tomó el afilado bisturí. Nunca imaginó tener que hacerlo a una de las personas que habían hecho tanto por ella, una de las personas a quienes más respetaba. Los recuerdos de aquellos días atravesaron su mente.

A simple vista el corazón estaba algo dilatado, pero por supuesto era normal en caso de infarto. Con sumo cuidado, comenzó a quitar cada órgano, lento y con seguridad, como si se trataran de bebés recién nacidos. Tomó muestras de cada uno de ellos. El microscopio del laboratorio era uno de los más avanzados del mundo, lo había hecho pedir exclusivamente, no dejaba que nadie lo tocara.

Cinco horas habían pasado y nada, todo estaba en orden. Cada órgano estaba en perfectas condiciones, todo indicaba un infarto. Excepto por el color que había adquirido su corazón. Era casi imperceptible, pero las largas charlas con el difunto, le habían enseñado que nada estaba allí por azar.

Las muestras de sangre indicaban una sustancia que no aparecía en ningún libro, una fórmula desconocida para ella. Buscó en cada vademécum, algo que mostrara ese extraño elemento en algún medicamento.

Quizá el profe tomaba algo. Después de todo ya no era tan joven.

Nada, no existía nada diferente a lo que conocía. Comenzó a extrañarse, algo no andaba bien. No tenía signos de ninguna enfermedad. Era evidente que algo se le escapaba.

Observó la pálida piel con detenimiento. Comenzó por la cabeza, luego los hombros, espalda, tórax, genitales, brazos, manos, piernas. Cuando llegó a sus pies notó algo extraño. Las uñas estaban algo oscuras, no mucho, solo un poco. Entre los dedos del pie se veía siempre el mismo patrón, un diminuto punto, algo que había coagulado. Con minuciosidad revisó uno a uno aquellos pequeños pinchazos.

Vaya... ¿Qué medicamento se inyecta entre medio de los dedos del pie?

Nunca había visto algo tan extraño. Primero esa sustancia desconocida y ahora esas marcas.

Llamaría a Pancho, su amigo y excompañero de universidad. Era un experto biólogo en sustancias y medicamentos. De seguro, él sabría darle una respuesta.

Pero antes, haría otra llamada. El detective, no tenía opción. Si Iñiguez se enteraba de lo mal que se llevaban convertiría su vida en un infierno, además la investigación y Fajardo ameritaban el sufrimiento de soportar al modelito.

—¿Moyá? —preguntó como si sus cuerdas vocales estuvieran hechas de hielo, sin siquiera esperar que le contestara—. Tengo novedades. Cuando quiera —Cortó la llamada tratando de no



pensar en esos ojos azules que tanto la turbaban.

Lo sacaba de sus casillas, era un quebradero de cabeza y de otras cosas. Pero era su trabajo y no iba a permitir que ese demonio lo perturbara. Entrar en su territorio era como prepararse para la batalla más sangrienta desde la segunda guerra mundial. Era el mismísimo infierno, liderado por ese diablo con vestido para el infarto. Ese perfecto trasero, esas curvas que se adherían a su piel como un guante.

¿Quién es su sano juicio, vestía así para trabajar en una comisaría llena de miradas lujuriosas?

Se detuvo en su camino.

¿Qué cojones te está pasando tío? Es solo un demonio. Pero un demonio guapísimo.

—No, no pienso caer como un adolescente hormonado y desesperado —Sin pensarlo, había dicho aquello en voz alta, logrando que todos los que lo cruzaban en su camino lo miraban como a un loco.

Entró a la oficina. Allí estaba, sentada detrás de aquel escritorio que se mimetizaba con la frialdad con que lo miraba. Qué guapa era, ¿cómo era posible que al verla se le secara la garganta? Era imposible quitarle los ojos de encima.

Había creído que después de haber trabajado durante horas la encontraría hecha un desastre, estaba equivocado. Parecía más hermosa aún. Su cabello despeinado en ese desprolijo recogido, lo removían por dentro. La bata blanca, cerrada solo con dos botones, como si se hubiera vestido a las apuradas. Tan diminuta que, daban ganas de protegerla siempre. Era todo un apetecible

bocadillo. Hasta que abría la boca y lo arruinaba todo.

—Aquí tiene el informe preliminar. Léalo, si tiene alguna duda puede llamarme. Si no, espere el definitivo —dijo señalando una carpeta sobre el escritorio y bajando la mirada—. Pero antes que se marche me gustaría, “si no le molesta”, hacerle una pregunta.

Álvaro la observó.

¿Es que ni siquiera piensa mirarme a los ojos? Demonio maldito.

—¿Cuál? —Si ella creía que no podía tratarla con frialdad, entonces no lo conocía.

Por fin, la muy desgraciada se dignó a mirarlo, con esos ojos que lo removían por dentro.

—¿Cómo es que la fiscalía insiste tanto con este caso en particular? ¿Por qué tantas dudas? —inquirió con un dejo de tristeza en los ojos. Uno que a Álvaro no le pasó desapercibido.

—Su hija y su yerno tienen dudas. Por lo que sé, él es abogado, uno con influencias. De hecho, aseguran que es imposible que haya tenido un infarto.

—No, infarto fue. Eso es seguro. El problema es que lo causó. No estoy convencida de que fuera de manera espontánea como aparenta. Todavía tengo que revisar algunas cosas. Pero no descansaré hasta dar con el porqué —Había contestado con tanta docilidad y dulzura, que no parecía ella. ¿Qué le estaba pasando?

Es solo un tío, hermoso, pero un tío.

Espabila de una vez Gema.

Estás hablando con don modelito engreído.

Moyá la observó atónito. Aquella boca lo atraía como una abeja a la miel, impidiéndole pensar con la cabeza. Su maldito miembro mandaba en él.

Así que el demonio no muerde, solo grita...

Será mejor que me aleje antes de que atravesese ese escritorio y le arranque un beso de esos labios que me están volviendo loco.

—Me llevo el informe entonces —Sin embargo, cuando se estaba yendo se detuvo en la puerta y preguntó—. ¿Cómo es que le interesa tanto saber de este caso? ¿Hay algo que debería saber?

—No, nada. Solo que me molesta que la fiscalía dude, nada más —No podía decirle que conocía a Fajardo, o la podrían apartar del caso—. Bueno, tengo que seguir. Hasta luego detective.

Volvió a la Gema fría. De lo contrario se delataría. Ese hombre parecía poder leer sus pensamientos.

—Hasta luego —contestó marchándose extrañado. Había algo más detrás de esas preguntas,



demasiado interés en esos ojos.

—Mañana entonces, sí, llevaré las muestras conmigo. Y Pancho te debo una. Hasta mañana — Gema cortó la llamada. Imaginando como luciría Pancho ahora. Habían pasado siete largos años desde la última vez que lo había visto.

Debe estar casado. La última vez que supe de él estaba de novio con una hermosa mujer.

Pancho había sido su gran amor de la universidad. Eran de mundos y pensamientos diferentes. Él, un chico de familia de políticos, con pensamientos comunistas y en contra de todo y de todos. Pensar diferente era un crimen para ese soñador. Hablar de política era su gran pasión y ella odiaba ese mundo. Ella solo tenía un interés, ser la mejor forense de toda España. Poco le importaba lo que pasaba en el mundo de los países subdesarrollados y pobres. Aquello, por supuesto, le traía infinitas peleas con Pancho. A ella solo le interesaban sus estudios y sus amigos. Pasarla bien era su prioridad.

Al principio estaba deslumbrada por su manera de hablar, por su oratoria y convencimiento. Parecía el hombre más apasionado del planeta, pero pronto comenzó a aburrirse de su odio a las clases sociales altas y de su verbosidad inmensurable que solo convencía a unos pocos. Pronto su pasión no fue más que pura utopía, el mundo real no estaba preparado para eso y mucho menos ella. Lo quería sí, pero también la aburría, así que decidió dejarlo. Por un tiempo no se dirigieron la palabra, hasta que en el último año fueron puliendo sus diferencias. Además, los dos eran ya adultos. Nunca serían más que buenos amigos, él tratando de salvar al mundo y ella tratando de pasarla bien.

No, nunca hubiera funcionado.

Al día siguiente se encontraba impaciente, los recuerdos del día anterior aún la acechaban y estaba ansiosa por verlo. Habían quedado en la cafetería frente a la comisaría. Lugar de culto para todos los que trabajaban en la central. El movimiento era constante. Una de las camareras le trajo un café. A pesar de ser domingo estaba de servicio y no podía darse el lujo de disfrutar de una caña con sus colegas.

No pudo evitar sorprenderse en cuanto pasó por el umbral. Pancho ya no era mismo, su largo y desprolijo cabello de antaño, había sido reemplazado por uno corto, inundado por infinitos mechones blancos. Su rostro aniñado y hermoso, estaba ahora cubierto por una espesa barba

blanca, como si no hubieran pasado siete años, sino un siglo. Tratando de disimular su asombro, se apresuró a saludarle con un fuerte abrazo, a la vez que comentaba lo feliz que estaba de reencontrarlo después de tantos años. Hablaron de sus vidas. Él estaba casado, como lo había imaginado, sin hijos y aún seguía persiguiendo su gran pasión.

—Uno de estos días abandono todo y me dedico a la política, mi padre estaría orgulloso — comentó Pancho burlándose de su vida.

Al mismo tiempo que la observaba impactado al ver que seguía siendo tan hermosa o más que siempre.

—Es lo que deberías haber hecho desde un principio. Cuántas discusiones tuvimos gracias a ello —A pesar de estar cambiado, seguía siendo el mismo. No pudo evitar sentir nostalgia.

—Bueno, ¿que es lo que te tiene tan preocupada? ¿Qué es eso tan extraño que has encontrado en el cuerpo de Fajardo?

Gema relató desde el principio todo lo que había notado. Los pinchazos, el color que había tomado el corazón. Comentaron las posibles causas, pero ninguna podía haber sido posible. Nada encajaba con la simple teoría de un infarto por causas naturales. Además de que su problema de diabetes estaba controlado, por lo que no habría sido el motivo.

—Mañana te haré llegar las muestras que tomé. Te encargo, que de ser posible, las revises cuanto antes. Iñiguez me tiene entre hasta los cojones. Sin contar con la insistencia de la fiscalía —Se sorprendió a sí misma el haber evitado hablar del modelito. Aún no entendía por qué lo protegía de Pancho.

—En cuanto lleguen las muestras me pongo con ello. Cuenta conmigo. También le debo al viejo muchas cosas. Aunque las tomó conmigo más de una vez y te juro que quise asesinarlo — Gema no pudo contenerse y lo abrazó aliviada.

—Gracias, estaba segura de que no me abandonarías.

Capítulo 6



Encuentros acalorados

Miró la hora como si al hacerlo pudiera adelantar el tiempo, las cuatro. Aquella mujer invadía su mente cada vez que intentaba cerrar los ojos. Ofuscado y de mala gana decidió levantarse. La cama le resultaba incómoda de todas formas. Probaría distraer sus pensamientos para así poder olvidar a ese demonio rubio.

Al cabo de lo que le pareció una eternidad, apagó el televisor, había cambiado de canal infinidad de veces, repitiendo el monótono movimiento con el control remoto. Se decantó por releer el informe de Fajardo por enésima vez. Necesitaba hacer algo o se volvería loco. Llenó una quinta taza de café y se dirigió al sofá. La conclusión siempre era la misma.

Frustrado, dejó la carpeta de lado y recostó su cabeza sobre el respaldo. Aquel sueño imposible, por fin, lo invadió.

Para cuando despertó el reloj marcó las diez de la mañana.

Coño.

Había quedado en encontrarse con su excompañero en el bar frente a la comisaría para esa hora. Su amigo había montado una agencia de ciberseguridad y la universidad en la que trabajaba



Fajardo estaba entre sus clientes.

—No lo sé Carlos, es solo que todo resulta demasiado extraño. He revisado mil veces el informe y no aporta nada —Su amigo lo observó. Habían pasado cinco años desde que dejaron de trabajar juntos. Ese último caso los había destruido a ambos. En especial a Moyá.

Su hermana menor había sido encontrada muerta en su propio piso, y todas las dudas apuntaron a Álvaro. Lo separaron del caso y cayó en una profunda depresión por meses.

Isabel era una joven preciosa que por desgracia había caído en las drogas. Vivía con su hermano porque sus padres la habían echado de casa. La familia Moyá era una de las más influenciables y conocidas de toda Valencia y no toleraban que su pequeña hija manchara el apellido. Por lo que la dejaron en la calle en cuanto descubrieron el problema.

A pesar de haberla acogido, las constantes peleas con Isabel lo tenían desesperado. En su afán por alejarla de ese mundo, se encerraba con ella por días en su piso para ayudarla a desintoxicarse, ya que los centros que había probado no pudieron ayudarla. Sin embargo, en cuanto tenía oportunidad, volvía a recaer. Robaba a su propio hermano y hasta llegó a meter a sus amigos en el piso del detective. Todos sabían que Isabel era un caso perdido. Todos excepto Álvaro. Él se estaba consumiendo lo mismo que ella.

Una noche en la que tuvieron una discusión, su hermano la dejó sola en el piso, frustrado por sentirse un inútil. Él, el gran detective, no podía salvar a su pequeña hermana. Ya no toleraba más aquella situación. Había aceptado que nada podía hacer por salvarla. Decidido a terminar con aquello, regresó. Para cuando abrió la puerta, el olor a muerte invadió su piso. Alguien había apuñalado a la pequeña Isabel, utilizando una cuchilla de su propia cocina.

Todo apuntó a que había sido él. Las constantes peleas a las que los vecinos estaban acostumbrados, la manera en que había sido asesinada, un crimen pasional. Y sobre todo la discusión de aquella noche. Álvaro no tenía coartada.

Pasaron siete meses hasta dar con el drogadicto que la asesinó. Sin embargo, Álvaro ya no fue el mismo desde entonces. Detrás de esa imagen de detective perfecto y alegre, había un dejo de tristeza que nunca se iría.

—Revisaré nuevamente, quizá haya algo que se me haya escapado. De todas formas, te haré una copia de cada una de las filmaciones, puede que cuatro ojos vean mejor.

—Te lo agradezco. Ahora cuéntame, ¿al fin se te dio con Quintana? —Carlos lo miró sorprendido—. No me mires así. Paula, se hace la desentendida, pero todos sabemos que entre ustedes siempre hubo algo —Carlos carcajeó, maldiciendo. Claro que entre la sargento y él había más que una amistad. Y a Álvaro no se le escapaba nada.



Después de que su amigo se marchó, decidió quedarse un rato más en el bar. No le apetecía regresar a la comisaría. Sin el informe de la forense, no había mucho por hacer, solo revisar los videos que Carlos le mandaría más tarde.

Sonrió, la causa de su desvelo se detenía cerca de su mesa. Parecía que la había llamado con el pensamiento.

¿Es que soy yo, o está más guapa que ayer?

El demonio rubio sonrió al mismo tiempo que se levantaba de una mesa cercana. Un hombre le devolvió la sonrisa. Se lo notaba nervioso, ansioso. Un íntimo abrazo entre ellos le removió por dentro. Parecía que se conocían y demasiado bien.

¿Será qué...? Por lo que me han dicho está soltera.

¿Y a ti que te importa si está con ese tío? Solo es alguien con quien trabajas.

No obstante, no les quitó el ojo. Volvió a removerse. Le molestaba aquella cercanía. Ese tío imbécil la miraba embelesado, venerándola, comiéndola con los ojos.

¿Quién demonios es ese cabrón?

¿Y ella? ¿Por qué le sonríe tanto?

Ya Álvaro, reconoce que te encantaría que te sonriera así.

Joder.

¿Estoy celoso?

Por fin, y después de lo que parecieron horas, el hombre se despidió. Estaba tenso, cinco tazas de café y un pincho sin probar eran la prueba de que el cabreo no lo abandonaría. Amaba comer y ni siquiera había mirado aquel apetitoso sandwich de jamón y tomate, su preferido. Pagó la cuenta apresurado. Tenía que seguirla.

Necesitaba hablar con ella. Averiguar quién era ese tío.

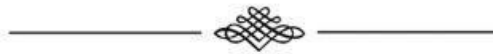
El vaivén de aquellas caderas lo volvía loco. Caminaba despreocupada, como si el mundo

girase a su alrededor. Como si no se percatara de que todos los hombres la miraban embelesados, lo mismo que él.

Cabrones, medio hombres...

Los agentes de la recepción de la comisaría la saludaron, desesperados por llamar su atención. Y ella les devolvía aquella sonrisa que lo enloquecía. Hasta el tío de la limpieza caía rendido a los pies del demonio rubio.

Estaba confirmado, esa mujer lo volvería loco. Los celos volvieron a remover su vacío



estómago.

Las cámaras de seguridad no mostraban mucho, tal y como lo había imaginado.

Solo un grupo de al menos cuatro alumnos que había entrado al despacho que llamaron su atención. Se los notaba cabreados, después de los cinco minutos que habían estado dentro de la oficina del profesor. Luego de eso, nada había pasado. El viejo no abandonó la oficina hasta las nueve cuarenta y cinco. Debería averiguar la identidad de aquellos que entraron y salieron del despacho del profesor. Al día siguiente iría a la Universidad. Quizá alguien había notado algo extraño. Aún quedaba ver el video del estacionamiento, pero lo dejaría para más tarde.

Quería empezar con el pie derecho en la comisaría, aunque dudaba que el caso Fajardo tuviera la importancia que se le estaba dando. Lo

más probable es que el profesor hubiera sufrido un infarto.

El cansancio estaba haciendo mella en él. Cerró los ojos por un segundo y otra vez la imagen de la forense vino a su mente.

Una necesidad animal lo impulsó a levantarse. Deseaba verla; sin embargo, no tenía ninguna excusa como para irrumpir en el laboratorio. Ya se le ocurriría algo, pensó, mientras salía de su oficina, como si fuese un lobo tras su presa. Si había algo que disfrutaba, era hacerla cabrear. Esos ojos se encendían cuando sucedía.

Álvaro carcajeó al imaginar como reaccionaría la forense en cuanto se adentrara en los



dominios del demonio.

Estaba sola. Cuasimodo tendría el día libre, por lo que entró sin problemas. La bata le quedaba demasiado grande. Ocultando aquellas maravillosas curvas que tan bien recordaba. Caminó con sigilo. El microscopio era enorme en comparación con aquel diminuto y seductor cuerpo. Concentrada, abstraída de todo a su alrededor.

—¿Alguna novedad? —Sabía lo que ocurriría cuando se acercó a su oído.

—La madre que lo parió —Se giró para mirarlo con aquellos ojos incendiarios, Álvaro no pudo evitar sonreír— ¿Es que no podrías haber golpeado?

—¿Y perderme la diversión? Además, si hubieras sabido que era yo no me hubiese abierto, ¿estoy en lo cierto?

—Correcto. No deseo “cabroncitos” en mi laboratorio.

Por Dios, es maravillosa. Esas imperceptibles pecas en su nariz la hacen adorable.

—He venido a disculparme. No deseo que comencemos nuestra relación con el pie izquierdo —Gema lo observó con detenimiento. Parecía sincero, sin embargo, no caería rendida por unas palabras, que bien podía estar inventando.

Puede que ese modelito estaba como para mojar pan y otras muchas, muchísimas, cosas. Se iría con cuidado. Un *touch and go* sería la gloria, pero su regla de no involucrarse con un compañero de oficina debía primar. Sin contar que, aún seguía cabreada.

—Disculpas aceptadas. Aunque te advierto Moyá, no habrá una segunda.

—Álvaro, si vamos a comenzar de nuevo, podrías llamarme por mi nombre —Extendió su mano en son de paz.

No sabía aún, como se le había ocurrido, disculparse con la forense. No obstante, todo estaba permitido con tal de congraciarse con el demonio rubio. Estaba seguro de que tarde o temprano caería bajo sus encantos. Ninguna mujer se le había escapado nunca. La rubia no sería la excepción.

—No sé por qué, pero me huele mal este cambio de actitud. Rara vez mi instinto se equivoca “Álvaro”, pero te daré una oportunidad. Eso sí, aquí no hay ninguna relación.

—Ya te demostraré que estás equivocada, “Gema” —El muy canalla le había susurrado su nombre, logrando que sus piernas flaquearan.

Dios, que alguien apague este incendio. Lo dicho don modelito está para mojar pan.

Cuando sus manos se rozaron, ambos recibieron una extraña descarga eléctrica desconocida, como si el tiempo se hubiera detenido para ellos. Sus corazones se aceleraron y un calor intenso los quemó por dentro. Removiendo cada terminación de sus cuerpos.

Gema retiró su mano con rapidez, y se giró, evitando aquella mirada que parecía leer cada

uno de sus pensamientos. Álvaro, por su parte, quedó paralizado. Nunca había sentido nada parecido frente a una mujer.

El silencio se instauró en el laboratorio, como si el lúgubre lugar susurrara el sonido de la nada.

—Perdona, pero debo continuar con lo mío. Puede que antes de lo que esperas tengas el informe en tu escritorio—comentó Gema, cortando como un cuchillo frío y afilado, aquel intenso momento. Ocultándose detrás de aquellas palabras. Necesitaba volver a la calma, después de aquel torbellino que había causado aquel íntimo y enigmático contacto.

Capítulo 7



El despertar

Su secretaria le confirmó la llegada del último paciente, estaba ansioso. Ese día tendría su primera cita después de haberse divorciado. Se sentía como un adolescente. Con el corazón desbocado y manos sudadas.

Se apresuró a terminar la consulta. Solo era algo rutinario, no le llevaría más de diez minutos. Confirmar que tipo de alergia era y qué medicación tomar. Despachó a la insistente anciana con la prescripción correcta y suspiró.

Al fin...

Abrió el cajón del escritorio y tomó el inhalador. Una pequeña dosis, con eso bastaría.

Hacía años que no lo necesitaba, pero tras su divorcio había tenido que volver a usarlo. Esa perra rastrera, le había causado tanto estrés que su asma había regresado con mucha más intensidad. De no ser por su abogado, su exmujer lo hubiera dejado en la ruina, hasta su consultorio de alergista, había corrido peligro. Y había empeorado justo hoy en que su amigo le había concertado una cita. Sentía algo oprimido el pecho y una tos que no le gustaba.

No, señor, no podía permitirse esos síntomas. Repitió la dosis.

¿Qué mal puede hacer?

Eran ya casi las doce y la cita sería en una hora, tiempo de sobra para relajarse un poco. Llegaría al restaurante más temprano y tomaría algo en la barra, algo no muy fuerte, no quería oler a alcohol.

Una cita a ciegas no hubiera sido su primera elección, pero su amigo le había jurado que era la mujer ideal.

Rafael Guzmán llegó a las doce treinta y fue directo al baño. No paraba de sudar, necesitaba serenarse.

—Vamos hombre a sacarse esos nervios —Se dijo mirándose al espejo. Acomodó su camisa, peinó su corto cabello con las manos, su gran obsesión, por cierto. Chequeó el inhalador en su bolsillo y decidió volver a usarlo, así se sentiría más seguro. Sus nervios no cesaban y sabía lo que vendría si continuaba por ese camino. Tomó una bocanada y cerró sus ojos para aclarar su mente por unos instantes.

Tan sumido en sus pensamientos estaba que no se percató de que alguien había entrado al



baño y de que esa sería la última persona que vería.

La vieja fábrica se erigía en una parte tan olvidada de la ciudad de Sagunto, que se mimetizaba a la perfección con el vecindario. Había sido, en su mejor época, un taller de ladrillos. Trabajaban en ella casi todos los que vivían en la zona, hasta que cerró sus puertas, tras el asesinato de sus dueños. Veinte años atrás.

La historia contaba que estaba embrujada y que en ella habitaban los fantasmas de sus dueños.

Se decía que ambos eran arrogantes y déspotas. Maltrataban a sus empleados y los hacían trabajar más de la cuenta por una miserable paga. Hasta sus propios hijos, unos disparejos mellizos de diez años. Uno de ellos era alto y robusto, más alto de lo normal, mientras que el otro era demasiado flaco y pequeño. Nada hacía creer que habían nacido el mismo día y a la misma hora, y mucho menos del mismo útero. Aquellos pequeños sufrían el mismo trato de sus padres. O quizá peor.

Los obligaban a trabajar allí para luego, ya en la casa, utilizarlos como sirvientes.

Nunca se descubrió que los padres realizaban prácticas en sus niños. Que eran usados para uso de investigación biológica y que tenían que soportar toda clase de abusos tanto físicos como verbales.

El único refugio que tenían esos pequeños, era cuando por la noche se escondían en el ático. Aquel lugar secreto que los protegía y ocultaba de sus progenitores. Allí volvían a ser niños, al menos por unas pocas horas, hasta que al amanecer, regresaban los maltratos. Niños que solo

necesitaban que alguien los rescatara y los amara. Ni siquiera asistían a la escuela, y lo poco que sabían, era gracias a una tía que de tanto en tanto los visitaba y a Gloria, la encargada de la fábrica. La mujer, a escondidas, les enseñaba a leer y escribir. Hasta que un día simplemente desapareció. De seguro, sus progenitores, al enterarse de lo ocurrido, la habían despedido.

Contaba las malas lenguas, que ambos padres, fueron asesinados en el mismo taller. Nunca se descubrió quién había sido el culpable, no obstante, se rumoreaba que los niños habían tenido que ver con el asesinato.

Un lunes por la mañana, los empleados llamaron a la policía al descubrir los cadáveres de sus patrones. Los pequeños se encontraban en la oficina donde se hallaron los cuerpos. Ambos, estaban abrazados junto a los cadáveres, sin embargo, lo más extraño, eran sus expresiones. Como si nada los afectara, hasta con un dejo de satisfacción en sus miradas. Inmunes ante el hecho de que sus padres habían sido envenenados.

La sangre, ahora coagulada, había brotado de las orejas, nariz y especialmente de los ojos que parecían haber reventado como globos. Era una escena aterradora para los niños.

Nada pudieron hacer para demostrar que los pequeños habían estado involucrados en el crimen. Solo eran dos niños, un acto así de atroz era imposible para dos criaturas inocentes. De seguro, quienquiera que hubiera sido, los había dejado allí para hacerlos sufrir. Bien sabido era el odio que había acumulado esa pareja, entre los cuales se encontraban empleados y proveedores. Alguien que quizá se apiadó de los ellos y no los asesinó como a sus progenitores.

En definitiva, se llegó a la conclusión que los pequeños actuaban de esa manera por el gran shock que de seguro tendrían.

Después de un año sin pruebas y sin sospechosos, el caso se cerró. Nunca se dio con el asesino.

Sí, la fábrica era un lugar escalofriante, como su historia y sus rumores. La fábrica era y había sido la tumba de muchos y estaba por cobrarse a su próxima víctima, Rafael Guzmán.

Veinte años atrás, Sagunto, Valencia

La práctica de la eugenesia durante el nazismo en Alemania significó la búsqueda de la perfección racial hasta los extremos más irracionales. Tras años de torturas, y con la caída de Hitler, muchos de los biólogos y profesionales que practicaban esta disciplina escaparon a diferentes países, en donde continuaron experimentando este tipo de atrocidades.

Ocultos bajo otros nombres y encubriendo dichos experimentos, habían creado nuevas identidades a fin de poder continuar secretamente sin levantar sospechas.

Lidia Wolf y Alberto Weber eran nietos de estos Alemanes. Se criaron bajo aquel concepto, convirtiéndose en arduos seguidores del neonazismo. Deseaban revivir ese tipo de prácticas, y nada mejor que aquellos niños para comenzar con los experimentos.

Buscando crear la nueva raza, la casta perfecta. Los pequeños no eran más que meros envases y sus conejillos de indias.

Una noche, como tantas otras, los niños se habían escondido en el ático. Una puerta pequeña que daba a las tuberías de la antigua casa, conectaba con el viejo desván.

Sus padres estaban en el salón cenando con unos amigos. Ellos, quienes aparentaban dormir, en realidad jugaban, casi en silencio fantasmal para no ser descubiertos. Uno de los hermanos contaba mientras que el otro se escondía. En uno de sus escondites, cayó sobre una vieja pila de libros llenos de polvo y moho. Causó tanto ruido que el corazón se le detuvo de golpe. Los niños se miraron, inmóviles. Sus ojos desorbitados intentaban no pestañear. Al escuchar pasos por las escaleras, se escondieron detrás de la puerta de la tubería y esperaron conteniendo la respiración aterrados. Al mismo tiempo que tapaban sus bocas para no emitir ningún sonido. El señor Weber abrió la puerta de la habitación del desván. Se detuvo en el umbral por unos instantes y luego se marchó.

Sin perder tiempo, corrieron a la habitación. Quizá su padre pasara por allí, para cerciorarse de que ellos dormían. Los golpearía hasta dejarlos inconscientes si no los encontraba durmiendo. Ya en el pasado había sucedido más de una vez. Saltaron a sus camas y tapándose con las cobijas esperaron por interminables minutos.

Por fortuna nada sucedió. Solo un gran susto. Sonrieron aliviados y como todo niño, volvieron al ático una vez más.

El más alto se acercó a los libros caídos con la intención de apilarlos nuevamente, no obstante, uno de ellos llamó su atención. Se encontraba abierto, mostrando algunas de sus páginas. Exhibiendo fotos muy explícitas y reales. Partes del cuerpo humano en blanco y negro. En otras páginas, cadáveres y señores con batas blancas, doctores. El más pequeño no podía leer aquel extraño idioma en el que estaba escrito.

Las fotografías eran impresionantes, sobre todo para los ojos de un niño.

Al principio sintió pánico, sin embargo, la curiosidad pudo más. Su hermano se acercó también, el de mayor tamaño cerró el libro de golpe, dudando si aquello debía ser su gran secreto.

—¿Qué es lo que tienes?, ¿qué es? Déjame ver —insistía el hermano pequeño. Empujando con su débil cuerpo, mientras que de reojo podía ver solo una parte de aquellas fotografías.

El más alto dudó unos instantes.

—Si permito que lo veas, tienes que prometerme que no te asustarás. No deseo que te pases a mi cama. Y mucho menos contarle a padre o a madre lo que hemos descubierto —El niño asintió, jurando con su dedo a modo de solemne promesa.

Tomaron el libro y con aquel tesoro descubierto, se dirigieron a la habitación.

Juntos y en silencio se sentaron en el frío suelo, entre las camas.

Con sumo cuidado y con los ojos casi saliéndose de sus órbitas, pasaban las envejecidas hojas. Sus inocentes expresiones iban de cara de asco y a la vez de excitación. Aquel descubrimiento, había sido lo más importante de sus cortas vidas.

Horas pasaron hasta que decidieron cerrarlo, el mayor lo escondió debajo de su cama en una

madera del suelo que estaba suelta, donde guardaba todos sus tesoros.

—Necesito una jeringa, de esas que usan nuestros padres con nosotros. La próxima vez que vaya al hospital. Allí podré encontrar todo lo que necesito —El más alto de los niños sonreía, a la vez que el pequeño asentía con admiración.

Esa noche ninguno durmió, el niño emprendió un plan para que sus padres lo llevaran al hospital cuanto antes. Tenía que conseguirlo, de ser necesario recurriría a su pequeño y débil hermano.

Imaginó que las ratas de la fábrica podrían ser sus víctimas. Sabía donde se guardaba el veneno que utilizaban con ellas. Todo debía ser planeado con sumo cuidado y exactitud. Ninguno pudo dormir, después de todo, esa noche había sido el comienzo.

—Tengo que tomar las pastillas rosas de madre, esas que guarda en la cómoda de su habitación. Cuidando que nadie me vea, me dirijo a la cocina. Las trituro con ayuda de una cuchara. Mezclo el polvo con un vaso con agua y la bebo de un solo trago. Luego de eso me voy a la cama —repitió por quinta vez el más pequeño. Aquel plan que ya pronto comenzaría.



Capítulo 8

Un ex, viejos amigos y nuevos extraños

Esa noche no podía dormir, su esposa parecía no percatarse de su insomnio. Se sentía feliz, ansioso. Una ola de recuerdos invadían su mente, un remolino de sentimientos. No podía sacarse a Gema de la cabeza.

—¿Qué me está pasando? No —dijo en un imperceptible murmullo mientras tomaba una ducha, de todas maneras ya no podía seguir durmiendo—, seguramente ha sido el impacto de volver a verla —Ella siempre había logrado aquel sentimiento en él. Estaba tal y como la recordaba. Hermosa y apasionada—. Sí, de seguro, ha sido solo la conmoción de recuerdos y sentimientos.

Encendió el televisor, bajó el volumen para no despertar a su mujer y trató de concentrarse en aquellas escenas vacías. Miraba sin mirar. Era imposible concentrarse. El reloj marcó, las cinco de la mañana, en dos horas más, su despertador sonaría.

Estaba ansioso, quería comenzar cuanto antes con el encargo, ella lo necesitaba y él quería volver a verla.

Quitó la alarma de su móvil y se marchó. Le mandaría un mensaje a Laura, su mujer, en cuanto llegara. No deseaba ser interrumpido. Gema, su Gema, lo necesitaba.



Después de cinco llamadas perdidas a su móvil y otras tantas al laboratorio por parte de Laura,

decidió tomarse un descanso.

Se sintió culpable. Hacía meses que discutían casi a diario, gracias a que pasaba demasiadas horas fuera de casa. Desde que les habían dado la noticia de la esterilidad de su esposa, todo se había venido abajo. La ilusión de tener un hijo, hubiera sido una bendición para su enclenque relación. Era algo que no habían podido superar. Hasta había puesto en duda si realmente estaba enamorado.

Y ahora, para colmo de males, la mujer que más había amado en su vida, regresaba como un torbellino a ella. Si en algún momento había dudado, Gema había llegado para poner patas arriba su mundo.

Habían pasado más de siete horas desde que había llegado al laboratorio. Las extrañas sustancias no deberían ser un problema para él. Además, aquello le apasionaba. Tan ensimismado estaba en descubrir esas muestras, que nada ni nadie le importaba.

Su esfuerzo había dado resultado, ya casi tenía lo que necesitaba, estaba feliz, ahora podía volverla a ver.

Lo primero que haría sería llamar a Gema para contarle las buenas noticias, seguro la sorprendería.

Luego se encargaría de llamar su mujer, debería estar histérica.

No deseaba enfrentarla, pero se lo debía. Laura no era culpable de su confusión.

—¿Gema? Hola —comentó tragando saliva. Se le había secado la garganta y temblaba como un pequeño excitado y nervioso.

—¿Pancho? Dime que tienes buenas noticias.

—De hecho creo que sería mejor que nos veamos. Es que tengo que explicarte el proceso de lo que he descubierto. Es algo simple; sin embargo, creo que será preferible que te lo muestre. Si tienes tiempo claro está. ¿Te queda bien que pase por el laboratorio en una hora? —La ansiedad porque Gema dijera que sí, lo estaba matando.

—Claro, pero puedes enviarlo a mi móvil, no deseo molestarte —Le parecía extraño tanta insistencia de su amigo.

—Preferiría hacerlo en persona. Ya me conoces... Hago tantos garabatos que a veces ni yo mismo me entiendo —Otra mentira. Cerró los ojos al imaginarse a sí mismo.

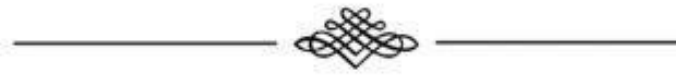
—En ese caso te espero por aquí en una hora —Gema cortó la llamada extrañada.

¿Garabatos? ¿Desde cuándo Pancho había dejado de ser un obseso de la prolijidad?

Pancho se sentía extasiado. Debería de ser precavido y hacer unos manchones en sus apuntes. La mentira tenía que tener un sustento, o de lo contrario, la perspicaz Gema, lo notaría. Si algo recordaba de ella a la perfección, era su gran control sobre todo lo que la rodeaba. Solían bromear acerca de que debería haber sido detective. Además, era una experta tiradora, su padre era un militar retirado y había transmitido su gran pasión a su única hija.

El sonido del teléfono lo despertó de aquella narcosis idílica en el que se encontraba. Tomó el móvil, era su esposa.

—Joder, Laura... —murmuró a la vez que deslizaba el patrón con su dedo para contestar la llamada.



Había olvidado por completo las prácticas de aquel estudiante. Andrés Rodríguez estaba parado en umbral del laboratorio, con ojos de asombro y ansiedad. La cara de tío estudioso lo delataba.

Esas gafas sobaban en un rostro tan alargado. El verde de sus ojos resaltaba en aquel color tan blanquecino que compartían cabello y su tez. Y su ropa... Si no supiera que Pedro no tenía hermanos, bien podría haberlo sido.

Gema podría jurar que le recordaba a alguien, pero por mucho que se concentrara, no podía lograrlo.

—Tu nombre es Andrés, ¿no es así? Pasa, hasta lo que sé, no muerdo —Gema sonrió y podría haber jurado que la había mirado con odio mientras asentía. No había dicho una sola palabra aún.

Hostias, profe, me ha mandado al hijo de satanás y para rematar es mudo.

Pronto se sintió fatal, al recordar que Fajardo se encontraba dentro de aquella fría cámara mortuoria.

Ese estudiante debería de ser muy importante para su profesor, si le había pedido con tanta emoción que lo asistiera.

A fin de cuentas, ella también había necesitado de un tutor en su tiempo. Solo que nunca imaginó semejante espécimen en su laboratorio. Bastante tenía con Pedro, como para ahora tener su doble.

Santa Gema, la protectora de los Cuasimodos de Valencia. Deberían canonizarme.

¡Deja de prejuizar!

De existir un infierno, te recibirían con los brazos abiertos por bruja.

—Bueno, lo mejor será que nos pongamos a trabajar. No dispongo de mucho tiempo, por lo que comenzaremos con lo básico. Acaba de ingresar un cuerpo que ha sufrido un accidente automovilístico, te aseguro que será pan comido —Gema le indicó que la siguiera mientras se

acercaba a la camilla al mismo tiempo que se colocaba los guantes de látex —. Como puedes ver, ha sido un golpe seco. No presenta más que marcados hematomas que en la frente. Debido, por supuesto, al tremendo corte.

—¿Qué es, precisamente, lo que estamos buscando? —preguntó al fin el alumno “mudo”, sin quitar los ojos del difunto.

—Eso es para lo que estás aquí. Quiero que observes con detenimiento y busques alguna anomalía. Puedes trabajar con soltura, no pondré restricciones. El señor... —Gema miró la etiqueta que el cadáver tenía atada a su dedo derecho del pie— Roberto Pérez Garcés, impactó su coche contra una marquesina en mitad de la noche. Sin embargo, no hay rastros de alcohol en la sangre. Lo que la fiscalía quiere saber es el porqué sucedió. Y ese será tu trabajo.

—¿Tú estarás presente? —inquirió Andrés con ansiedad. Gema lo observó, se lo veía nervioso, excitado. Le brillaban los ojos cuando miraba hacia el grávido cuerpo del pobre señor Pérez.

Como si disfrutara de la muerte. Nunca había conocido a alguien que lo gozara. Los muertos que llegaban a la morgue, eran tratados con respeto, no con veneración. Había algo que no le gustaba de ese tío, pero se lo debía a Fajardo.

—Mi asistente te guiará, el será mis ojos. Yo debo ocuparme del caso... —dudó unos instantes. No deseaba revelar acerca del caso del profesor. No sabía hasta que punto Andrés estaba enterado. Por fortuna, el cadáver del profesor estaba en otra de las salas de la morgue. Solo ella tenía acceso a esa parte. Ni siquiera Pedro tenía permiso —. Un caso especial — concluyó con rapidez.

—Comprendo —Gema se tensó, aquella mirada volvió a darle escalofríos. Necesitaba alejarse de ese joven.

—Pedro, ¿Puedes venir un momento? —La excusa perfecta, le presentaría a su asistente y se largaría de allí. Además, Pancho estaba por llegar —Este es Andrés, estará con nosotros un tiempo realizando unas prácticas. Lo asistirá en lo que necesite.

—Encantado Andrés —dijo Pedro, sonriendo. Gema volvió a tensarse. Por un momento le pareció que no era la primera vez que su asistente y el estudiante se veían. El parecido era asombroso, y no solo por la manera en que vestían. Hasta se movían igual.

Debo estar volviéndome loca. Este caso me está afectando más de la cuenta ¿En qué mundo, Pedro y Andrés pueden converger?

—Los dejo entonces. Pedro, hazme saber si necesitan algo. Y recuerda, el informe debo redactarlo yo —Su asistente ni siquiera la miró, solo asintió de manera mecánica.

Aquellos dos se sonreían, mientras que tomaban las herramientas para trabajar en el cuerpo.

Parecía que compartían el placer de abrir el pecho del pobre señor Pérez Garcés.

Los recuerdos la invadieron. Aún recordaba la primera vez que había visto a Pedro. Habían sido su compañero en la Universidad.

No era que fueran amigos, ni nada. Solo que el pobre sufría de bullying y ella odiaba aquello.

Por lo que más de una vez había salido en su defensa. Pedro era retraído y solo tenía un amigo, Jesús.

La forense se tensó cuando el recuerdo de ese tío vino a su mente.

Se había incorporado a poco tiempo de haber comenzado las clases, quizá un mes, Gema no podía precisar cuando. Recordó que ese primer día, todos lo miraban con recelo. Destacaba del resto, era alto, mucho más que cualquiera de sus compañeros. Y aquella mirada abismal causaba escalofríos, sobre todo porque uno de sus ojos era de un azul intenso y gélido, mientras que el otro era de un completo y lóbrego negro.

Entró en el salón como si se creyera el dueño del mundo. No tuvo más opción que sentarse junto a Pedro. Todos los otros asientos estaban ocupados.

Era inteligente, eso era innegable, pero se creía mejor que nadie.

Nunca entendió como aquellos dos podían ser amigos. Eran el agua y el aceite. Aunque gracias a ese tío nunca volvieron a molestar a Pedro. Nadie se atrevió a meterse con él.

El profesor Fajardo y Jesús tenían una relación de amor y odio. El alumno lo perseguía con sus constantes preguntas que agobiaban al profe, a tal punto que lo evitaba.

Además, el tío, era un racista. Si tu piel era de un color “oscurito”, estabas en la mira de Jesús. Latinos, musulmanes, judíos o cualquiera que no fuese europeo, caía bajo su maldad.

Sus compañeros y hasta ella misma, le temían.

Por el contrario, Pedro, siempre había sido un amor de persona. Atento y servicial. No era capaz ni de matar una mosca. Tampoco era tan inteligente como lo era Jesús, pero lo compensaba con sus modos. Sin embargo, adoraba y veneraba a su mejor y único amigo. Besaba el suelo que pisaba ese déspota.

Aún sentía escalofríos al recordar aquellas miradas lujuriosas. Como la acechaba cada vez que se encontraba hablando con Pedro, el muy cabrón se acercaba intentando conquistarla. Para ese entonces ella estaba saliendo con Pancho, así que usaba esa excusa para evitarlo.

Sí, todavía recordaba esas miradas. Aquellos ojos estaban tan vacíos como su alma.

Por fortuna, todo mejoró cuando descubrieron que Jesús había robado instrumentos del laboratorio. Lo expulsaron y todos respiraron aliviados.

Meses más tarde, Pedro abandonó la universidad. De un día para otro desapareció. Sin avisar y sin despedirse.

Años después, cuando le asignaron un asistente, Gema no pudo sentirse más feliz. Pedro lo había logrado. Aunque había abandonado la universidad Católica, había continuado estudiando y obtuvo su título al fin.

De eso hacía ya un año. Un largo año en que nunca le habló de Jesús ni de por qué había abandonado la universidad. Ella tampoco preguntó. Además, si Pedro no lo contaba, ella no se creía con derecho a preguntar.

Capítulo 9



Los primeros celos

—¡Rafael!... ¡Rafael!

Tan entusiasmado estaba jugando en el parque, que el llamado de su madre era un eco lejano invadiendo sus pensamientos. Amaba estar recostado en el fresco césped, descubriendo los perpetuos y ligeros movimientos de las aves y sus extraños sonidos. Se sentía exaltado, obnubilado ante la naturaleza que rodeaba aquel lugar. Era su sitio favorito en el mundo, sus vacaciones perfectas.

Rafael no era ni el más guapo, ni el agraciado. Solo era un pequeño, pasado en peso. Sumamente minucioso y sobreprotegido por sus padres, al punto tal que casi ni tenía amigos o compañeros. Solo conocidos.

Por esa razón, en su inmensa soledad y siendo motivo constante de burlas, ese, era el único lugar donde se sentía feliz. Donde sus amigas, las aves no lo miraban mal y lo aceptaban tal cual era. Además, era el sector en donde su madre ni se acercaba, odiaba la naturaleza.

Ese día, en particular, se convertiría, el peor de su vida. A partir de entonces, y hasta dejar la casa de sus padres, su vida sería un completo infierno, mejor descrito y vivido que el de Dante.

Un odioso panal en el árbol interrumpía su idílico momento con las aves y sus embriagadores sonidos. Era tal el zumbido que impedía a Rafael concentrarse y en ese momento tomó, quizá, la peor decisión de sus cortos años. Trepar para derribar ese maldito demonio, su gran enemigo. Aquel panal que interfería en sus pensamientos más profundos y divertidos. Aquel que lograba sacar lo peor de sí mismo.

Cuando lo encontraron estaba ya casi a punto del coma más profundo, era cuestión de minutos. No solo por la gran caída que había recibido, sino más por su alergia a esas picaduras que invadían cada centímetro de su pesado cuerpo. Sus padres no podían salir de su asombro. Diagnóstico, alergia a la picadura de abejas, anafilaxia.

Esos recuerdos invadían una y otra vez su mente. Cada momento se convertía en una tortura insoportable. Su verdugo sabía lo que hacía a la perfección. Calculando con precisión y esmero la angustia que le causaba. El veneno, ingresaba en su cuerpo, de a pequeñas y milimétricas dosis. Causando daños menores, pero al mismo tiempo intolerables y más y más debilitantes.

Deseaba, necesitaba, gritar, pero algo apretaba su lengua, impidiéndole moverla. Solo adormecidos sonidos guturales e inútiles salían de tanto en tanto de su aterrorizada y dolorida garganta. Estaba aterrado. Una pesadilla de la que nunca saldría. Si sus pulmones comenzaban a fallar, no lo toleraría mucho más. En pocos días, horas, minutos, su propio cuerpo sería su tumba.

Al llegar la noche del quinto día, Rafael sabía que nada había por hacer. Imaginó que quizá alguien lo estaría buscando. Un pensamiento estéril y desesperanzado. Tal vez era como en las películas. La víctima se salvaba en el último instante. Sí, de seguro su secretaria, al ver que no aparecía, se había contactado con la policía, seguramente lo encontrarían y lo salvarían.

Su corazón comenzó a fallar. Tenía que resistir, ¿pero cuánto?, ¿cuánto más hasta que la caballería llegara? Su pecho ardía, se cerraba. El dolor y la desesperación lo anegaban por igual. Su cuerpo, hinchado y a punto de explotar. La tirantez de su piel la resquebrajaba. El colapso de sus pulmones, era inminente. Sus latidos, lentos y pesados, eran lo único que escuchaba en el silencio frío y aterrador de aquel lugar. Solo ellos le anunciaban que aún estaba vivo. Y aquel dolor, aquel insoportable dolor en su cuerpo cansado y moribundo. Una dosis, una última dosis y ya no había latidos, ni caballería que viniera en su rescate. Moriría solo, entre aquellas paredes de ladrillos que lo acompañaban. Y ni siquiera sabría por qué.

La puerta se abrió. Allí estaba el verdugo, podía sentirlo, lo escuchaba respirar. Resistir, aferrarse a la vida. Solo unos minutos, quizá la caballería llegue. El asesino se acercaba lento y silencioso. Por primera vez mostró su rostro. Rafael entendió todo en ese último instante.

¿Pero por qué? ¿Qué mal había hecho en hacer lo correcto? ¿Tanto podía odiarle?

Su hora había llegado. Cerró los ojos y una pesada lágrima rodó por su mejilla. Nadie lo había buscado, nadie llegaría en su rescate. Al sentir aquel último pinchazo entre los dedos de



sus pies, lo confirmó.

Al bajarse del auto le sudaban las manos a la vez que un calor insoportable recorría su cuerpo por completo. Podía sentir aquel impulso adolescente como cuando había dado su primer beso.

Estaba nervioso. El deseo de volver a verla lo abrumaba. Necesitaba llegar al ascensor cuanto antes. Caminaba sin ver, solo sus pensamientos lo guiaban. Hasta que golpeó contra alguien y lo obligó a espabilar de aquel letargo juvenil.

—Discúlpeme, estaba distraído —El hombre con el que se había topado le llevaba al menos una cabeza. Pancho nunca había sido demasiado alto. Lo normal. Sin embargo, lo que llamó su atención fue la forma en que lo miraba. Una mirada entre asombro y odio salía de aquellos ojos azules.

—¿A qué piso? —comentó Moyá con desprecio al ver que aquel individuo entraba con él al ascensor.

¿Qué está haciendo este aquí? ¿Es que acaso viene a ver al demonio rubio?

— Al primer subsuelo —contestó un entusiasmado Pancho a la vez que acomodaba su corbata. Se había vestido lo mejor que había podido. Deseaba impresionarla —. Vengo a ver a Gema.

—Se refiere a la Doctora “Arzúa” —Si la voz pudiera asesinar, Pancho ya estaría muerto — ¿Por qué motivo es que viene a ver a la doctora? Si mal no recuerdo, usted no trabaja en el edificio.

—Eso, ¿señor...? —Pancho se sentía molesto.

¿Quién demonios es este tipo?

—Moyá, detective Álvaro Moyá.

—Francisco Morgade. Y el motivo de mi visita, detective Moyá, es entre Gema y yo.

Pancho bajó del ascensor, casi corriendo, dejando a un desconcertado y furioso Álvaro dentro. Sostuvo la puerta antes de que se le cerrara en la cara.

La madre que lo parió a este gilipollas.

La puerta del laboratorio se abrió y Gema se abrazó a aquel imbécil.

¿Pero quién mierda se cree ese cabrón? ¿Por qué ella lo abraza de ese modo? ¿No será que...? ¿Y en plena morgue?

Álvaro negó con la cabeza. No podía creerlo, ¿y por qué carajos le importaba tanto?

Gema se acercó a Moyá. Preguntándose que hacía el detective allí. Habían quedado que en cuanto tuviera novedades se comunicaría.

No pudo evitar sentir sus piernas temblar a medida que avanzaba hacia él. Ese desgraciado tenía un imán, obligándola a olvidarse de Pancho, y hasta de donde se encontraba.

Maldijo. En otras circunstancias le habría encantado enredarse entre sus impolutas sábanas con el modelito. Sin embargo, su regla de no meterse con compañeros de trabajo aparecía frente a ella con rojo neón. “Danger”, ese hombre era peligroso. Y ella amaba el peligro.

—¿Sí?, ¿qué necesita detective? —Esos ojos se clavaron en ella y el mundo desapareció de repente.

—¿Le molesta que haya venido?, ¿o es que necesita “privacidad” doctora? —contestó siseando aquella última palabra a la vez que aquella magia que había envuelto a Gema se desvanecía.

¿Qué bicho le picó a este? ¿Será por Pancho? Ah, no, lo que me faltaba. Celos no joder. Si el modelito quiere guerra, la tendrá.

—Si viene a molestar, pierde su tiempo. Tengo cosas “mucho más” importantes que hacer —comentó mirando hacia Pancho.

—”Sí, ya veo” —la ironía irradiaba en el aire.

—No tengo tiempo para sus estupideces Moyá. Ni tampoco tengo novedades. Ya se enterará —. Álvaro la observó furioso, maldiciendo para sus adentros.

Será cabrona, juro que primero le arranco un beso y después la mato.

—Apúrese que no tengo todo el día. Buenas tardes —Frustrado, se alejó a paso apresurado, maldiciendo. Sin embargo, cuando llegó al ascensor, su mente y su cuerpo necesitaban decir algo más. Se volvió.

—Arzúa —Gema clavó sus ojos en él. Intentando incendiarlo con la mirada. Álvaro dejó de respirar por un instante. El magnetismo que causaba esa mujer lo debilitaba. Había olvidado el porqué había regresado. Definitivamente, era una marioneta junto a ella.

—Por Dios Moyá, ¡Hable!

—Has dejado de hablarme de tú —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—¿Qué? —preguntó desconcertada.

—La tregua, ¿recuerdas?

—¿Estás loco?

Por ti.

—¿Volvemos a intentarlo? —Preguntó ansioso por saber si aquel demonio lo perdonaba. Aquellos incontrolables celos habían arruinado todo. Ya averiguaría quién era el tal Morgade y

cuál era la relación con Gema.

—Está bien, pero solo porque el caso lo amerita —La sonrisa que le dedicó, la desarmó por dentro.



Madre mía... ¿Por qué tiene que ser tan perfecto?

Mientras el ascensor lo llevaba al primer piso, no pudo evitar sonreír al pensar en esa última mirada que le dirigió la forense. Podría contemplarla por horas. Ese insólito sentimiento lo extrañaba.

Desde la muerte de su hermana se había convertido en un lobo solitario y malhumorado. Ni siquiera podía mantener una relación estable. Oportunidades nunca le habían faltado, era un hombre al que le gustaba cuidar de su cuerpo y de su imagen, haciendo un culto de ello. Era joven, se consideraba apuesto, al menos las mujeres con las que había estado se lo repetían siempre que había oportunidad. Su vida era plena y no le faltaba nada por alcanzar. Sin embargo, se sentía vacío por dentro. Como si al morir Isabel no mereciera ser feliz, solo porque su pequeña hermana no podía serlo. Ese desgraciado le había arrebatado una parte de su corazón cuando la asesinó. Al menos eso pensaba hasta ahora. Porque aquel órgano al que creía muerto, se aceleraba sin control cuando la doctora estaba cerca. Le gustaba y le extrañaba por partes iguales.

Sin saber como había llegado, se encontró en la puerta de su oficina. Encendió el ordenador, de manera robótica y mecanizada. Esos ojos y esa media sonrisa continuaban acechando su mente.

Era hora de revisar las cintas de video del estacionamiento de la Universidad. Sacudió su cabeza, intentando borrar a Gema de sus pensamientos.

Odiaba ese caso, Nuria Téllez Calderón había sido asesinada, años atrás, en la misma universidad en la que trabajaba Cosme Fajardo. Nunca dieron con el asesino. Ese había sido su primer proceso, su primera asignación, esa que forjó su carrera, la única mancha negra en su expediente de detective.

Apretó los puños recordando la imagen de aquella inocente muchacha, los recuerdos eran demasiado dolorosos.

Sus padres nunca se habían recuperado de la muerte de su única hija, y él nunca se había perdonado faltar a la promesa que les había hecho.

Sin saber el porqué, el archivo de aquel fallido caso continuaba en su ordenador. A la espera de que, algún día, volviera a abrirse para poner punto final a la triste historia de Nuria Téllez Calderón.

Capítulo 10



Los raritos y lo raro

Estaba intrigada. Ni siquiera reparó en que su amigo estaba sentado, frente a ella, al otro lado de su escritorio, y la miraba expectante. Perdida en el recuerdo de aquella última conversación con el detective.

¿Habría actuado así porque está celoso de Pancho? ¿Por qué estaba tan insistente? ¿Y por qué se regresó? Eso de la tregua, no me lo creo.

—Hola... Gema, ¿estás aquí? —Después de varios minutos Pancho se había impacientado. Gema lo miraba sin mirar.

—Perdona, estaba distraída pensando en el caso —No pensaba reconocer que aquel hombre la afectaba de aquella manera.

—¿Está todo bien con ese detective? No me ha gustado nada la manera en que te ha hablado.

—Nada que no pueda manejar —Se removió incómoda en su silla.

—Es que tener que lidiar con estos tipos a diario... Creo que solo tú puedes soportarlo.

—No digas eso. Me hace sonar como alguien frío. Tengo muchos amigos aquí. Álvaro y yo empezamos nuestra relación con el pie izquierdo. Estoy segura de que en otras circunstancias no sería así. Solo que los dos somos bastante testarudos —No entendía por qué, pero sintió deseos de defender al detective.

—Parece que te gusta ese tal Moyá —Gema lo observó molesta, no le gustaba nada hacia donde se dirigía esa conversación.

Lo que me faltaba. Parece que los celos se están esparciendo como un virus.

—No es eso. Solo que no lo conoces —Se detuvo unos instantes intentando calmarse y no cabrearse con Pancho —, de hecho yo tampoco lo conozco bien. Es un compañero de trabajo — No pensaba decirle que sus hormonas enloquecían nada más verlo—. Pero basta de hablar de Moyá. Cuéntame esas novedades, ¿Qué has podido averiguar? —Pancho la conocía demasiado, Gema estaba actuando muy extraño. Sin embargo, el no tenía derecho a incomodarla. A fin de cuentas era un hombre casado y ella una mujer libre.

Sacó aquel informe garabateado para sustentar su mentira.

El llamado a la puerta de la oficina los interrumpió.

—Perdone doctora, hoy me toca adelantar la limpieza. Mi madre se encuentra enferma y debo cuidarla.

—Sí, por supuesto, Benjamín, pasa. Espero que no sea nada grave. Puedes comenzar con aquellos estantes —comentó señalando hacia la enorme biblioteca donde almacenaba sus libros de anatomía forense.

—No notará que estoy aquí, lo prometo —dijo el encargado de limpiar la morgue a la vez que Gema asentía.

—Continuemos —La forense olvidó a Benjamín y se concentró en Pancho.

—La sustancia extraída del cuerpo de Fajardo en una mezcla de alquitrán, biocidas y cloro etileno. No se detectan en un análisis de sangre de rutina. Puedo afirmar que no se trata de un simple infarto. Nadie en su sano juicio utilizaría este tipo de sustancias con un ser humano. El uso es fatal. No sé qué piensas, a mí me huele muy mal.

—¿Crees que entonces...?

—Sí, creo que Fajardo fue inducido a tener un infarto.

—En pocas palabras fue asesinado —contesto Gema con un dejo de preocupación en esos ojos ámbar que hablaban por ella—. Ahora, ¿cómo le digo a Iñiguez?

—¿Quieres que sea yo quien se lo comunique? —Pancho no toleraba verla así. Deseaba protegerla.

—No, aunque gracias. Fue mi error. No me atreví a realizar la autopsia sabiendo de quién se trataba. Mi asistente lo hizo por mí. Fue mi culpa y la tengo que asumir —Gema estaba mortificada.

Era lo que faltaba, escuchar a su jefe y reconocer su error. Además, ¿Cómo demonios se lo comunicaba a Moyá?

¿Y quién querría hacerle daño al viejo profesor?

Demasiadas preguntas acechaban su mente. Tan absorta estaba en sus pensamientos que ni siquiera escuchaba a Pancho, quien no paraba de parlotear.

—Gema... ¡Gema!

—Sí, perdón Pancho, es muy importante que siga con la investigación —comentó a la vez que se levantaba de su silla y lo guiaba hasta la puerta—. Podemos encontrarnos un día de estos por unos pinchos o lo que te apetezca. Es que no puedo... Sabes que te agradezco lo que hiciste, pero me urge solucionar este error.

Se despidió de él sin darle oportunidad a réplica como si fuese un robot.

Pancho se detuvo en el frío corredor en silencio. Preguntándose que había sucedido con Gema. Se había cerrado de golpe. Se dirigió hacia el ascensor, prometiéndose que volvería a



verla. Por Dios que volvería a verla.

—Doctora, ¿se encuentra bien? —Benjamín se acercó a Gema. La forense se encontraba sentada apoyando sus manos en su cabeza. Se la notaba preocupada.

—Sí, Benjamín. Es una gran acumulación de trabajo, nada más. Debe ser el estrés que me está generando este caso.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? Lo que sea... —Gema negó con la cabeza.

—Ya bastante tienes con tu madre enferma. Además, estoy acostumbrada. Te dejo para que continúes y termines pronto

—respondió alejándose del encargado.

Nunca le había gustado ese hombre. Le daba escalofríos. Su mirada era como adentrarse en un abismo helado, sin vida.

Sonrió mientras se alejaba, estaba rodeada de extraños personajes. Entre Pedro, Benjamín y el alumno de Fajardo podrían formar un club de seres exóticos y atemorizantes que se mimetizaban a la perfección con aquellas desiertas paredes de la morgue.

—Bueno, Gema, es hora de llamar a Iñiguez —murmuró derrotada y ofuscada, a la vez que entraba en el laboratorio.

Le sorprendió la actitud entre Pedro y Andrés. Cuchicheando como viejos amigos. Nuevamente, aquella sensación de que esos dos se conocían regresó a ella.

No habían notado su presencia. Estaban ensimismados, demasiado íntimos. Le extrañó sobremanera Pedro. Nunca había sido muy hablador, y mucho menos sonreía. Era demasiado retraído en general. Temeroso de los desconocidos.

Le pareció notar que disfrutaban quitando aquellos órganos del pobre cadáver del señor Pérez, como si los ojos de ambos tuvieran un brillo especial.

Estás paranoica... ¿Desde cuándo te has convertido en el detective Colombo? Te falta la cacatúa y se completaría este grupo de locos. Demasiada tele vintage...

Lo que te falta es un buen revolcón, de preferencia don modelito.

Se alejó, dejando a esos dos disfrutar de la tarea, al menos no la habían molestado con interminables preguntas. No era el momento más adecuado. Bastantes cosas tenía con el caso de Fajardo y su asesinato. Ya se tomaría un tiempo para revisar lo que habían descubierto cuando terminaran.

El móvil de su jefe sonó por unos instantes. Se estaba impacientando. Era ahora o nunca. Los nervios y el cansancio la estaban destrozando.

—Iñiguez tenemos que hablar, ¿está disponible? Me urge comentarle lo que he descubierto.



El imponente apartamento de Rafael Guzmán, era como adentrarse en un hospital, pulcro y despojado. Una ostentosa modernidad en la que predominaban el blanco, el gris acero y el negro. Todo era monocromático y helado. La única calidez, provenía del brillo incandescente que se filtraba por los enormes ventanales desiertos de cortinas que filtraran la intensa luz. Quizá por las noches, las estrellas, se convertirían en espectros fantasmales que acechaban cada rincón del hospital Guzmán, porque nada tenía de hogar.

La habitación en donde se hallaba su cuerpo sin vida, era tan inerte como su dueño, casi como su muerte, silenciosa y sufrida.

Junto a la cama, sobre la mesa conjunta, el teléfono no paraba de sonar Rafael, ya no lo atendería nunca más.

El asesino sonrió a su cómplice. Siempre había contado con él. Su débil hermano seguía tan temeroso como cuando eran pequeños, y él había tomado todas las decisiones. A pesar de haber compartido el útero, eran demasiado diferentes. No solo en carácter, sino en apariencia. Nunca nadie podría imaginar que entre ellos había una conexión de sangre.

Poco le importaba, él era quien disponía y el enclenque de su hermano lo seguía. Siempre lo haría. No le permitiría alejarse, al menos hasta que él lo decidiera.



Las cámaras de seguridad del estacionamiento de la universidad no habían aportado mucho. Fajardo desaparecía en un punto ciego donde probablemente estaba aparcado su coche.

Cinco minutos después, en otra de las cámaras podía verse con claridad el coche que se alejaba hacia la salida. Nada fuera de lugar, a excepción de que el viejo en su trayecto se habrá detenido y aquel punto ciego en el que desapareció por aquellos minutos.

Algo le decía que ese tiempo era la clave de muchas cosas.

Álvaro encendió su quinto cigarrillo. El cartel de prohibido fumar descansaba en el cajón de su escritorio. Nadie toleraría aquel trabajo sin un buen cigarro e interminables tazas de café. Por fortuna su cafetera Nespresso se encontraba oculta en su armario, no deseaba compartir aquella exquisitez con los buitres de sus compañeros. Si algo le gustaba al detective eran las cosas ostentosas y su abultada nómina le permitía ciertos gustos. Se acercó a la ventana, el humo delataría su secreto, y no tenía intenciones ni ganas de soportar a la policía del cigarro.

Algún día lo dejaré...

Los parches de nicotina aún estaban intactos en el fondo del cajón de su cómoda. Aquella inútil y débil promesa, que ni siquiera él creía.

Pero por ahora no...

Capítulo 11



El plan

Veinte años atrás, Sagunto, Valencia

El médico observó las pupilas del niño inyectadas en sangre. La vida se le escapaba. La premisa era salvarlo. Las enfermeras corrían por el pasillo del hospital apurando el procedimiento. Había ordenado lavaje de estómago. Ese pequeño se debatía entre la vida y la muerte.

Su madre parecía en shock o quizá no mostraba interés alguno en su hijo. El padre absorto en su mente, no emitía sonido, ni siquiera preguntaba por él. Estaba sentado en el frío y desolado corredor, esperando. Como si nada sucediera, como si la vida, fuera la nada misma

Alberto Weber apretó los puños. Ese niño solo traía problemas.

Habían tenido que llevarlo al hospital gracias a que el entrometido de Carlos Murguía lo había encontrado tirado sobre la alfombra del estudio. El empleado tenía que entregar unos papeles de la fábrica en su casa. Y de seguro aprovecharía su visita para quejarse por enésima vez de las malas condiciones laborales y de su nómina.

Le había dicho que lo esperara en el estudio, ¿cómo se iba a imaginar que el pequeño desgraciado se encontraría medio muerto en la habitación?

No podían arriesgarse con Murguía habiendo sido testigo de todo.

De haber estado solos, lo más probable es que esa pequeña rata no hubiera recibido ningún tipo de atención y quizá ahora estaría muerto.

Lo odiaba, no podía evitarlo. Solo era un envase en el que probar sus experimentos.

Al único que parecía importarle era al más débil y pequeño, y quien había jurado no decir nada de lo que había hecho. Se lo llevaría a la tumba si algo malo pasaba. Ese había sido su solemne juramento aquella noche en que, bajo las sabanas de la cama de su hermano, habían planeado todo. Sin embargo, sus ojos no podían ocultar su preocupación.

¿Qué sería de él si su hermano moría? ¿Quién lo cuidaría y protegería de sus progenitores?

Al cabo de dos interminables horas, en las que el hospital estaba en absoluto y mortal silencio. El aliviado médico dio su informe. El niño se encontraba fuera de peligro. Su estómago estaba vacío. Lo había salvado de aquella mortal sobredosis.

—Se quedará en observación por veinticuatro horas. Debemos monitorear que sus órganos funcionan correctamente y que la droga no ha afectado su cerebro —El médico les echó una última mirada reprobatoria a los descuidados padres y se marchó para continuar con su rutina.

Lidia Wolf y Alberto Weber se miraron cabreados el uno con el otro.

—Tú y tus malditas píldoras para dormir. Deberías haber tenido más cuidado. Si llegaran a descubrir los hematomas...

—No lo harán, ¿a quién se le ocurriría mirar entre los dedos de sus pies?

—Puede que nos delate —siseó entre dientes.

—Me aseguraré que no lo haga. Es hora de hacerle una visita a ese pequeño cabrón. Además, no quiero levantar sospechas —Lidia restregó sus ojos, simulando que había estado llorando con preocupación. A fin de cuentas habían estado solos en aquel desierto corredor. Y el médico había hablado con Alberto todo este tiempo. Llamó a su hijo, que, extrañamente, hablaba con la enfermera de la recepción. El pequeñajo estaba sentado en el regazo de la mujer, sonriendo despreocupado. Suspiró. Era hora de actuar el papel de madre preocupada.

El perfume de su madre era demasiado poderoso como para no reconocerlo. El pequeño se acurrucó entre las frías sábanas de la cama del hospital. Su hermano la acompañaba. Sus ojos lo observaban con asombro y tristeza.

—Espero en que no estés pensando en hablar sobre lo que sucede en nuestra casa. Recuerda que tu débil hermano volverá con nosotros. No querrás que le suceda algo malo, ¿no es así? —murmuró Lidia en su oído, causando que el niño asintiera aterrorizado.

Ambos hermanos se miraron. Nunca se había separado hasta ahora. Sin embargo, no podían fallar. No, estando tan cerca.

Cuando la habitación quedó a oscuras, solo la luz de la luna se colaba por la persiana de metal que cubría el ventanal. Su corazón latía con tanta excitación, que parecía querer saltar de su pecho.

Esa noche obtendría su primera arma, solo era cuestión de esperar.

Horas más tarde, cuando la quietud de la noche había atrapado aquella ala del hospital en la que se encontraba. Sus ojos expectantes se relajaron y de un impulso, se incorporó. Con sumo sigilo y evitando respirar, bajó de su cama y se dirigió al corredor.

La enfermera descansaba su cabeza apoyada entre sus brazos, sobre aquel enorme escritorio

lleno de papeles. Tras ella, la interminable estantería de vidrio contenía aquellos tesoros que anhelaba. Estaba cerrada con la única llave que se hallaba en el bolsillo de la bata de la mujer. Sonrió. Contaba con que su hermano hubiera hecho el trabajo. Adulterar el café de la enfermera con aquella misma droga.

Se acercó a la mujer y golpeó con cuidado su hombro. No se movía, estaba desvanecida. Aquella película de policías le había resultado muy útil.

El inalcanzable armario lo esperaba. Con inocencia y excitación, abrió la cristalera. Allí, en el último estante, se encontraba lo que tanto ansiaba. Ayudándose de una silla podría alcanzar su objetivo.

Sus pequeñas manos temblaban ante aquel primer y estimulante contacto. Era brillante, impecable, esperando a ser utilizada.

Su aguja era filosa y muy puntiaguda. De esas que ya no existían. Una reliquia esperando por años por un nuevo dueño.

Deslumbrado, la escondió entre los pliegues de la bata del hospital y se escabulló con sigilo, no sin antes devolver la llave a su dueña.

En su camino, jugó con la idea de utilizarla esa misma noche. Quizá algún paciente, alguien moribundo.

¿Por qué conformarse con ratas? Era la oportunidad perfecta.

No obstante, pronto abandonó la macabra idea. Deseaba compartir aquella diversión con su hermano.

Esa noche no dormiría. Debía planear hasta el último detalle antes de regresar a casa.

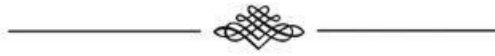


Después de dos días sin rastros de Rafael Guzmán, su secretaria dio parte a la policía. Había tratado de comunicarse por horas, sin obtener respuesta.

¿Cómo era posible que su jefe hubiera desaparecido sin dejarle un mensaje? Era la persona más responsable que había conocido jamás. Nunca dejaría el consultorio sin atender, sus pacientes eran su vida. Esas fueron las palabras exactas que había dicho a la policía cuando la interrogaron.

El agente asignado golpeó hasta el hartazgo a la puerta de Guzmán. El conserje que lo acompañaba, lo miraba con cara de malos amigos. No le gustaba nada aquel escándalo. El auto

del alergista estaba en el aparcamiento del edificio, no había salido de allí en días. Nadie lo había visto entrar o salir. El policía decidió entonces llamar por asistencia.



Se sentía extasiado. No solo porque gracias a la forense habían avanzado en el caso del viejo profesor, sino porque al fin había descubierto la conexión entre Gema y el gilipollas de Morgade.

Esa mujer lo estaba volviendo loco. Su entrepiera aún recordaba aquel perfume que había inundado sus fosas nasales cuando aquel demonio rubio se había detenido junto a él. Se había embriagado con su esencia.

Madre mía Álvaro, hasta el aroma de esa mujer te está afectando...

—Moyá —La voz de Iñiguez lo sobresaltó cuando irrumpió en su oficina—, necesito que vayas a investigar una posible desaparición.

—Joder Iñiguez, ¿no puede ir algún otro? Estaba por ir a la cabaña de Fajardo en busca de algún rastro que pudo haber dejado el asesino —Su jefe negó con la cabeza.

—Todos están fuera.

—Vale —contestó maldiciendo para sus adentros. Tomó su chaqueta y pasó de Iñiguez sin siquiera saludarlo.

Al cabo de quince minutos llegó al edificio. El gilipollas del encargado abrió la puerta del piso bajo amenazas. Logrando que el malhumor del detective aumentara.

No tardaron mucho en encontrar a Guzmán. El cuerpo del alergista se hallaba sin vida, sobre el imponente sofá blanco en medio del minimalista salón. A simple vista, parecía una muerte por causas naturales, sin signos de violencia o sangre. Sin embargo, su instinto le decía que algo se le escapaba, además de esa sensación que tuvo cuando se acercó al cadáver, estaba seguro de que ya había visto a ese hombre en el pasado.

Moya acordonó la zona y avisó al departamento forense, rogando porque Gema fuese a quien enviaran.

Sin esperar a que llegaran, investigó la escena. Observó con detenimiento en busca de algún indicio o prueba.

Todo estaba demasiado pulcro, hasta olía, a limpiador, a lejía. Si el cuerpo de aquel hombre se hallaba así desde hacía al menos cinco días, ¿Cómo era posible que el polvo no se hubiera acumulado en los impolutos muebles?, ¿y por qué su cuerpo no estaba en descomposición? Demasiado sospechoso.

Por lo que había averiguado con el encargado, quien estaba a cargo de la limpieza, no había ido a trabajar en al menos una semana.

Uno de los agentes tropezó gracias a la mesa de centro que interrumpió su camino. Álvaro lo miró enfurecido, gritándole que se alejara de la zona.

Vaya chorrada. Cada vez son más torpes estos novatos joder.

Su cuello se tensó. Una imperceptible mancha roja se hallaba justo al lado del pie del cuerpo del alergista. Se acercó sin pensarlo. Al observarla con detenimiento, se apreciaba una especie de polvo rojizo que formaba parte de una huella. Nuevamente, su mente recordó, buscó en su memoria.

¿Dónde, coño, lo he visto?

Sus azules ojos se encendieron de pronto. El cuerpo de Nuria Téllez, ese polvo... Estaba seguro de que era el mismo.

¿Qué relación tendrá con Guzmán? Y después de tantos años...

Ayudándose con un hisopo, tomó parte de aquel rastro y lo introdujo con disimulo en una bolsa plástica que llevaba en uno de sus bolsillos.

Prefería actuar por su cuenta. Aquel caso, su única mancha en su carrera, continuaba torturándolo. No deseaba hacerse ilusiones. Primero se cercioraría de que había una conexión entre ambos casos. Algo le decía que el asesino de Nuria había vuelto a atacar.

Gema, que segundos antes había llegado a la escena, presencié aquel extraño comportamiento del detective. No obstante calló.

—Buenas tardes, detective —La forense se acercó al cuerpo y no pudo disimular su asombro.

Aquello la tomó desprevenida, se había distraído con la extraña actitud del detective y no le había dado tiempo a reaccionar.

¿Cómo era posible que su profesor y ahora, Rafael, se encontraran muertos? ¿Cuál era la conexión? Tenía que haber una.

Álvaro notó como la forense se tensionaba.

¿Qué pasa contigo Gema?

La observó con detenimiento, le temblaba la mano al ponerse sus guantes de látex. Estaba afectada, nerviosa. Hasta sus ojos ámbar se habían nublado, brillantes y dilatados. Haciendo un gran esfuerzo por controlarse.

La dejó trabajar, siguiendo de cerca su trabajo y su comportamiento.

—¿Podrías decirme de qué murió nuestro doctor?—preguntó al cabo de unos minutos. Aquel perfume volvió a él al acercarse a la forense, obligándolo a concentrarse.

—Creo que sería demasiado pronto hacer alguna conjetura. Necesito llevarlo al laboratorio para tener algo certero —Estaba devastada y no podía evitar la gran tristeza que la embargaba.

Todos a los que había amado de sus días de universidad estaban muriendo.

Sin embargo, no había olvidado el extraño comportamiento de Moyá, por lo que apretó sus ojos a punto del llanto, y cuando el detective se distrajo, también tomó muestras de aquel polvo, guardándolo entre su equipo forense.

Ordenó entonces a Pedro y a Andrés, quienes la habían acompañado, que preservaran el cuerpo para enviarlo a la morgue. Un nudo en la garganta se le formó al ver el cuerpo de su amigo mientras cerraban aquella bolsa mortuoria.

Gema observó como depositaban el cuerpo de Rafael en aquella camilla. Sintió que sus piernas flaqueaban. Demasiadas casualidades, demasiadas dudas, demasiado estrés, todo estaba haciendo estragos en su cuerpo.

Cerró los ojos, intentando concentrarse en cuando había sido la última vez que había controlado su anemia.

¿Un mes?, ¿o quizá dos?

Sea como fuere, necesitaba sus inyecciones de PRP, o pronto su cuerpo colapsaría. Abrió el cajón de su escritorio.

¿Qué extraño? Habría jurado que había dejado aquí una caja de ampollas.

Las espesas manchas en su bata la pusieron en evidencia. Gema maldijo, estaba sangrando por la nariz. Pronto el reguero de sangre sería incontrolable, lo mismo que su cuerpo. Sabía lo que vendría si no llegaba a enfermería. Quiso llamar a Pedro, pero la hemorragia se lo impidió. A trompicones salió en busca de una solución.

Demasiado tarde. Su cuerpo colapsó en aquel desierto pasillo que comunicaba la morgue con la enfermería.

El asesino la observó, a pesar de aquella sangre que brotaba de la doctora, seguía siendo hermosa.

Se arrodilló junto a ella, recorriendo con la mirada, cada parte del cuerpo de la forense. Deleitándose como cuando la vio por primera vez.

Que fácil sería que todo terminara allí mismo. Sin embargo, la diversión se perdería. Y él tenía tiempo, demasiado tiempo como para que terminara de ese modo. Sonrió. Sus abismales ojos se oscurecieron al acercarse al oído de la mujer.

Aún no ha llegado tu hora Gema Arzua. He reservado lo mejor para el final...

Aquel susurro imperceptible se perdió en el desolado corredor. En el bolsillo de su pantalón, la caja de ampollas de PRP se alejaban, lo mismo que él.

Capítulo 12



La primera vez

Universidad Católica de Valencia, once años atrás

Por fin había llegado ese primer día. Ahora, podría entender aquel viejo libro que su mentor le había legado, aquel que tanto le había dado. El que le había enseñado el cómo. Ahora, podría entender. Todo estaría a su alcance.

Estaba extasiado. Le sudaban las manos de la excitación que sentía. Los seres inferiores a los que llamaba compañeros, nunca podría ser como él. No solo era superior en inteligencia, sino que aquellos experimentos a los que había sido sometido habían dado sus frutos. Su cuerpo era tan extraordinario como su mente. Fuerte, casi inhumano. Una mutación perfecta, una máquina de matar. Su gran pasión, continuar el trabajo de sus padres.

La universidad era el lugar perfecto para comenzar.

Su primera clase era con el profesor Cosme Fajardo, uno de los cardiólogos más respetados y famosos del país. Lo había admirado desde siempre. Devorando cada libro que había escrito. Quería ser como él. Convertirse en su mano derecha.

Se había propuesto impresionarlo. Tal era su obsesión que hasta había empeñado todas las joyas de su desalmada madre para que su hermano y él pudieran asistir a una universidad privada. En el lugar exacto donde Fajardo dictaba sus clases.

Al cabo de dos meses su obstinación por Fajardo era tan significativa, que no pasaba una clase en la que no lo adulara. Obsesionado en contestar cada pregunta que el profesor formulaba.

Cosa que molestaba bastante a sus compañeros, pero que a él poco le importaba.

Sin embargo, no solo Fajardo estaba en su mira. Se había encaprichado con una alumna en especial. Gema Arzúa. Era guapa, la más hermosa que había visto en su vida, y además era brillante. No obstante, él era invisible para ella.

—¿Crees que tienes oportunidad? —susurró un día cuando encontró a Rafael Guzmán mirando embelesado a la joven—. Ella no es para ti. Solo mírate, no eres más que un tío enfermo. Ella necesita de un hombre, no de un gilipollas como tú.

—Gema, es mi amiga. Además, tiene novio, ni siquiera tú la tendrás —respondió Guzmán, a la vez que se alejaba del gigante a trompicones, temiendo que lo destrozara de un solo golpe.

Lo observó alejándose de él como un cobarde. Ese gordito era el inseparable compañero de estudios de la joven. Siempre jactándose de su amistad. Pegado a ella, revoloteando a su alrededor como una abeja a la miel. Provocando que la mitad de los tíos del curso lo odiaran, aunque no tanto colmo lo hacía él.

Maldijo. Todos los intentos por acercársele eran inútiles. Gema solo tenía ojos para ese cabroncito de Morgade. Un activista con pasta que había ganado el corazón de aquella belleza. Al menos no tenía que compartir con él las horas de cursada. El muy gilipollas era mayor que ellos y solo le faltaban dos años para terminar.

No sería difícil sacarse a Rafael Guzmán y a Francisco Morgade de encima. Ya idearía algo.

Esos dos, no eran más que dos piedras en su camino. Tal como lo habían sido sus padres, los cuales ya casi nadie recordaba y quienes habían sido tan fáciles de matar.

Entró en el salón. La clase ya había comenzado, por lo que se escondió entre los últimos asientos. No deseaba ser notado ese día. Además, desde allí podría observar a su gusto a la rubia. No obstante, su memoria lo traicionó. Ni siquiera la clase de Fajardo pudo contra su perversa mente. Se perdió en los recuerdos de aquel día en que había iniciado todo. La noche en que sus progenitores habían muerto. La noche en que por fin había liberado a su hermano de aquellas inyecciones que poco a poco lo estaban matando. Él, por el contrario, crecía en tamaño y se hacía más fuerte.

Esas dolorosas dosis que los envenenaban y mutaban sus pequeños cuerpos los diferenciaban. Nunca nadie podría sospechar que eran mellizos. Ni siquiera sus ojos eran los mismos. Los de él habían cambiado de color, el verde de antaño se había transformado, dejando que uno de ellos se tornara azul, mientras que el otro era algo oscuro, indefinido. Ambos, estaban tan muertos como su corazón.

Su mente recreó cada mínimo y placentero detalle. Quizá era el único que los recordaba. Quizá hasta su hermano ya había olvidado lo sucedido. A fin de cuentas, él no había visto nada, el muy debilucho había cerrado los ojos. Temiendo, dejando que él se encargara de todo.

Todo era tan vivido que olvidó que se encontraba en clase.

Diez años atrás...

Al menos había salvado el veneno.

A pesar de que su progenitora lo guardaba a resguardo, no contaba con que él revisaría hasta el último rincón de aquel sucio laboratorio y lo encontraría.

Sonrió al observar los ojos de la muerte en un humano por primera vez. No sentía nada, ni el menor arrepentimiento o dolor. Por el contrario su corazón estaba vacío. Como si hubiera dejado de latir y el odio que lo movía ahora, corriera por su cuerpo reemplazando la calidez de la sangre. Excitado al ver como la vida se extinguía, como aquel último hilo de aire que exhalaban sus progenitores, adormeciera sus sentidos.

No había sido su culpa. Ellos se lo habían buscado.

Una mañana, al despertar y ver la cama de su hermano vacía, imaginó lo peor. Desde hacía días sus padres se lo llevaban por las noches para regresarlo inconsciente en la mañana. El pequeño cuerpo de su mellizo estaba lleno de marcas y pinchazos. Noche tras noche, sus progenitores lo ataban a esa camilla sucia y lo inyectaban con aquellas dolorosas sustancias. Cubriendo su boca para evitar que gritara de dolor. Ese horroroso dolor que tan bien conocía.

Se escabulló de la cama. Tenía que encontrarlo.

Lo habían abandonado en el laboratorio, mientras que desayunaban aquellas delicias que a los niños se les tenían prohibidas. Entró con sigilo, intentando no hacer ningún sonido. Sus pies descalzos sintieron el frío de aquel sucio lugar. Allí, sobre aquella camilla que tan bien conocía, se hallaba el cuerpo inerte de su hermano. Apenas respiraba.

Enfurecido, el pequeño juró que aquella sería la última noche en que sufrirían aquellas interminables torturas.

Apretó sus puños, sabiendo que no podría liberar a su hermano. Sintiéndose inútil, abandonado. No comprendía el porqué. Solo sabía que aquel libro tenía las respuestas. Ni siquiera podría cubrir a su hermano con aquella sábana enmohecida y desgarrada, o notarían que había estado allí.

Cerró los ojos, intentando que las lágrimas no corrieran por su rostro, ideando un plan para terminar con todo aquel sufrimiento.

Revisó cada rincón, algo que lo ayudase con su idea, cerciorándose de tanto en tanto que la puerta no se abriera. Hasta que por fin sonrió complacido. Allí, dentro de un tarro oxidado, el preciado tesoro lo estaba esperando.

Se escabulló al oír pasos por el corredor, no sin antes voltearse para observar el desnudo y pálido cuerpo de su hermano.

Te salvaré, lo prometo...

Sin embargo, había sido tarde. En su inocencia había creído que se libraría de sus progenitores. Su madre lo alcanzó en las escaleras.

—¿Dónde crees que vas, pequeño bastardo? —siseó aquellas palabras logrando paralizarlo del horror.

Arrastró su cuerpo como si fuera un animal. Sus intentos por librarse y sus gritos fueron en vano. La enfurecida mujer golpeó su cabeza contra uno de los peldaños, desatando esa maldad que la envolvía. La mala suerte del pequeño no terminó allí, el canto de la madera le produjo un tajo lo suficientemente profundo que lo desvaneció en segundos. Pronto todo se volvió negro.

El duro cinturón de cuero de su padre lo despertó. Lo habían atado boca abajo en otra de las camillas que había en el laboratorio. Su espalda estaba al descubierto recibiendo aquellos torturantes latigazos. Desgarrando su delicada piel.

Escuchaba a su progenitora, alentando al bastardo que lo había engendrado para que continuara, como si los golpes infligidos no fueran suficientes. La sangre que había brotado de su herida cubría parte de sus ojos, por lo que no podía ver a su hermano, pero sí escuchar sus gritos pidiendo clemencia.

Deseaba morir allí, rezando a un dios que no conocía, pero que añoraba. Ese que había escuchado nombrar en alguna película, cuando sus progenitores se encontraban lo suficientemente borrachos como para notar que la televisión estaba encendida.

¿Por qué? ¿Por qué nos odian tanto?

Aquella respuesta que nunca llegó. Pero que continuó en su mente hasta que por fin su padre se detuvo y ya no quedaban lágrimas por derramar.

Esta vez era el turno de su madre, quien era aún peor que su progenitor.

El castigo, en su caso, fue cerrar las lacerantes heridas de su espalda con un acero candente para que dejaran de sangrar. Quemando, la fina piel que había quedado en carne viva gracias a los latigazos. El olor a calcinado mezclado con su propia sangre inundó sus sentidos.

Provocándole un tormento indescriptible. Una de las peores torturas de su pequeña existencia.

Tal era su dolor que le pareció sentir una caricia de su progenitora, susurrándole que él era el único culpable de lo que había sucedido.

—Esto se hubiera evitado si hubieses sido un buen niño. Ya ves, ha sido todo tu culpa, y yo solo lo hago para enseñarte.

La odió aún más. Las heridas no dejaron de latir, pero estaba demasiado cansado como para mantenerse despierto.

Esa mañana había sido el principio del fin para sus progenitores. Por fortuna, ninguno de ellos habían notado la pequeña bolsa de veneno en el pantalón de su pijama.

Una semana después, y una vez recuperados de sus heridas. Ambos niños se encontraban en la fábrica de sus padres. Habían sido pacientes, aguardando la oportunidad.

Como cada noche, Alberto y Lidia, disfrutaban de una copa al finalizar la jornada. Se sentaban en la gran oficina vidriada que daba a la fábrica. Donde contemplaban que ningún

empleado abandonara su trabajo, utilizando un altavoz si alguno se tomaba un descanso.

Pronto, subirían de su última recorrida en la que se cercioraban que todo estuviese apagado y en su lugar.

Por fin, y después de lo que a los niños les pareció una eternidad, sus padres se sentaron frente al gran escritorio donde no solo disfrutarían de sus copas, sino de algún manjar que habían guardado bajo llave. Ellos siempre recibían las sobras de lo que dejaban.

Los pequeños observaban desde aquel rincón donde los obligaban a sentarse en el frío suelo de la oficina, a la espera de aquellas migajas. Ninguno de los dos se movía, ni siquiera hablaba. Esperaban ansiosos de que aquello comenzara.

El potente veneno para ratas no tardó mucho en hacer efecto. Alberto Weber comenzó a sentirse mareado, culpando a la bebida de aquel malestar, pronto Lidia le siguió, sin embargo, no prestaron atención y continuaron su cena sin reparar mucho en lo que sentían.

Media hora más tarde, un fino hilo de sangre brotó de la nariz de su progenitora, a la vez que unos potentes espasmos provocaban que tuviera que tomarse del estómago por el dolor que el veneno inducía.

Su progenitor estaba en las mismas condiciones. Intentó incorporarse, pero un fuerte mareo lo obligó a desplomarse en su asiento, sintiéndose aún peor que su esposa.

Lidia intentó hablar, no obstante, las intensas náuseas solo le permitían balbucear inentendibles sonidos mientras su esposo la observaba aterrorizado, sin posibilidad de alcanzarla.

Los niños no se movieron. Los nervios los paralizaban. Meros observadores de como la vida se escapaba de sus crueles progenitores. Pagando con la misma moneda, aquellos años de vejaciones y maltratos. El más fuerte, observaba excitado e impaciente, disfrutando de aquella estimulante escena. Por el contrario, su débil hermano le parecía tan aterradora, que se obligó a cerrar los ojos, intentando en vano no grabar en su memoria lo que había presenciado.

Después de lo que parecieron interminables y torturantes horas, sus progenitores habían perdido demasiada sangre como para moverse, pálidos, debilitados, inertes, exhalando en su imperceptible respiración ese último halo de vida. Luchando en vano contra aquel final que se avecinaba.

Pronto Alberto Weber y Lidia Wolf abandonaron este mundo. No más torturas, no más jeringas, no más dolor.

La mañana los encontró abrazados. Ninguno de ellos había dormido. Demasiados sentimientos pasaron por sus pequeñas mentes durante aquellas horas. Aquel pacto de venganza, que los uniría aún más que la sangre que corría por sus venas, los acompañaría hasta el final de



sus vidas.

—¡Murguía! —gritó Fajardo interrumpiendo aquel vívido recuerdo—. ¿Está usted con nosotros?

—Lo siento profesor, es que anoche, no dormí bien, estaba con malestar ...—Había cometido un error, eso era imperdonable, pero el recuerdo de sus padres lo atormentaba demasiado. Se enfureció al sentir todas las miradas estaban puestas en él.

Día tras día, aquella angustia, aquella remembranza, se convertiría en obsesión, echando por tierra la ilusión de convertirse en el mejor cirujano del país.

El deseo de sangre y muerte, primaría en él.

Poco a poco Fajardo comenzó a ignorarlo. Gema Arzúa y ese despreciable de Rafael Guzmán destacaban del resto. Pronto, aquellos sentimientos que tenía hacia la joven, mutaron en odio. No toleraba ver como todos sus esfuerzos por ingresar a la universidad, eran mermados por esos dos.

Sumado a que cuanto más se acercaba a los cadáveres del laboratorio, o aquellas fotos en donde aparecían vividas imágenes de partes del cuerpo y de su anatomía, despertaban en él, aquella morbosidad dormida de cuando había descubierto aquel libro en el ático.

Lo absortaban a punto de la excitación. Mucho más que el sexo.

Una distracción que estaba pagando demasiado cara.

Después de clases, regresaba frustrado a casa de la única persona que se había atrevido a acogerlos después de aquel suceso, su tía. Nadie, ni siquiera un orfanato, los recibió gracias a los rumores. Nadie quería tener la obligación de recogerlos. Ni siquiera el estado. Todos temían de ellos, sin embargo, no podían acusarlos, no sin pruebas.

Aquello lo obligó a falsificar sus nombres. Aún recordaba la manera en que había tomado su nueva identidad y la de su hermano. Demasiado fácil.

Capítulo 13



El mejor amigo y el detective churri

Nunca había sido demasiado creyente; sin embargo, sentía la necesidad de agradecerlo. Si no hubiese llegado a tiempo, Gema podría haber muerto en aquel desolado pasillo. Pálida, mucho más de lo normal, inerte, sin aquel brillo que la rodeaba, sin aquella mirada que tanto le gustaba. Sacudió su cabeza, intentando borrar la dolorosa imagen.

El nudo en su garganta no le permitía recitar el rezo incompleto que había aprendido en su niñez. Álvaro tenía sus ojos clavados en aquel crucifijo, tan silencioso y tan lejano para él.

Se había refugiado en una habitación del Hospital Clínico Universitario donde Gema se hallaba internada. Se sentía devastado, un sentimiento tan irracional como extraño. Esa mujer, en poco tiempo, se le había metido bajo la piel.

Había sentido un deseo irracional de besar al médico cuando le había dado la gloriosa noticia. Estaba fuera de peligro.

No podía perderla, no ahora que la había encontrado.

¿Para qué negarlo? Le gustaba como nunca antes le había gustado una mujer.

¿Amor? Era muy pronto para saberlo.

El compromiso, el enamoramiento, las flores, los mensajes de madrugada, la monogamia, nunca habían sido para él. Pero esa mujer lo tentaba, por ella quizá lo intentaría. Solo por tenerla a su lado y poder protegerla. Porque aquellos ojos ámbar le regalaran aquel brillo especial cada día.

Aquel precario rezo lo encontró pensando en ella. Había sido un cobarde. Los celos volvieron como un torbellino al ver a ese tal Morgade cuando la visitó en su habitación del hospital. Las flores blancas que había comprado para ella, murieron en aquel cesto de basura, como si al hacerlo pudiese quitarse el cabreo infernal que lo inundó.

Se sintió un intruso. Un mero espectador de como la mujer que le gustaba le dedicaba aquella mirada ámbar a otro.

No obstante, no pudo abandonar el hospital.

Su cuerpo le pedía un baño y un buen descanso, pero irse era como abandonarla, como perderla a pesar de que nunca la había tenido.

Un maldito subnormal hormonado. Estás como una cabra, esa rubiales te tiene pillado.



—Corazón, deberías intentar comer algo —Gema clavó sus ojos en Iñaki. No tenía intenciones de comer, pero no deseaba desilusionarlo. A regañadientes abrió la boca. Odiaba que la trataran como a una inválida. Así se sentía, una inútil.

—Te odio cabroncete —Gema carcajeó, y aquel desagradable caldo ensució la bata del hospital.

—Si pudieras verte el morro, pareces la novia de Frankenstein —Iñaki corrió a su mágico bolso donde guardaba de todo para cada ocasión en busca de algo con que limpiar su boca. Gema no pudo evitar sonreír. Aquel estrafalario bolso tenía por apodo Mary Iñaki Poppins.

Amaba a su inseparable amigo. Desde que la habían ingresado se había adueñado de aquella silla de la habitación. Durmiendo junto a ella, cuidándola como a una hermana. Así era como lo sentía, como el hermano que nunca tuvo.

Por fortuna se había hecho cargo de la situación, evitando que sus padres volaran desde París. No deseaba soportar los constantes reproches de su madre, recordándole por millonésima vez que su carrera era para hombres y que una mujer, como ella, merecía un marido que la venerase.

Cerró los ojos al recordar a ese tal Pierre Durand, un aristocrático venido a menos que se había encaprichado con ella en una de las pocas visitas que había hecho a sus padres. La insistente Ana Arzúa había hecho lo imposible por aquel encuentro. Gema tuvo que aceptar de mala gana, odiando no solo a su progenitora, sino a aquel franchute listillo, que solo buscaba el dinero de los Arzúa. No le costó demasiado averiguar que el muy bribón estaba infelizmente casado y que estaba en bancarrota. Su padre la había ayudado pagando un detective privado. Don Roberto Arzúa Hidalgo adoraba a su única hija, él siempre la había apoyado y no iría nunca en contra de sus deseos. De no haber sido por él, nunca habría asistido a la Universidad. Su madre

estaba obsesionada con su belleza y la anotaba en cada concurso que existía, exponiéndola como a una muñeca a la que admirar. Cero cerebro, solo un adorno. Una Barbie con mucho dinero y de carne y hueso.

Agradeció el día en que conoció a Iñaki, gracias a él había roto aquellas cadenas que la adormecían. Él le mostró el mundo por primera vez, ella era una princesita a la que no se le permitía cometer errores y su amigo era el rey de lo diferente, lo estafalario. Lo había conocido en un bar, unos cabrones lo estaban molestando. Burlándose de él por su apariencia y su condición. Una putada. Odiaba a los abusones y esos tíos se ganaban todos los números de la lotería.

Estaba esperando a una de las tantas citas que su progenitora le arreglaba. Esa noche estaba espléndida, su largo cabello rubio había salido de la peluquería, estrenando su lacio artificial, gracias al nuevo alisado de moda. Por nada del mundo podía mojarlo, al menos hasta que se asentara.

Su cita no había aparecido aún, y después del segundo martini, ese, el de la aceituna, se sintió algo mareada. Miró, hacia el umbral, había comenzado a llover, y ella no tenía paraguas.

Un griterío llamó su atención, un joven que vestía totalmente desalineado y con colores que horrorizarían a su madre, era rodeado por un grupo de inadaptados.

Si algo odiaba Gema, eran las injusticias, y ese joven moreno, estaba sufriendo. Aquellos ojos que cruzaron un instante con los de ella, no lo podían ocultar. Se obligó a mirar hacia otro lado, asegurándose que pronto terminarían siendo echados del bar por su dueño. Cinco minutos en los que su cita no había aparecido y en los que aquel pobre joven seguía sufriendo de los abusos. No lo toleró y fue hacia ellos. Se maldijo, pero ya era tarde, ese impulso sería su ruina y lo peor era que la acompañaría siempre.

Sin pensarlo, arremetió contra el más grande golpeándolo con una botella que había tomado en su camino de una mesa en la que se encontraba una pareja besándose. Ni siquiera le advirtió, solo descargó con su improvisada arma sobre la espalda del muy cabrón que empujaba al pobre joven hacia su amigo como si fuera un saco de boxeo. El tío ni se inmutó, los vidrios cayeron a sus pies hechos añicos. Se giró hacia una encabronada Gema, mirándola con desprecio, como si ella fuera algo insignificante. El muy cabrón tenía su vaso de caña en una de sus desproporcionadas manos y mientras Gema gritaba inentendibles insultos, vació toda la cerveza sobre aquel alisado perfecto. Dejándola boquiabierta para luego girarse y continuar molestando al pobre desgraciado.

Olvidando los modales y las buenas normas, y deseando hacerlo desaparecer, la muchacha se colgó sobre la espalda del gilipollas, enredando sus piernas en la cintura del gigante. Encabronada como estaba, no había pensado en su siguiente movimiento, por lo que lo único que podía hacer era intentar no caerse de aquella montaña de músculos. Aquel pobre moreno desalineado, aprovechando la confusión, le propinó un rodillazo en la entrepierna, al amigo del gigante, logrando que aullara de dolor.

El sonido de una sirena paralizó la escena. Todos lo que se encontraban en el lugar huyeron despavoridos. Los agentes se encontraron con una joven colgada de la espalda de nada más y nada menos que el hijo del comisario, mientras que un estafalario joven intentaba ayudarla a bajar.

Gema Arzúa Hidalgo fue fichada por primera vez en la comisaría central de Valencia.

Esposada como una criminal, con su precioso vestido destrozado y su alisado no tan perfecto.

Quizá se había ganado un enemigo, quizá a su madre le dieron varios infartos, quizá arruinó su intachable reputación y apellido, pero ganó un tesoro, un hermano, un amigo. Iñaki Ruiz, sin segundo apellido, y su inseparable bolso Mary Iñaki Popins.



Cuasimodo y el estudiante por fin se marcharon, era su oportunidad. Tomó una profunda bocanada. Estaba nervioso, acojonado.

Se obligó a entrar. Podía hacerlo, lo necesitaba. Le sudaban las manos como a un adolescente hormonado. Otro ramo, esta vez flores rojas, no sabía qué color podría gustarle.

El rojo representa la pasión.

¿Y si cree que te la quieres llevar a la cama?

Tú sí que la rompes Álvaro...

Por fortuna, las enfermeras al verlo en aquel estado le habían ofrecido ducharse en los vestuarios del hospital. Su mejor amigo Carlos había pasado por su piso en busca de algo decente que ponerse. Era el único en quien podía confiar y que no lo cuestionaría. Iñiguez le había dado permiso al verlo en aquel estado catastrófico, entendiendo que no serviría de mucho para la investigación. Además, sin la forense no podrían avanzar.

Por mucho que su jefe renegaba, adoraba a la única joven que había encaminado a su hijo. De no haber sido por aquel incidente años atrás, seguiría descarriado. La celda a la que lo habían llevado le sirvió de escarmiento y ahora era un destacado escribano.

Gema Arzua era la mejor forense que había tenido hasta ahora, solo que no pensaba admitirlo. Por cuanto Moyá le pidió aquellos días, comprendió que su detective no serviría de mucho para el caso. Esa mujer se le había metido en el corazón. Solo esperaba que no se mataran antes.

—Hola... —Era definitivo, no importaba su aspecto, su cuerpo reaccionaba solo al mirar esos ojos ámbar que le atravesaban todo.

—Hola —Gema se acomodó el cabello en un intento de adecentarse por primera vez en días, a la vez que una sonrisa infantil se dibujaba en su rostro.

Silencio, ese incómodo silencio en donde ninguno de los dos se atrevía a abrir la boca. Quizá si lo hacían podrían cagarla. Donde sus miradas se comunicaban por ellos, inmersos en la emoción y las sensaciones.

—Gema, ¿es que no piensas presentarnos? —Iñaki interrumpió aquel momento—. Disculpe a mi amiga, las drogas la tienen hecha un zombie. Mi nombre es Iñaki Ruiz, su mejor amigo.

—Encantado, soy el detective Álvaro Moyá —Saludó dándole un apretón de manos. Iñaki había quedado tan prendado como Gema de aquel magnético hombre.

—Asumo que esas flores no son para mí —Álvaro negó a la vez que volvía a sonreír—. Mira Gema, son tus preferidas, flores rojas como la pasión. Todo un detalle por parte del *detective*— Iñaki abrió sus ojos con disimulo mientras siseaba esas palabras intentando que su amiga reaccionara. Se había quedado muda.

—Muchas gracias, son preciosas —Por fin respondió la doctora.

La presencia de Álvaro la trastocaba. Había añorado tanto aquella visita, que cuando finalmente llegó, no supo como reaccionar.

Iñaki sobraba, el tercero en discordia entre esos dos, que se comían con los ojos. Carcajeó para sus adentros, su Gema nunca había reaccionado así frente a un tío. Estaba hasta las trancas por el detective.

—Será mejor que vaya a buscar donde ponerlas, son demasiado hermosas como para que se marchiten —Iñaki tomó las flores que aún se encontraban en las manos del detective y huyó de la habitación.

—¿Cómo te encuentras? —Moyá se acercó a la única silla que se hallaba junto a la cama.

—Mucho mejor. El doctor dice que mañana me dará el alta. Tres días encerrada aquí, han sido más que suficientes.

—Esa es una buena noticia. Estaba... —El detective se detuvo—, estábamos preocupados — La forense notó como se tensaba.

—Si no te conociera pensaría que me has extrañado —Le gustaba provocarlo, ese Álvaro frente a ella la intrigaba. Le gustaba verlo inquieto —. En dos días estaré de vuelta.

—Quizá deberías tomarlo con calma —Gema negó.

—Estoy bien. Además, el caso no se resolverá solo. Necesito volver —El recuerdo de Rafael volvió a ella. Era indispensable continuar con la investigación. Estaba segura de que había una conexión entre la muerte de su amigo y el profesor. Demasiadas casualidades.

—He hablado con Iñiguez, quizá lo mejor sería que busque un reemplazo, al menos hasta que te recuperes —A pesar de lo que Gema había dicho, no se fiaba. Temía por su salud.

—¡No! Es mi caso tanto como el tuyo. Estoy bien. Sé cómo cuidarme —Álvaro notó su reacción. Estaba nerviosa, cabreada.

—¿Por qué? ¿Por qué tanto interés en este caso? —Los ojos ámbar de la doctora se dilataron, oscureciendo de pronto. El detective no pudo evitar advertir aquel cambio.

¿Qué estás ocultando?

—Porque es mi trabajo y si comienzo algo lo termino. Además, estoy bien. Ha sido un descuido que no volverá a suceder. No necesito descansar —Frotó sus manos, incómoda. Mentía y Álvaro lo sabía. El lenguaje corporal era evidente.

El incómodo silencio regresó. Ambos en aquella introspección que inundaba sus mentes. Miradas desafiantes, tozudas. Ninguno pudiendo confesar lo que sentían o pensaban. La magia se había evaporado.

—Como prefieras —Respondió Álvaro a desgano—. Será mejor que me marche —Gema lo observó mientras se alejaba. Un nudo en su garganta no le permitió hablar. Ni siquiera pudo agradecerle las flores ¿Cómo era posible que en cuestión de segundos aquel idílico sentimiento se hubiese esfumado?

Para cuando su amigo regresó la encontró hecha un ovillo bajo las sábanas.

—¿Dónde está el detective churri? —Inquirió Iñaki desconcertado.

—Tuvo que marcharse —Su amigo la conocía demasiado. Algo extraño sucedía con ella.

—¿Gema? ¿Qué has hecho? Ese hombre ha estado aquí desde que llegaste al hospital, no se ha movido de ese pasillo hasta ahora.

—¿Estuvo aquí todo este tiempo? —preguntó saliendo de entre las sábanas que la ocultaban. Iñaki asintió.

—Las enfermeras son unas cotillas, ¿qué sucede entre el detective moja bragas y tú?

—Nada —contestó evadiendo la mirada de su amigo.

—Sí, claro, y yo he nacido ayer.

Capítulo 14



Dudas

La autopsia de Rafael Guzmán tenía las mismas características que Fajardo, pequeños pinchazos entre los dedos de los pies.

Esta vez el resultado de los análisis confirmaron shock anafiláctico.

Pero claro, Rafael era alérgico a las abejas.

Era evidente la conexión entre los dos. El asesino los conocía.

Gema dudaba. No sabía qué hacer.

Si confesaba que había tenido relación con ambos, puede que la apartaran del caso. O mucho peor que ella podría estar involucrada.

¿Y si abría la boca y la creían sospechosa?

¿Y si el asesino iba tras ella?

Joder... Demasiadas coincidencias Gema.

Estaba decidida a continuar, aunque tuviera que ocultar información y se arriesgara a que la

despidieran.

No podía confiar en nadie, ni siquiera en el detective.

Necesitaba descubrir aquel polvo rojizo que se encontraba junto a Rafael y que Moyá había ocultado. Tomó su móvil mientras observaba la pequeña bolsa con aquella evidencia. Era hora de hacer una visita a criminalística.

—¿Paula? Necesito tu ayuda, ¿puedo ir a verte ahora mismo?

Paula era una de las pocas personas en quien podía confiar. Sabía que no la delataría. Desde siempre se habían cubierto las espaldas. Hacía tiempo que había comenzado una relación con un detective retirado, un tal Carlos, que la tenía loca. Sonrió al recordar cuando los había encontrado en el baño de la comisaría en una situación un tanto comprometedora. De no haber sido por Gema, Iñíguez los hubiese pillado.

—Hola guapa, ¿qué sucede?, ¿por qué tanto misterio?

—Necesito saber que contiene —comentó a la vez que miraba hacia ambos lados, desconfiando de miradas curiosas y le entregaba aquella bolsa de plástico—. Nadie debe saberlo.

—Pero, esta muestra ya la han traído ayer. Creo que para mañana tendré el informe listo, ¿quieres estar presente cuando se lo entregue a Moya?

—No, preferiría que el detective no sepa que estoy al tanto. Es que no nos llevamos bien... —No le gustaba mentirle, pero no podía arriesgarse—. Mañana cuando tengas el resultado me mandas un mensaje. Pero por favor no le comentes esto a nadie, Paula.

—No te preocupes corazón, sabes que te debo mucho —Gema sonrió.



—Gracias cielo.

No lo había vuelto a ver desde el hospital. Estaba nerviosa. Iñaki tenía razón en que ese hombre la afectaba más de lo que imaginaba. Mientras el ascensor subía, una chorrada de sentimientos la inundaron, preguntas sin respuesta en su inquisidora mente.

¿Por qué se quedó en el hospital mientras estuve internada?

¿Por qué ocultas algo?

¿Por qué no puedo sacarte de mi mente Don modelito?

Cerró los ojos al poner la mano en el picaporte. Sabía que se encontraba al otro lado. De seguro, la miraría con aquellos ojos que la removían por dentro. Aquellos con los que soñaba despierta desde que los había visto por primera vez. Sin pensarlo, o se arrepentiría y saldría corriendo como una adolescente, abrió la puerta.

Madre del amor hermoso, ¿es que Don modelito se ve mejor que nunca?

Qué putada...

¡Espabila! Es solo un hombre Gema, un churri para mojar el pan como tantos... ¿O no?

—¿Piensas quedarte parada mucho tiempo más?

Pero si hasta cuando habla te gusta. Joder...

—Aquí tienes el informe. Rafael Guzmán murió a causa de envenenamiento. Fue inyectado con apitoxina —Álvaro la miró desconcertado—. Veneno de abejas. La autopsia reveló altas dosis. Además del mismo patrón entre sus dedos. Los pinchazos fueron causados por una aguja, pero no de cualquier clase. Tengo a Andrés confirmándolo en este momento. Si mi corazonada no falla, esta es una aguja perteneciente a las jeringas hipodérmicas antiguas. Esas que se utilizaban alrededor de 1850. Las agujas eran tan gruesas que desgarraban más que curar —Gema hizo una pausa al ver que el detective quedaba pensativo—. Moyá los dos hombres fueron inyectados por la misma aguja.

—Eso quiere decir que estamos hablando del mismo asesino —La forense asintió—. Y es evidente que conoce bien a sus víctimas. Por lo que pude averiguar, Guzmán era alumno de Fajardo ¿Pero qué relación hay entre ellos? —Buscó entre los papeles que tenía sobre su escritorio. Nuria Téllez había sido inyectada también, solo que no entre los dedos de los pies; sin embargo, eran demasiadas coincidencias ¿Y si se trataba del mismo asesino? ¿Pero por qué después de tantos años?

—Debo volver al laboratorio —Gema temía que su cara la delatara. De soslayo había leído el nombre de aquel archivo en manos de Moyá.

¿Nuria Téllez? La recordaba bien.

Cuanto más lo pensaba, más se complicaba todo.

¿Es que ahora irían tras de Pedro y de ella?

¿Y si Pedro estaba involucrado?

No, de seguro, estaba equivocada.

Cálmate Gema, no eres detective. Estás divagando como siempre. Sin embargo...

Entre los nervios que Don modelito le causaba y aquel caso no podía pensar con claridad. Al menos se encerraría en su oficina, allí sentía que podía proteger su enloquecido corazón. No podía confiar en nadie, no al menos hasta averiguar porque Moyá había ocultado aquella prueba. Algo le decía que había una conexión. Necesitaba quitarse esa duda. Por más que quisiera olvidarlo, no podía.

Intentó serenarse, el ordenador no aportaba nada del detective Moyá. Ni redes sociales, ni nada. Solo alguna que otra fotografía de antiguos casos en los que la prensa lo exhibía.

Piensa Gema, alguien debe conocerlo de algo...

—Me alegro de que esté de vuelta doctora —Ni siquiera había escuchado que el encargado de la limpieza había entrado.

—Gracias —Otra vez ese horrible escalofrío recorrió su espalda. Esa mirada vacía y abismal que la observaba siempre entre la delgada línea, del “te odio” y del “te deseo”.

—Estaba preocupado, no me hubiera gustado no volver a verla por aquí.

—Ya ves, estoy perfectamente —necesitaba que se fuera—. Preferiría que limpiaras luego. Además, está todo impecable —tardó una eternidad en responderle algo. Solo se quedó allí del otro lado del escritorio, clavando su mirada en ella.

—No, no he venido a eso. Mi madre se ha recuperado y en agradecimiento por haberme permitido retirarme antes le envía este zumo natural que prepara. He notado que le gustan —comentó refiriéndose a la botella con aquel líquido sobre el escritorio.

—Dile a tu madre que se lo agradezco.

—Lo haré —Sonrió y los escalofríos regresaron.

—Ahora si me disculpas... —Ahogó un jadeo en cuanto la puerta se cerró.

Observó aquel zumo, ni de coña lo bebería. Ya lo tiraría a la basura en cuanto llegara a casa. No deseaba que aquel hombre lo encontrara en el cesto de su oficina.

Negó con la cabeza y tomó el móvil.

—¿Diego? Soy Gema Arzúa, te invito una caña a cambio de información.



La camarera les dejó la tercer caña. Hacía tiempo que no se veían. Habían tenido buen sexo tiempo atrás, pero en cuanto ella se enteró de que estaba casado lo dejó de inmediato. Diego seguía tan guapo como lo recordaba.

—Entonces, ustedes trabajaron juntos hace unos años, ¿y nunca notaste algo raro en él?

— No, es bastante reservado en cuanto a su vida privada. Además de ser un excelente detective. Hasta podría decirte que, a excepción de un solo caso a sus comienzos en la fuerza, nunca ha fallado en uno — contestó su ex amante bebiendo de su cerveza.

—¿Un solo caso? Joder con el tío. Parece perfecto —Diego carcajeó.

—Lo llamaban el inhumano, nunca descansaba hasta terminar su trabajo. Se decía que no dormía. Bueno, eso hasta que sucedió lo de aquel caso —Gema lo miró intrigada—. Fue hace como nueve años en la Universidad de Valencia, donde una alumna había sido asesinada. Se obsesionó como siempre, pero nunca pudo descubrir al asesino. La única mancha en su carrera.

—Lo recuerdo, yo estaba estudiando en esa época, en la misma universidad. Nuria Téllez Calderón. Éramos compañeras y compartíamos algunas materias —Ahora entendía el porqué de aquel informe.

—Mucho no sé de ese caso, por lo que no puedo ayudarte.

—No te preocupes.

—¿Por qué tanto interés en Moyá? ¿No me digas que te estás involucrando con él?

—¿Y que si así fuera? Hasta donde yo sé soy libre de decidir con quién estar —Se sorprendió a sí misma con aquella respuesta.

¿Qué te sucede Gema?

—Hostias tía. Es tu problema, solo fue una pregunta. Creí que me habías llamado para recordar viejos tiempos... —La mano del detective se posó en su pierna. La forense lo miró cabreada.

—Lamento haberte llamado. Es evidente que nunca cambiarás.

—Gema...

—Gracias por la información, Diego. Yo invito.

Al día siguiente, llegó el mensaje de Carmen,

Sustancia compatible con ladrillos antiguos.

Masa de arcilla cruda, con agua, mezclada con arena caliza, dolomía y compuestos minerales de hierro y otros metales.

Llamado antiguamente proceso de barro blando.

Estos ladrillos eran moldeados a mano para darle forma y tamaño adecuado.

La única fábrica que realizaba este proceso era la fábrica de ladrillos San Antonio. Fue cerrada tras el asesinato de sus dueños, quienes nunca se modernizaron y continuaron haciendo este proceso antiguo hasta su cierre.

—Gracias corazón.

—Por nada, cielo. No me tengas en ascuas, ¿qué te traes entre manos? —No sabía qué contestar. Por fortuna el mensaje ocultaba sus sentimientos.

—Nada extraño. Solo quiero que mis informes sean los adecuados, después de lo de Pedro no quiero errores.

Capítulo 15



Recuerdos

La fábrica había sido su refugio desde que había abandonado la universidad. Se sentía en casa. Nadie imaginaría nunca los atroces crímenes que callaban esas desgastadas paredes. Testigos mudos en aquel macabro plan de venganza que año a año lo había consumido hasta convertirlo en lo que era. Un ser sin vida, alimentado por fantasmas del pasado que acompañaban su tormento. Culpando y amando por igual a sus creadores, Lidia y Alberto, a los que alguna vez llamó padres. En cierta forma les agradecía.

Poco faltaba para culminar su revancha. Ese resarcimiento por haberse metido en su camino.

Bebió de aquel whisky, ese, el mismo que bebían ellos. Como si al hacerlo les rindiera homenaje, brindando a la imagen que aún conservaba en su macabra mente.

—Púdranse donde quiera que estén queridos padres —Gritó mientras lanzaba su vaso vacío contra la silenciosa pared.

Observó con ojos inyectados en sangre su creación. Una réplica exacta de aquel laboratorio en donde había vivido esa mutación en su cuerpo. Una máquina de matar, una máquina desalmada, carente de humanidad, un ser superior tal y como habían soñado sus antepasados.

Sin embargo, él los superaría, solo que primero terminaría con aquellos que se habían puesto en su camino. Solo quedaba ella y luego terminaría lo que Lidia y Alberto habían comenzado. Los enorgullecería. Un infalible y perfecto plan, donde se burlaba de todo y de todos.

Sonrió extasiado, embriagado de placer. Había estudiado a la perfección a sus víctimas, metiéndose en sus vidas, manipulando sus movimientos y hasta sus costumbres.

—Pronto Gema Arzúa... —Cerró los ojos al recordar lo fácil que había sido visitarla en el hospital. Podría haber terminado con su vida mil veces. Pero tenía reservado un trato especial con la doctora.

Se acercó a la camilla. No faltaba mucho para que el cuerpo de quien se había burlado de él años atrás pidiera clemencia. La misma que Fajardo y Guzmán habían pedido. La misma que tantos otros.



Especialmente aquellos ojos que lo acechaban por las noches, la inocente Nuria Téllez, que había estado en el lugar y momento equivocados.

Universidad Católica de Valencia diez años atrás

Una tarde en la que Gema paseaba despreocupada junto a ese Morgade no pudo tolerarlo. La muy desgraciada no hacía más que ignorar sus halagos. Rechazándolo como si fuera un paria. Mirándolo con desprecio, como si él no fuera más que una piedra en su zapato. Aquel enamoramiento se estaba convirtiendo en odio. Sumado a que, poco a poco, todos los profesores, en especial Fajardo, la tenían en un pedestal. La perfecta e impoluta Gema Arzúa.

Esa misma tarde, una joven de mirada solitaria y de pocos amigos, se le acercó. Era la primera vez que alguien se interesaba en él.

Hasta ahora no había reparado en ella. Pero pronto cayó en cuenta de que compartían las mismas pasiones.

No era hermosa como la rubia, pero al menos estaba tan interesada como él en la muerte y parecía no molestarle la sangre. La forma en que vestía y su manera de hablar se lo confirmaban. Pertenecía a ese grupo que se hacían llamar *dark*.

Nuria le contó que amaba esa cultura, porque le permitía ver su propio lado oscuro. No solo le atraía la muerte, sino los vampiros y la noche. Además, se notaba que estaba deslumbrada con él. Sería fácil manejarla a su antojo, tanto como lo hacía con su hermano.

Sí, Nuria sería perfecta, y quizá hasta algún día podrían compartir más que esas charlas oscuras.

Aquella extraña unión entre el abusón, la chica dark y Pedro, el raro, pasó desapercibida para muchos. Nadie reparaba en ellos. Aquel fue su mayor error.

Poco a poco su relación se consolidó a tal punto que Nuria pronto se enamoró de él. Le fascinaba haber encontrado alguien con quien compartir sus días y sus gustos, él era el único que parecía comprenderla. Sus compañeros y profesores, la ignoraban como lo habían hecho sus padres. Y ahora por fin tenía amigos. Aunque en su interior ella soñaba con más. Ella haría lo que fuere para estar a su lado.

Sabía que Jesús era macabro, pero se sentía enamorada.

Hasta le había mentido, ella no estaba interesada en cadáveres o sangre. Solo vestía así para ocultarse tras esa máscara y rebelarse contra sus padres. Soñaba con el amor y con ser amada. Sin embargo, ahora no podía echarse atrás y revelar lo que sentía.

La creería una floja y se alejaría de ella.

Tenía que continuar a su lado.

Una tarde, mientras estaban recostados en el parque de la universidad, Jesús le hizo una pregunta que la descolocó. Pedro estaba distraído leyendo para un examen, por lo que no escuchó lo que ellos hablaban.

—¿Te gustaría acompañarme a la morgue de la uni? Quizá podríamos robarnos algún cuerpo y practicar con un bisturí — sugirió Jesús entusiasmado, sin notar que Nuria lo miraba horrorizada— ¿No te gustaría sentir que se siente al cortar carne humana?

La mente de la joven se alienó de dudas e imágenes desagradables. Ella no estaba interesada en ser médico ni mucho menos. Solo estaba allí para complacer a sus padres. Hasta ahora, había evitado mirar las fotos que sus profesores mostraban en clase. No podía imaginar lo que sería estar en presencia de un cadáver.

¿Estaba dispuesta a hacerlo? Intentó inútilmente de responder con evasivas.

—No lo sé... Es demasiado arriesgado... ¿Y si nos encuentran? La morgue está siempre vigilada. Necesitaríamos dormir al guardia... Es complicado ... —Trató de disuadirlo, sin embargo, no deseaba desilusionarlo. Se lo veía feliz.

—Eso no sería un problema. Ya lo he hecho y es realmente fácil. Solo necesitaríamos conseguir algún calmante fuerte y se lo daríamos a beber. Lo he estado observando, tiene predilección por el alcohol. He visto que la profesora de Anatomía tenía unas píldoras en su bolso.

Yo puedo distraerla mientras que tú se las quitas, ¿crees poder hacerlo?—Nuria no quería negarse, estaba tan enamorada de él que temía que si recibía una negativa la rechazara. Eso no podía suceder. Temerosa y rezando por no arrepentirse, asintió.

Al día siguiente, al finalizar la clase, ambos se acercaron a la profesora. Era una buena mujer, siempre la había tratado con cariño. No deseaba hacerlo. Pero se trataba de Jesús.

Nuria sentía sus piernas fallar. Le sudaba todo el cuerpo, una mezcla de excitación y temor. Era la primera vez que se saltaba las reglas de aquella manera. Lo máximo que había alcanzado era a vestir, de aquella forma, su mayor acto de rebeldía. Robar sobrepasaba todos los límites imaginados. Sin embargo, lo haría, Jesús se había fijado en ella y se lo debía.

La adrenalina la invadió cuando estiró su mano y la introdujo en el bolso. Sus dedos rozaron el frasco, aquel tesoro que tanto ansiaba. Sin pensarlo lo tomó y lo introdujo en su mochila. Su pecho parecía salirsele cuando por fin se alejaron de la mujer.

—¡Te lo dije! Era muy fácil. Esa mujer está siempre distraída, nunca se dará cuenta — comentó mientras la alzaba en brazos. Nuria se sintió volar, pletórica. Había desafiado todo por él.

—Siento como si el corazón se saliera de mi pecho, ¿ahora qué?

—Ahora a dormir al guardia y luego a divertirnos —La muchacha lo observó obnubilada. Ciega gracias a ese amor que sentía.

Esperaron hasta la noche. El pobre guardia había aceptado de buena gana cuando Jesús le ofreció la bebida adulterada. Excitado al ver como la droga surtía efecto. Había vaciado el frasco dentro de la botella y puede que no despertara jamás. Poco le importaba. Nuria no se enteraría.

La morgue daba escalofríos. Un lugar vacío y lóbrego. La poca luz que se filtraba por los pequeños ventanales lo convertían en un lugar fantasmal. Digno de una película de terror. Un silencio mortal que rondaba en cada esquina del oscuro laboratorio. Como si en cualquier momento, las sombras que se dibujaban en aquellas blancas paredes pudiesen cobrar vida para ir por ellos. La muchacha se aferró a la mano de Jesús.

Él, por otro lado, estaba fascinado.

Olvidando a su asustada dama, sacó de su mochila una linterna. Aquello alivió solo un poco a la atemorizada joven. La luz les indicó hacia donde dirigirse.

Se acercaron a la pared, donde miles de pequeñas puertas conservaban los cuerpos. Magnetizado, el joven abrió cada una de ellas, ante la mirada de horror de Nuria.

La muchacha comenzó a dudar si estaban haciendo lo correcto. Quizá se había equivocado, quizá... Pero ya era tarde. No podía comportarse como una chiquilla, él la rechazaría y todo habría sido en vano.

—Aquí, este está bastante fresco —dijo Jesús refiriéndose a uno de los cadáveres a la vez que deslizaba la camilla mortuoria hacia afuera mientras le entregaba la linterna a la joven—. Es perfecto. Rápido busca un bisturí, lo haremos aquí mismo, ya verás, te encantará.

Se sentía seducido, extasiado. Sentir como el bisturí penetraba la carne le provocaba una fascinación hipnótica. Como si sus manos hubieran sido diseñadas para manejar ese instrumento.

Sin embargo, luego de realizar el primer corte nada cambió, esperaba sentir algo, pero no sucedió. Continuó, esperando saciar aquella sed que lo motivaba. Nada, la emoción había desaparecido. Cabreado, comenzó a clavar el bisturí en el pecho de aquel cadáver, descargando aquella frustración que lo enloquecía. A punto que sus ojos se oscurecieron sedientos de odio.

Nuria estaba horrorizada ante aquel sadismo. Como si de pronto Jesús se hubiera convertido en un desconocido. En un demonio oscuro como los que había imaginado al entrar en la morgue.

Comenzó a apartarse de él deseando nunca haber entrado allí. Tan nerviosa estaba, que al retroceder golpeó contra una de las camillas. Jesús levantó la mirada y Nuria sintió la muerte en sus ojos. Estaban vacíos, poseídos a la vez que una sonrisa diabólica se dibujaba en su rostro. Deseaba sangre, su sangre.

Nuria estaba paralizada, sus piernas no le respondían y su garganta se había cerrado tanto que no podía siquiera emitir ningún sonido. Sin dejar de iluminarlo, corrió desesperadamente buscando la salida.

Un interminable pasillo la condujo a la entrada, donde el guardia aún dormía, no se detuvo a despertarlo. Pasó junto a él y a lo lejos divisó unos arbustos, fue hacia ellos sin pensarlo.

Cubrió su boca para así evitar que su respiración pudiera delatar su escondite. Sentía sus piernas de gelatina y su corazón latía tan acelerado que creyó tener un ataque. Las endemoniadas ramas de aquel arbusto no le permitían ver con claridad, pero no le importaba. Esperaría hasta que se hiciera de día si era necesario. En cuanto la uni volviese a su ritmo, correría hasta el decano y lo delataría. No se movería de allí.

Tan concentrada estaba mirando hacia la salida de la morgue que nunca notó cuando un golpe en su nuca la tomó por sorpresa, dejándola inconsciente. La tomaron en volandas y la llevaron nuevamente al laboratorio.

—Te lo advertí. Ella no era la indicada —Jesús lo miró cabreado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Su hermano no contestó—. Te he hecho una pregunta.

—Ayudándote, como siempre lo he hecho. Has cometido un error y no pienso pagar por ello. De no haber sido porque te he estado siguiendo, la muy ingenua te hubiera delatado.

—¿Qué haces? —Jesús observó como su hermano sacaba una jeringa de su mochila.

—Termina con el trabajo —dijo entregándole aquella arma que tanto conocían—. Luego huiremos. No puedes regresar. No sabemos si el guardia despertará.

—No lo hará, ya me he encargado de él. No pienso irme. Y recuerda, no eres tú quien toma las decisiones aquí —Su hermano asintió.

—Cómo quieras. Solo deshazte de ella y del guardia —Jesús sonrió al ver el cuerpo de Nuria sobre aquella camilla.

—Pronto terminaré con tu tormento, mi pequeña *dark* —susurró al oído de la muchacha.

El cianuro de potasio, le produjo un instantáneo paro cardíaco. No obstante, había ido allí por sangre y la tendría. Esta vez sí, el bisturí en su mano le dio lo que necesitaba. La sangre estaba caliente, espesa, fresca, tal y como lo había soñado.

Ni siquiera se molestó en cubrir sus huellas. Él no existía para la justicia. Su hermano y él habían desaparecido diez años atrás, justo después del asesinato de sus padres.

Esa noche dos personas inocentes pagarían con sus vidas el haber confiado en él.

Capítulo 16



La “detective” arzúa es una mentirosa

La fábrica San Antonio se erigía imponente en aquella desolada esquina.

Aún conservaba su estructura intacta, a pesar del indudable abandono. Las leyendas y rumores a su alrededor se habían expandido por todo el pueblo y la convertían en algo fantasmal y atemorizante. Los lugareños evitaban pasar frente a ella.

Los asesinatos allí cometidos habían sido el comienzo de aquellos relatos. Nunca se había podido descubrir al asesino de los dueños, se rumoreaba que sus propios hijos podrían haber tomado venganza sobre sus padres, pero nunca pudieron probarlo.

Gema hubiese asesinado por un cigarro. Parecía que el tiempo no pasaba en aquel lugar. Se había ocultado bajo una capa oscura que la protegía, no solo de la tormenta que caía a raudales, sino de miradas indiscretas. Había dejado su coche a unas calles para evitar que lo reconocieran. Su destartalado SEAT llamaba demasiado la atención, otro acto de rebeldía contra su progenitora, que se horrorizaba al saber que su princesa, conducía aquel cacharro viejo.

Entonces fue que lo vio. Don modelito estaba en el umbral de la fábrica. Se le cortó la respiración al observarlo. Su cabello caía sobre su frente gracias a la intensa lluvia. Las gotas mojaban su perfecto rostro, digno de un comercial de perfumes donde el protagonista salía de la ducha en cueros.

Ese hombre era capaz de incendiarla solo con mirarla.

Como si se tratara de un imán, lo siguió, ocultándose bajo la protectora capa. Por poco y un coche la arrolla gracias a su distracción.

Espabila Gema, no estás aquí para calmar tu mente calenturienta.

Si la fachada de aquel edificio le parecía atemorizante, su interior le confirmó que se adentraba en las entrañas del mismo Mordor.

En cualquier momento se me aparece un orco o hasta Sauron con su único ojo que todo lo ve, joder...

Gema devoraba una y otra vez El señor de los anillos cuando su trabajo se lo permitía. Los libros eran su adicción. Su enorme biblioteca lo confirmaba.

Las paredes de aquel lugar estaban cubiertas de moho que se desprendía de aquellos viejos y rancios ladrillos. Un fuerte y desagradable olor irradiaba de ellas, como si el mismo infierno lo habitara. La doctora temía que hasta el mismo suelo se resquebrajara si daba un paso en falso. Imágenes de su misma muerte pasaron por su imaginativa mente. Esa fábrica era el lugar para el crimen perfecto, nadie se atrevería a adentrarse en aquellos dominios del demonio.

Por poco y grita cuando una espesa telaraña se interpuso en su camino.

Si había algo que la paralizaba eran esos asquerosos y repugnantes bichos de ocho patas.

Recuérdame que coño pasó por tu mente para meterte aquí. Tú y tus inteligentes ideas...

Intentó calmarse, pero la sensación de una araña caminando por su cabeza la había entumecido. A lo lejos los chillidos de las ratas la obligaron a reaccionar.

Lo que me faltaba...

¿Y qué esperabas? ¿Adentrarte en Narnia?

Este lugar está a- ban- do- na- do.

A que ahora aparece un fantasma...

Conforme avanzaba, los nervios la traicionaban a tal punto que su corazón retumbaba en sus oídos como un tambor. Sus pies se movían con sigilo, Gema agradeció el haber usado zapatillas, al menos amortiguaban sus pasos.

De pronto lo vio. Don modelito estaba detenido, observando todo con detenimiento, como el ojo de Sauron. Mimetizado con la escena. Inmóvil, absorto en cada detalle. Solo su cabeza se movía.

Por fortuna, una enorme maquinaria oxidada ocultó su cuerpo y su acelerado corazón.

Después de lo que le pareció una eternidad, el detective avanzó y se detuvo frente a una

pared, apoyó su mano, buscando, intentando que aquella mohosa mole se moviera.

¿Qué coño hace?

Nada sucedió, por más que lo intentó, por fin, el detective desistió de su idea. Sacó su móvil y tomó algunas fotos, para luego dirigirse hacia donde ella se encontraba.

Gema temió que descubriera su escondite; sin embargo, al cabo de unos eternos minutos, pasó por su lado hacia la salida.

Si su corazón se le salía del pecho, sus piernas ya no le respondían.

Deberías estar en el laboratorio Sherlock.

¿Es que alguna vez aprenderás?

No obstante, la razón nada podía hacer contra su tozuda e inconsciente mente. Por lo que tomó una profunda bocanada y se acercó a esa misma pared.

Empujó como si ella pudiese lograr algo. Si Hércules Moyá con su pila de interminables músculos no lo había logrado, ¿qué la hacía pensar que ella lo lograría?

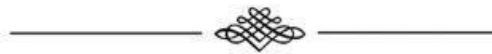
Frustrada y cabreada por haberse mojado hasta las bragas por nada, escapó de Mordor. La intensa lluvia era ahora una leve llovizna; sin embargo, se sentía helada. Lo que necesitaba era una ración doble de café y cambiar de planes. Tenía que averiguar que ocultaba el detective.

Joder como me gustaría estar en la mente de Don modelito...

Podría invitarlo a una copa...

(Como si eso te costara mucho)

Sonriente, conforme y algo excitada, pagó la cuenta del bar que la había cobijado después de su aventura. Camuflando sus nervios gracias a la endeble excusa de que solo lo hacía en nombre de Fajardo y Rafael. Su corazón opinaba lo contrario. El café aún humeaba cuando salió por el



umbral.

Se le daba bien tomar la iniciativa. Era una mujer moderna que no temía a los hombres. Mucho menos esa princesa que su madre siempre había querido. No obstante, toda su valentía había desaparecido. La puerta de aquel despacho era su monte Everest. Él estaba al otro lado, había escuchado su profunda voz. Cerró los ojos, imaginando aquellos penetrantes ojos que la observarían como lo hacían siempre, les temía.

Hazte de valor mujer.

¿Qué difícil puede ser?

Ala tía, toca a la maldita puerta.

Tomó una profunda y extensa bocanada. El yoga nunca había sido para ella. Estaba segura de que si seguía demorándose saldría corriendo. Suspiró y lo hizo.

—Adelante —Lo escucho detrás de la puerta. Era ahora o nunca. Abrió.

—Buenas tardes, Álvaro —Se detuvo. Su traicionera mente era un tornado de ideas. No había pensado que decir.

Eres una puta subnormal.

—Buenas tardes... Tú dirás —Y allí estaban, aquellos ojos que la atravesaban de pies a cabeza. Logrando que su cerebro se bloqueara.

Joder tía. Que te han quemado las neuronas.

¡Di algo!

Dio un paso y se detuvo frente al diminuto escritorio en comparación con Hércules Moyá. Sonrió, evitando mirarlo a los ojos, por miedo a que la incendiara.

—Hemos comenzado con el pie izquierdo y suelo, no llevarme mal con la gente que trabajo. Así que me gustaría invitarte un trago en el bar de enfrente. Claro, una vez que termine nuestro turno.

¿De verdad Gema? ¿Esa ha sido tu mejor propuesta?

El detective clavó sus azules ojos en los de ella. Los segundos se hicieron eternos a la vez que un sudor frío le recorría la espalda.

Por favor, deja de mirarme...

Contesta y deja que me vaya.

Álvaro la observó asombrado, su mente no paraba de girar como un torbellino.

¿Había escuchado bien? ¿El demonio rubiales lo había invitado?

Algo no andaba bien. Esa mujer era demasiado fácil de leer. Estaba nerviosa y evitaba mirarlo.

Miró su reloj, ralentizando el tiempo solo para hacerla sufrir un poco más. Adoraba verla en ese estado.

—En dos horas quedaré libre, ¿te parece bien a las ocho?

—Vale, a las ocho, en el bar de enfrente, entonces —Gema trató de simular normalidad, pero por dentro el incendio había derretido todo. Solo esperaba que su corazón saliera intacto.



Había quedado prendado de su sonrisa.

Después de la visita de la doctora no había podido concentrarse. Esa mujer lo descolocaba, trastocando sus costumbres, aquello no entraba en sus planes. Le gustaba todo en su lugar y odiaba las sorpresas.

Era metódico y meticuloso, hasta en sus escuetas relaciones. No importaba cuanto duraban, él siempre tenía todo bajo control.

Era la primera vez que una mujer lo invitaba, y eso le incomodaba.

Se obligó a pensar que solo era una charla entre colegas; sin embargo, se arregló como si se tratara de una cita. Le había mentido diciéndole que tenía trabajo. Lo cierto era que quería arreglarse para la ocasión. Además, el correo que había estado esperando del decano de la Universidad Católica podía recibirlo en su móvil.

Se observó por tercera vez en el espejo del baño del bar. Nada fuera de lugar, su camisa estaba impoluta, ni una arruga. Un atuendo casual, se dijo a sí mismo, mientras se acomodaba un mechón rebelde que se negaba a quedar en su sitio.

Chequeó su reloj. Diez minutos para las ocho, solo dos minutos más desde que lo había mirado.

Si algo lo caracterizaba era la puntualidad al extremo y algo le decía que Gema Arzúa sería su peor pesadilla, ya lo había comprobado la primera vez que la vio. Media hora su jefe y él la habían esperado. Pero debía reconocer que había valido la pena. Era guapísima.

El bar estaba atiborrado de policías, por lo que aquella mesa en una esquina tranquila había sido como ganar la lotería. Sus dedos repiqueteaban en un constante sonido, jugando con la

eterna espera, sin dejar de mirar el umbral. Las ocho y diez. El detective chasqueó la lengua. Estaba sediento, pero aún no había pedido nada. Sería de muy mal gusto beber algo antes de que la impuntual forense se dignara a aparecer.

Se le ocurrió entonces abrir el correo del decano. Las listas de alumnos del profesor Fajardo. El primer archivo pertenecía a los actuales, mientras que el segundo pertenecía al que había visto tantos años atrás, el del caso de Nuria Téllez. El decano había remarcado los alumnos que aparecían en el video del profesor, por lo que decidió que al día siguiente les haría una visita. Solo por curiosidad y para matar el tiempo, ya eran las ocho y diecinueve, abrió el segundo archivo. Como si de un cartel de neón apareciera, el nombre Gema Arzúa estaba en esa lista. Las fichas de ajedrez encajaron en la mente del detective, todo este tiempo aquel demonio rubio había ocultado información vital para el caso. Aquello la convertía en sospechosa.

Solo deseaba que llegara para enfrentarla. Sus nerviosos dedos volvieron a golpear la mesa, esta vez la impaciencia estaba llegando a su límite.

Capítulo 17



Haciendo las paces

Había pasado más de una hora y no había logrado calmarse. Caminaba como autómatas por el laboratorio con el bisturí en la mano. Girando en círculos, sin rumbo y sin un objetivo. Se había metido en la boca del lobo ella sola, y ahora no había vuelta atrás.

¿En qué estabas pensando?

¿No era suficiente suplicio trabajar con él? No Gema, encima lo invitaste a una copa.

Estás como una cabra.

—¿Gema? —La voz de Andrés la trajo a la realidad—, ¿te encuentras bien? —La forense lo observó sin entender aquella pregunta. De seguro creería que se había vuelto loca. Dejó el bisturí con disimulo en su lugar.

—Perfectamente —Respondió con rapidez.

—Creo que deberías sentarte, estás demasiado pálida.

—Solo estoy un poco cansada, nada más —No entendía por qué, pero Andrés la intimidaba, esa mirada le resultaba escalofriante.

—¿Por qué no vas tu oficina y descansas? Te traeré un café —comentó el alumno de Fajardo a la vez que la llevaba por la espalda.

Gema deseaba negarse, pero Andrés tenía razón. Desde que había abandonado el despacho del modelito estaba hecha una pila de nervios. Lo mejor sería descansar.

—Un té, preferiría un té —El café solo lograría aumentar la agitación que sentía.

Un cuarto de hora después dejó la taza vacía sobre su escritorio. Agradeció para sus adentros el haberse calmado. Apoyó su cabeza en el respaldo de la silla y cerró sus ojos por un instante. Cuando los abrió se encontró con aquella fría mirada observándola en silencio.

Hostias con este.

Dile algo.

¿Y por qué no se marcha?

—¿Mejor?—Preguntó al fin el practicante.

Lo estaré cuando te vayas...

—¡Sí!, sí... —Andrés se giró de pronto, dándole la espalda. Para detenerse frente a la enorme biblioteca de su oficina.

Joder, pero que raro es. Échalo Gema. Es el hijo de Satanás.

¿Dónde habré dejado el crucifijo?

La forense carraspeó. En un intento inútil de llamar la atención del estudiante. Nada sucedió. Volvió a intentarlo, aquel silencio incómodo la estaba desesperando. Además, no faltaba mucho para su cita, y aunque hubiera preferido no ir, era mucho mejor que estar allí junto al raro.

—Disculpa Gema, ¿tienes un minuto? —Pedro entró a la habitación sin llamar.

Te amo Pedro...

—Andrés, ¿podrías dejarnos solos? —Era la primera vez que deseó besar a su asistente.

El extraño tío clavó sus ojos en ella y se retiró sin emitir una palabra. En cuanto pasó por la puerta, la forense ahogó un jadeo de alivio.

—Tú dirás Pedro, ¿qué puedo hacer por ti? —Intentó pararse, pero un fuerte mareo le sobrevino. Decidió que lo mejor sería calmarse, entre la cita con el modelito y la bizarra situación con Andrés tendría los nervios destrozados.

—Había pensado que... Quiero disculparme por el error con el informe de Fajardo. Me han depositado la nómina y me gustaría invitarte —Se sintió fatal al ver la ilusión en los ojos de su asistente. No le gustaba herir sus sentimientos.

—Lo siento Pedro, pero hoy estoy ocupada —La decepción no tardó mucho en llegar. Lo había desencantado. Se prometió remediarlo pronto.

—Lo entiendo... Sé que yo...

—No, Pedro, ni siquiera lo pienses. Mañana, quedamos para mañana, lo prometo. Tendremos una cita.

—¿Uuuna cita...? —Tartamudeó el asistente ilusionado.

—¡Claro!, una cita de amigos —Se sintió feliz al ver la sonrisa que le dedicó su amigo.

El móvil de la forense sonó de pronto. Pancho la había llamado. Solía apagar su teléfono hasta terminar su trabajo. Para cuando levantó la vista, su asistente había desaparecido.

Miró la hora, las ocho y veinte.

Joder, joder...

Tomó su bolso y corrió hacia la salida, el espejo del ascensor la ayudaría a adecentarse. Le



devolvería la llamada a Pancho camino al bar.

Había olvidado cerrar la puerta de su oficina.

—Detective—su voz había demasiado sonado, sexy.

¿Y eso de donde salió? Vale Gema, hazte la disimulada.

—Álvaro, llámame Álvaro, ¿recuerdas nuestra tregua? —Gema sonrió intentando no parecer desesperada.

Será cabrón Don modelito... ¿No podía venir con otras pintas?

¿Cómo puede un tío lucir así?

Tierra llamando a Gema.

—Claro, sí, perdón es que aún no me desconecto del trabajo. Este caso me tiene un poco estresada —Se sentó frente a él sin siquiera mirarlo.

—Lo sé, tenía la esperanza de que aquí fuéramos solo Gema y Álvaro —la forense ahogó un

jadeo.

La madre que lo parió.

¿Y ahora?

Poco a poco Gema comenzó a relajarse, Moyá resultó ser encantador. Como era de esperarse, en escasos minutos, había olvidado por completo su “misión”.

El detective le contó acerca de su vida y como se había llegado a la fuerza. Habló de su familia, de su hermana fallecida, evitando aquellos detalles de su muerte. Su tío, quien también había sido detective, le había inculcado su pasión y en cuanto tubo oportunidad, había seguido sus pasos. Álvaro había dejado de ser el arrogante modelito, para convertirse en un hombre de carne y hueso. Esos que tanto le gustaban a la doctora.

—¿Y tú?, ¿qué hay acerca de tu vida?, ¿cómo es que has terminado siendo médico forense? Es un mundo muy complicado

—Bastante —Gema sonrió al recordar sus comienzos—. A decir verdad, creo que es muy apasionante. Los cuerpos cuentan sus historias y ser tú quien puede leerlas es reconfortante. Sobre todo si puedes ayudar a hacer justicia. Es algo así como colaborar a que descansen en paz.

Aunque también tiene sus cosas malas, es un mundo muy machista. Me ha costado mucho llegar a ser respetada —Gema se detuvo unos instantes al recordar a su amado profesor—. Tuve un gran mentor que me ayudó y me apoyó a tolerar las presiones, un gran profesor de la universidad.

—Fajardo, ¿verdad? —La forense quedó muda de pronto a la vez que Álvaro intentaba ver su reacción al tomarla desprevenida.

Si algo sabía hacer a la perfección, era desenmascarar a los mentirosos. Aquellos ojos ámbar estaban a punto de las lágrimas cuando la doctora habló del profesor.

O era una actriz para un Óscar, o Gema Arzúa no estaba involucrada. Un inmenso alivio lo inundó.

—¿Creías que no sabía que había sido tu profesor y amigo? El decano me ha enviado una lista con todos sus alumnos. Tú estás en ella lo mismo que Rafael Guzmán.

Gema estaba cabreada, furiosa. Todo este tiempo había tratado de ocultarlo y ahora quizá ya no podría continuar en el caso. Don modelito la había descubierto.

—Entonces te imaginarás el porqué lo he callado. Si le digo a Iñíguez que los conocía, puede que me aparte. Lo peor de todo es que ahora sería demasiado tarde para confesarlo. Ese hombre me odia —Álvaro no pudo evitar carcajear. Era la primera vez que la doctora se comportaba como una niña. Deseó protegerla.

—No diré nada, lo prometo —Gema lo miró asombrada—. Confío en tu profesionalidad. Sé que al principio creías que solo era un caso de rutina y que por eso Pedro hizo la autopsia. Tú solo firmaste el informe.

—No me dirás que eso también te lo ha dicho el decano —Gema estaba a punto de asesinarlo con la mirada.

—Tengo mis recursos...

—¿Pedro? Te juro que lo mato —Álvaro negó con la cabeza.

—No creo que te hubiera delatado. Ese tío es capaz de besar el suelo que pisas —La forense se detuvo a pensar un segundo.

¿Pedro? ¿Mi Pedro? Don modelito se equivoca, ¿o no?

—No, no es así, solo que soy su única amiga. Sé que es algo extraño. Es un buen hombre una vez que lo conoces.

—No lo dudo, pero te aseguro que ese tío siente algo por ti.

La noche continuó su curso. Gema estaba tan a gusto que, a pesar de que aquellos mareos habían vuelto, los ignoró. Estaba convencida de que su estómago le estaba jugando una mala pasada. Culpó a los nervios que había pasado.

Moyá era perfecto. Era una verdadera pena que poder involucrarse con alguien del trabajo, pero eran sus reglas y no podía romperlas.

Álvaro le contó de su primer caso, el de Nuria Téllez Calderón. Su única mancha oscura en su intachable récord de casos resueltos.

Se había obsesionado tanto que desde ese momento no hubo un solo día en que pudiera olvidarla.

Gema, por su parte, le confesó que había compartido clases con Nuria.

—La recuerdo bien. Era compañera de algunas clases, una chica un tanto retraída. Muchos le hacían bullying por su manera de vestir y actuar. Nunca tuve oportunidad de hablar con ella —Gema hizo una mueca al pensar en la muchacha asesinada.

—No recuerdo haberte visto. De seguro que te hubiera notado —bromeó seductoramente el detective, logrando que la doctora sonriera.

—Lo mismo digo de ti, una pena que no te me acercaste —El detective clavó su mirada en la de ella y el tiempo se detuvo.

—¿Recuerdas algo más?

—Había un alumno... Pero no sé qué relación puede tener con ese caso—La forense calló de pronto, como acordándose de algo—. Puede que no sea nada importante, pero creo recordar que Nuria y él eran amigos. Solo que no lo puedo asegurar, no era que le prestaba mucha atención. Lo que sí puedo es decirte que Fajardo lo hizo echar de la universidad.

—¿Te acuerdas del nombre de ese alumno?—preguntó Álvaro, interesado. Sacó su libreta y un boli con expectación.

—Murguía, Jesús Murguía. Pedro puede que lo recuerde mejor que yo. Ellos eran amigos hasta que pasó lo de Jesús. Puedo preguntarle si quieres. Aunque ese tío me daba escalofríos —Álvaro sonrió.

—Eso déjame a mí.

Gema le contó que poco tiempo después de la muerte de Nuria, Jesús había sido expulsado por haber robado instrumentos y diferentes sustancias patológicas del laboratorio.

Había sido Rafael quien lo descubrió abriendo la heladera donde se conservaban los componentes para guardarlos en una conservadora de frío, de esos que se usan en las excursiones.

— Durante los días siguientes los alumnos fueron requisados, sin embargo, Rafael era bastante temeroso y no quería meterse en problemas. Creía que si delataba a Murguía le haría algo. Rafael me lo confesó un día en el que estudiábamos en la biblioteca —Gema observaba anonadada como el detective tomaba nota de cada detalle.

—¿Y qué sucedió después? —Aquello era oro en polvo para su investigación. Era la primera vez en años que tenía una pista.

—Bueno, no quiero parecer una bocazas, pero no me parecía correcto que ese tío se saliera con la suya. Además, la universidad había puesto sus ojos en el alumno equivocado. No soporto las injusticias. Por lo que se lo conté a Fajardo, Rafael me acompañó —Álvaro no pudo evitar sonreír.

—¿Que es lo que tiene tanta gracia?

—Te he imaginado impartiendo justicia. De pronto se me vino a la mente tu imagen vestida de superhéroe. Una muy sexy, por cierto —Gema chasqueó la lengua.

—Eres un quebradero de cabeza —El detective carcajeó.

—Continúa...

—Recuerdo que Fajardo fue quien lo confrontó. Algunos instrumentos aparecieron al día siguiente cuando revisaron entre sus cosas, pero las sustancias nunca pudieron encontrarlas. El decano lo expulsó y escribió a las autoridades de otras universidades para que nunca pudiera ingresar en otras.

—¿Y por qué nunca se dio parte a la policía de esto? —pregunto Álvaro, intrigado.

—Hablando años más tarde con Fajardo, me comentó que el decano no quería tener más problemas. Ya bastante tenían con lo de Nuria. Si seguían apareciendo casos, bajaría el cupo de alumnado. Eso no les convenía, sobre todo con el prestigio de la universidad en juego. Por eso se guardó el secreto.

Gema se sentía en las nubes, aquel hombre, esos ojos, esa sonrisa. Sin embargo, su estómago volvió a arremeter.

No ahora... ¿Qué me sucede?

Aguanta Gema, no lo arruines joder.

Disimuló su molestia y le dedicó una sonrisa. No quería marcharse. Por Dios que no quería hacerlo. Sentía una atracción tan hipnótica que no le permitía pensar con claridad. Por fortuna y al cabo de unos minutos el dolor cesó.

El detective no parecía estar involucrado en algo extraño como había pensado en un principio.

—Hay algo que debo confesarte —Álvaro la miró extrañado—. Sé lo de la fábrica San Carlos. Estuve allí el día que la visitaste —La mirada con que la miró el detective la incomodó de pronto.

—¿Me has seguido? ¿Por qué?

—Vi cuando tomabas muestras de aquel polvo junto al cadáver de Rafael. No sé qué estaba pensando, solo que en ese momento me pareció sospechoso —Gema bajó la mirada avergonzada.

—Y decidiste investigarme —La forense asintió, a la vez que el detective apretaba los puños cabreado.

—Lo siento. Tú también has dudado de mí, o ¿crees que no noté que me estabas poniendo a prueba? —Moyá la miró intrigado—. Cuando me dijiste que sabías que conocía a Fajardo. Esperabas por mi reacción —El detective sonrió de lado.

—Tienes razón. Sin embargo, te has arriesgado demasiado, ¿y si el asesino hubiera estado allí?, ¿te has puesto a pensar en lo que te podría haber sucedido?

—Solo quería entender.

—Hostias Gema, esa muestra está relacionada con el caso de Nuria. No quería hacerme ilusiones otra vez, hasta comprobarlo. Desde el asesinato, no había tenido ni una mísera pista. Y ahora, después de diez años, aparece el mismo polvo. El mismo que se encontró en la escena de Nuria. Prométeme que no volverás a intentar hacer mi trabajo.

—Lo prometo.

Capítulo 18



Nuevas pistas

Pedro lo observaba tras aquellas gafas que parecían haber pertenecido a Einstein. Se lo notaba nervioso, tartamudeando las pocas palabras que salían de su boca.

Este tío sí que es raro.

Pero Gema le había advertido que no tomara en cuenta su actitud.

Se preguntó si quizá el asistente se sentía intimidado por aquellas preguntas. Sin embargo, no pensaba desistir, no cuando esa pista era la única que tenía.

Además, ese tal Jesús Murguía, tenía motivos para vengarse de Fajardo y de Guzmán. Sin contar que si ese hombre, era culpable, podría ir tras de Gema. Ella también había participado. Ella fue quien lo delató con su profesor.

No había dormido toda la noche pensando en que relación había entre esa fábrica y el asesino.

Y Pedro era en ese momento la única conexión que tenía hasta el momento con el principal sospechoso.

—Entonces, ¿no sabes qué sucedió con él?, ¿nunca más estuviste en contacto? —El asistente negó con la cabeza al mismo tiempo que pasaba su mano por su grasiento cabello.

—No, esa fue l...la última vez que l...lo vi. Cuando dejó la unii...versidad.

—¿Alguna dirección?, ¿un número telefónico?

Álvaro maldijo, solo obtenía negativas de Cuasimodo. Sin embargo, y a pesar de lo que había dicho la forense, algo le decía que ese hombre ocultaba algo. Su lenguaje corporal lo delataba.

Se distrajo de pronto cuando, por el umbral del laboratorio, apareció Francisco Morgade. No pudo evitar observar las flores que traía en su mano. Su cuerpo se tensó, en especial, cuando la forense lo recibía con aquella preciosa sonrisa que la noche anterior le había regalado a él.

La efusividad de aquel encuentro le molestó. Pero por lo que Gema le había contado la noche anterior, había tenido un noviazgo con el Biólogo. Era normal que se trataran con cariño. Demasiado, si le pedían su opinión.

Un amigo no te trae flores...

—Pedro necesito tu ayuda —El detective se giró para encontrarse con ese tal Andrés, intercambiando extrañas miradas con el asistente.

—Disculpe detective, ¿hay algo más que pueda hacer por usted? —preguntó Cuasimodo sin tartamudear ni equivocarse. Se lo notaba apresurado por terminar con el interrogatorio.

Álvaro negó.

¿Y si Pedro? Demasiadas casualidades, demasiadas coincidencias.

Tentado de averiguar que se traía entre manos, ese Morgade, por poco y golpea la puerta del despacho de la forense. Apretó la mandíbula cabreado al escuchar las risas que provenían del interior de la oficina. No obstante, se contuvo de entrar. Esta vez no había excusas que valieran.

Hablaría de sus sospechas más tarde con Gema. Cuando ese Pancho no estuviera dando



vueltas.

Tenía que regresar a su oficina y continuar con la investigación.

—Álvaro, te he enviado todo lo referido a Jesús Murguía que aparece en los registros. Pero me temo que murió hace trece años —La llamada de Fernández, uno de sus agentes, lo sorprendió.

—¿Estás seguro?

—En los registros que te envié figura todo. Lo extraño es que el mismo DNI aparece en las carpetas que me enviaste de la universidad.

—¿Quieres decir que estamos hablando de la misma persona? —Aquello se complicaba más y más.

—Puede que sí. Quizá el tío se hizo pasar por muerto, o ¿tenía algún problema en casa?

—O alguien está usando su identidad —Aseguró el detective.

El archivo, tal y como había dicho Fernández, no aportó ninguna información. Solo aparecía su paso por la universidad, y luego nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

La dirección, que aparecía en el registro de la universidad, era un caserón abandonado hacía más de veinte años a las afueras de Valencia.

El verdadero Jesús Murguía había muerto hacía trece años de una sobredosis. Moyá decidió entonces hacer una visita a los padres de Jesús, ahora ellos vivían en la ciudad, quizá pudieran recordar algo.

—Buenas tardes, detective —dijo ansioso Carlos Murguía mientras se sentaba con dificultad en un sofá—. Siéntese por favor.

Carlos Murguía era un hombre de alrededor de sesenta años, pero que aparentaba de ochenta. De mirada triste y algo distante. Podía verse que había trabajado como obrero de la construcción o algo parecido. Sus viejas y temblorosas manos dejaban ver callosidades producto del esfuerzo acumulado a lo largo de los años.

Usaba bastón, aunque se las apañaba para parecer independiente.

—¿Un café detective? —Elena Murguía le sonrió a la vez que le entregaba una taza y se sentaba junto a su esposo.

Elena compartía casi la misma mirada que su marido. Aunque se la veía menos cansada, la rodeaba un halo de tristeza que era imposible de ocultar. Era una mujer pequeña que cargaba el peso de la muerte de su hijo en silencio. Sus años de lucha habían pasado, dando lugar a una inminente vejez llena de penas y dolor.

Álvaro sintió pena por la pareja y no pudo contener el nudo en la garganta. Le recordaban a sus padres, en especial cuando se tomaron de la mano, esa complicidad que solo los años brindaban. El amor que se tenían era demasiado evidente. Aquel pesar que los había unido aún más.

—Sé que es difícil para ustedes hablar de algo tan doloroso. Pero creo que hay algo sospechoso en la muerte de su hijo y me gustaría poder averiguarlo.

—Por supuesto. Lo que sea detective. Nuestro Jesús no murió de sobredosis, él nunca hubiera probado ese demonio. Verá, somos de familia muy religiosa y nuestro hijo siempre estuvo en contra de las drogas y hasta del alcohol —Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas y no pudo continuar.

—Quería entrar en el seminario. Tenía mucha vocación para el sacerdocio. Tanto que estaba en un grupo de ayuda para drogadictos en la iglesia a la que pertenecemos. Es por esa razón, que nunca aceptamos la conclusión de la policía —agregó Elena al ver el dolor que tenía su esposo—. Pero hasta ahora, que usted aparece, nunca nos habían escuchado.

Álvaro pudo averiguar que Jesús era bastante solitario, siempre había sido un niño retraído y padecía de angina de pecho. Quizá por eso desde niño estuvo mucho tiempo encerrado en su cuarto. No podía agitarse debido a que su flujo sanguíneo era menor al normal.

Al entrar en la adolescencia, su único refugio fue la iglesia y ese grupo de ayuda a drogadictos.

—Recuerdo lo feliz que estaba cuando por fin encontró alguien que compartía su vocación. Un muchacho de su misma edad —comentó el viejo Murguía.

—¿Puede recordar su nombre?

—Han pasado muchos años muchacho, mi mente tiende a olvidar ciertas cosas.

Elena lo describió como alguien reservado y de mirada distante. Sin embargo, su relación no había durado más que uno o dos meses. Ya que al poco tiempo Jesús había sido encontrado muerto en la cama de su habitación. Nunca más lo volvieron a ver.

—Aunque había algo familiar en él, siempre me pareció como si ya lo conociera de antes. Nunca tuve oportunidad de preguntárselo —Carlos Murguía volvió a emocionarse. Era evidente que los recuerdos alimentaban el dolor.

Álvaro no pudo obtener más información. Hacía ya muchos años de la muerte de su hijo y los viejos se notaban algo cansados, decidió entonces marcharse.

—Bueno, creo que con esto tengo algo con lo que trabajar. Si llegaran a recordar el nombre de ese muchacho, por favor llámenme a este número a la hora que sea —dijo Álvaro entregando su tarjeta.

En ese momento una fotografía sobre la chimenea llamó la atención del detective y se acercó a ella.

—Disculpe, ¿esta es la vieja fábrica de ladrillos San Antonio, ¿no es así? —Se volvió hacia la pareja preguntándose cómo esa foto de la fábrica pudiera encontrarse en la casa de los Murguía.

—Sí, así es. Trabaje allí por muchos años. Hasta qué cerró para siempre, tras el asesinato de sus dueños —respondió Carlos—. A veces llevaba a Jesús conmigo, le gustaba acompañarme. Además, había días en que jugaba con los hijos de los patrones.

En ese momento los ojos de Murguía se llenaron de asombro. Trastabilló tomándose del pecho al mismo tiempo que se desplomaba sobre el sofá. Álvaro se apresuró para asistirlo.

—Pronto cariño, tráeme las pastillas... Creo que ... s... quién es ... Muchac... —Murguía intentó hablar, pero la agitación se lo impedía. Respirar era una tarea titánica. Sentía su cuerpo entumecido y un intenso dolor en su corazón.

—Tranquilo, respire, tranquilo —Álvaro se desesperó al ver como aquel viejo se desvanecía ante sus ojos. Intentó reanimarlo realizándole RCP, pero era demasiado tarde, el viejo ya no respondía.

Hostias...

La ambulancia tardó siglos en llegar, ese día el tráfico había sido un caos gracias a la huelga de transporte y casi todas las carreteras estaban atestadas de coches. Sin contar que era la hora

pico, cosa que empeoró la situación.

Para cuando ingresaron al señor Murguía en urgencias, había entrado en coma. El pobre hombre, había sufrido un ACV.

Cuando la puerta de emergencias se abrió, Elena Murguía dejó la tercera taza de café sobre una pequeña mesa del interminable pasillo. El detective la siguió.

—Lo siento, es irreversible. De haber sido internado antes, quizá hubiera habido una posibilidad —La señora Murguía se abrazó a Moyá quien no sabía qué hacer para calmarla.

Álvaro se sentía responsable. Su obsesión por ambos casos no le había permitido pensar con claridad. Creía tener al asesino después de tanto tiempo y ahora, el único que podía ayudarlo, estaba a punto de ser desconectado.

Abrazado a la madre de Jesús, no pudo evitar dejar caer una lágrima.

La señora Murguía se había quedado sola y todo por su culpa.

—Elena, le prometo que la muerte de su hijo no quedará impune —Fue lo único que se atrevió a decir. Quizá no pudiera devolverle a su hijo ni a su esposo, pero se encargaría de aliviar aquel dolor.

Para cuando se subió al coche era de madrugada. Por fortuna, la señora Murguía había quedado al cuidado de una hermana. No había podido dejarla sola.

Mientras tomaba una ducha, su mente no paraba de pensar en los acontecimientos de aquel día. Pedro y sus negativas, el señor Murguía, aquel muchacho sin nombre.

¿Por qué la fabrica San Antonio volvía a aparecer siempre?

¿Por qué? ¿Qué historia ocultaba?

Por lo poco que había investigado, hacía alrededor de veinte años que había cerrado sus puertas.

Cerró el grifo y se envolvió en una toalla. Encendió su ordenador sin importarle siquiera si mojaba el sofá. Necesitaba descubrir la historia de ese lugar.

La fábrica era su única pista. Tenía que ahondar en lo que contaban aquellas paredes, quizá allí encontraría el comienzo de todo.

Capítulo 19



El más raro de todos

Gema estaba algo molesta. Pancho no solo la llamaba a diario, ahora había tomado la costumbre de aparecerse en el laboratorio sin siquiera avisar. Lo apreciaba, sin embargo, no entendía por qué la acosaba con preguntas acerca de su vida personal. No le gustaba que la juzgaran, ni tener que dar explicaciones.

Observó las flores mientras se quitaba el uniforme. Era el tercer ramo que le llevaba a su oficina en menos de diez días. No era que no le gustaran, solo que no debería ser ella quien las recibiera, sino su mujer.

Hasta ahora había podido frenar sus constantes avances sin herir sus sentimientos, pero si continuaba alimentando falsas esperanzas, tendría que ser firme.

—Gema, perdona el atrevimiento, pero te he preparado un té. Sé lo mucho que te gustó, el que preparé ayer —Andrés estaba parado en el umbral de su oficina con aquella taza humeante. Se lo veía tan ilusionado que no pudo negarse.

—Gracias —Un silencio extraño invadió de pronto el despacho.

—Debo irme temprano. Es el aniversario de mi abuelo.

—Que lo disfrutes entonces —agradeció que el practicante no se quedara. Ese muchacho le daba escalofríos.

Miró su reloj.

Joder... Tú sí que vives en Narnia Gema.

Llegaba tarde como siempre. Había quedado con Pedro hacía más de cuarenta minutos. Aquel té siguió humeando mientras corría hacia el bar.

—Hola Pedro —Su asistente le devolvió una enorme sonrisa. Gema lo miró asombrada, no entendía como nunca se cabreaba—. Perdón por la tardanza.

—No es nada. Lo importante es qu... que estás aquí.

—Gracias. Ahora cuéntame, ¿cómo te fue con Moyá?, ¿pudiste aportar algo para dar con Jesús? —Pedro ocultó su rostro mientras que se removía en su silla nervioso. La forense no pudo evitar observarlo—¿Hay algo que te molesta? —preguntó a la vez que apoyaba su mano en la de su asistente. Estaba sudada e inquieta. Gema notó como la movía.

—Estoy bi...bien.

—Debes relajarte, si empiezas a tartamudear no podrás disfrutar. Si no quieres hablar de Jesús, lo dejamos —El hombre asintió, aunque seguía tenso.

Gema lo miraba intrigada a tiempo que su asistente bebía de su agua. A pesar de haberle sugerido alguno de los tragos de la carta del bar, se había negado haciendo un mohín. Se encogió de hombros, a veces le parecía estar hablando con un niño asustado.

Pensó en que quizá se había equivocado al aceptar la invitación. No había mucho que decir entre ellos. Se notaba que Pedro estaba incómodo e inquieto. Tal y como actuaría un pequeño aburrido al estar entre adultos.

Mirando hacia todos lados, observando la gente que se encontraba alrededor de ellos como si fuera la primera vez en un bar.

—Todos me están mirando —susurró su asistente mientras ocultaba su rostro con sus manos. Gema suspiró.

Va a ser una noche muy larga...

Santa Gema de los raritos...

—No creo Pedro, ¿además por qué lo harían? —Sin embargo, la doctora no pudo calmarlo. De pronto se incorporó dejando caer su silla.

—¿Qué estoy haciendo? Todos me detestan, tengo que irme de aquí —Su respiración se hacía cada vez más intensa. A punto del colapsar.

Gema intentó detenerlo, pero era inútil, su amigo no entraba en razones.

Un grupo de policías que estaban en la barra bebiendo de su caña, notaron a Pedro y se acercaron para molestarlo como lo hacían siempre. La forense trató de detenerlos, sin embargo, pasaron por su lado sin prestarle atención.

—¿Qué estás haciendo aquí Cuasimodo? Este es un bar para seres humanos, no para monstruos —dijo uno de ellos tomándolo por la solapa de su saco—. Creo que tu lugar es en el

cementerio. Allí podrás compartir con tus amigos —El policía comenzó a empujarlo hacia la puerta a la vez que sus compañeros forcejeaban con la doctora.

Pedro bajó la cabeza, que es lo que siempre hacía. Una oleada de náuseas lo invadieron, lo mismo que las ganas de escapar. Se sentía inútil, paralizado. Su único recurso fue cerrar los ojos como cuando era un niño. En un intento estéril de que se fueran. Quizá así lo dejarían en paz.

No obstante, aquello, fue aún peor, las risas y burlas aumentaron haciendo eco en su mente. Como si pudiera escuchar la risa macabra de su madre y de su padre.

—Fuera, malditos cabrones —gritó la doctora mientras los empujaba encabronada—. Vaya chorrada —comentó mientras los observaba alejarse y se acercaba a Pedro que estaba paralizado.

—Pe...perdón... —susurró su asistente.

—¿Qué? Si tú no has hecho nada —Lo miró con ternura a la vez que volvía a mirar con odio a los policías que seguían riendo—. Vámonos de aquí, esta gente no merece tu presencia Pedro.

Si Pedro siempre había creído que Gema era maravillosa, en ese momento la amo. Lo había salvado de esos cabrones que le querían hacer daño. Se sintió fatal. Algo dentro de él estaba cambiando.

—Mi piso está cerca y tengo unas cervezas frías —Su asistente la miró algo extrañado—. Tranquilo, la cerveza es para mí, tú tomarás agua —bromeó mientras lo rodeaba con su brazo.



Mientras bebía de su caña, Gema observó a su asistente. Se había detenido frente a la estantería donde tenía su colección de películas y series. Era una fanática del cine en todas sus épocas. Adicción que compartía con Iñaki.

—¿Te gustan las películas? —La doctora se acercó a su amigo.

—S... sí, mucho—Pedro estaba nervioso, nunca había estado solo con una mujer. Ni siquiera había visitado la casa de alguien.

—Puedes llevarte la que te guste —Su asistente asintió ilusionado. De pronto Pedro se sobresaltó cuando su móvil sonó. Se había quedado paralizado.

—¿No piensas atender? —preguntó la doctora al ver la reacción de su amigo.

—S...s...sí, por supuesto.

Gema le dio privacidad y se dirigió a la cocina.

Hostias, qué tío más raro.

Estaba sirviendo otra cerveza cuando Pedro la sobresaltó de pronto, había entrado con tanto sigilo que la forense dejó caer su vaso, que estalló en el suelo haciéndose añicos. El asistente no reaccionó, solo la observó.

—¿Podría pa...pasar al ba...baño? —Gema asintió asombrada, a la vez que se agachaba para recoger los restos de vidrios que habían caído a sus pies. Le extrañaba de la actitud de Pedro, cualquiera en esa situación la hubiese ayudado o al menos hubiera reaccionado, imaginó la forense. Negó con la cabeza.

Se trata de Pedro, Santa Gema... Cualquier cosa puede suceder...

Cinco minutos más tarde, todo se aceleró. Gema observaba como su asistente huía despavorido de su piso. Sin siquiera dar las gracias, despidiéndose desde el pasillo.

Sí, es definitivo, te gusta coleccionar raritos.

Esa noche todo había sido una serie de acontecimientos bizarros. Se desplomó sobre el sofá apoyando su cabeza en el respaldo. Su mente recordó lo sucedido desde que había llegado al bar. Sintió pena por su asistente. Debía reconocer que era un hombre extraño, aunque eso no ameritaba que lo maltratasen.

Observó la botella con agua que había quedado sobre la mesa. Maldijo, no le apetecía moverse. Con dificultad se incorporó del sofá. Por poco y se cae de bruces sin haber tropezado con nada, agradeció que una de las sillas del salón había evitado su caída. Le resultó extraño, desde hacía un tiempo sentía sus piernas flojas, débiles.

Quizá aún no esté recuperada del todo. Mañana pediré cita con un especialista.

O quizá solo estaba cansada. Olvidó la botella y se dirigió a la cama. Abrió el cajón de la mesa de noche. Necesitaba su dosis de PRP diaria. No estaba.

—Deben estar en el baño —Se quejó la doctora. Sin embargo, al llegar al botiquín la caja estaba vacía, las ampollas habían desaparecido.

Juraría que estaba completa... Joder...

¿Cuándo fue que las compré?

Buscó en su bolso, si algo la caracterizaba era su manía de guardar miles de cosas en él. Nunca se deshacía de los recibos hasta que rebalsaba de cosas inservibles y que le impedían encontrar lo que sí necesitaba. Cuando por fin lo tuvo en su mano, sonrió. La fecha databa de hacía dos días.

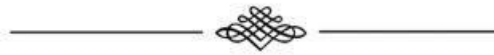
Quizá Laura, la chica que se encargaba de limpiar su piso, las había tirado por error, esa fue

la única explicación lógica que encontró.

Sin embargo, mientras se metía en la cama, retrocedió sus pasos y todo lo acontecido en su piso durante los últimos dos días. Seguía pareciéndole extraño. Las únicas personas que habían estado allí habían sido Pedro y Laura, y ninguno de los dos podrían haber tomado aquellas ampollas.

Se prometió averiguar al día siguiente.

Media hora más tarde y no había podido pegar un ojo. No solo estaba cabreada por lo sucedido, sino que su estómago volvió a molestarle como la noche anterior. Aburrida y dolorida, decidió mandarle un mensaje a Iñaki. Su amigo era un ave nocturna. De seguro estaría despierto y hambriento. Si algo le encantaba a su mejor amigo, era arrasar con su heladera. Además, no le



apetecía estar sola.

De pronto su piso se había llenado de gente, Iñaki había traído a su pareja, un italiano muy sexy que hablaba un español exótico gracias a su acento. Gema no entendía como dos personas tan opuestas congeniaban tan bien. Su amigo era un desparpajo, mientras que Nikola era todo un guapetón, siempre con sus camisas y sus pantalones a medida.

—¿Cómo es posible que hayan desaparecido? —preguntaba su amigo a la vez que sacaba una bandeja de quesos de la heladera.

—Te digo que no sé. Quizá Laura las tiró por equivocación. No pueden haberse evaporado.

—Lo que a mí me parece es que tienes la cabeza puesta en el detective churri —Gema sonrió—. Lo ves cariño, te lo dije, nuestra Gema se ha enamorado —Nikola carcajeó.

—Estás loco. No niego que Don modelito está para mojar el pan. Pero ya conoces mi regla.

—”No liarte con tíos de tu trabajo” —Se burló su amigo—. Pues yo creo que las reglas son para ser quebrantadas.

—Y yo creo que no quiero seguir hablando del tema —contestó cabreada.

—A mí me gusta para, harían una linda pareja —comentó Nikola en su español extraño.

—A ti solo tengo que gustarte yo —contestó Iñaki a la vez que le tiraba un beso a su pareja.

—¿De dónde lo conoces Nikola? —inquirió la doctora intrigada.

—Estaba en el hospital. Al menos las veces que fui a visitarte lo cruzaba siempre en el pasillo —Gema lo observó intrigada.

—Lo ves, no te mentí. El detective churri está interesado en ti —recalcó su mejor amigo.

—Solo lo debe haber hecho porque somos compañeros —Sin embargo, su corazón se aceleró al pensar en el detective. Desde que había llegado a la comisaría, su mundo se había puesto patas

arriba.

—Y yo he nacido ayer —Iñaki rodó los ojos mientras devoraba el último trozo de queso—. Tarde o temprano tendrás que darme la razón. Ese guapetón te gusta y mucho.



Chasqueó la lengua. Estaba demasiado cabreado. Se suponía que para ese momento el sedante habría hecho efecto. Sin embargo, el movimiento que se veía desde la ventana le indicaba lo contrario. No estaba sola, y eso complicaba sus planes.

Apretó la mandíbula, mientras se alejaba. Debería cambiar de plan y no le gustaba alterarlo. Sus manos le dolían y necesitaba de su dosis para aliviar la mutación que se gestaba en sus dedos. Apuró el paso hasta su utilitario, le urgía llegar al laboratorio.

—Conduce tú —comentó cabreado mientras arrojaba las llaves a su acompañante.

—¿Qué estás haciendo aquí?, ¿dónde está ella?

—No estaba sola —cerró los ojos a la vez que apoyaba su cabeza en el asiento—. Solo vámonos.

Capítulo 20



El verdadero Jesús

Sagunto, Valencia, parroquia El salvador, trece años atrás.

El grupo para rehabilitación para adicciones de la Iglesia estaba cada vez más concurrido. Jesús, estaba feliz de ayudar al sacerdote.

Juan, el párroco, le había asignado que se ocupara de acomodar las sillas, un círculo perfecto en medio de aquel gran salón, que se usaba en las tardes para las clases de catecismo.

Había llevado las galletas para acompañar el café. Su madre era la encargada de prepararlas. Observó satisfecho la mesa en donde la bandeja descansaba junto al termo con café para que los concurrentes pudieran relajarse tomando una taza durante el recreo de la reunión. Él era el encargado de servir la bebida, tarea que consideraba importante.

Le gustaba escuchar aquellas historias en las que los adictos relataban sus tristes vidas. Soñaba con que, algún día, él también pudiera ser un consejero. Su vocación siempre había sido ayudar al prójimo.

Notó desde la sala que un joven entraba a la iglesia. Nunca lo había visto antes, debía tener su edad y parecía algo triste, retraído. Miró hacia todos lados esperando a que el párroco apareciera, después de un par de minutos decidió acercársele.

—Hola, soy Jesús, ¿has venido a la reunión? —El joven negó con la cabeza mientras que

ocultaba su rostro—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Solo que no tenía donde ir. Espero que el sacerdote no me eche.

—¿El padre Juan? Ese hombre es un santo.

El joven le contó que había discutido con su tía. La mujer lo maltrataba y lo obligaba a trabajar todo el día solo para pagar sus botellas de alcohol y que por esa razón había huido. No tenía familia ni mucho menos amigos. Su única familiar se lo prohibía. El pobre no tenía donde ir y necesitaba un lugar para poder pasar la noche.

Jesús sintió el impulso de ayudarlo. Su gran vocación de servicio se lo pedía a gritos. Ansioso por su primer acto de bondad.

—Quizá puedas ayudarme aquí. En unos minutos comenzará la reunión para los adictos. Puedo hablar con el padre Juan, de seguro te dará un lugar para quedarte. Debemos contarle tu historia, yo te ayudaré —dijo entusiasmado.

—¿De veras harías eso por mí? —preguntó el joven sonriendo.

—Claro que sí —Le indicó que lo siguiera hacia el salón—. Además, debo hacerte una confesión. Al verte, me has recordado a un viejo amigo que tenía de niño. Te pareces mucho a él. A decir verdad nos veíamos cuando acompañaba a mi padre a su trabajo. Él y su hermano eran los únicos que jugaban conmigo —Jesús se sintió feliz.

Comprendía a ese joven más de lo que imaginaba. Recordó como había añorado jugar en la calle como lo hacían otros niños. Su enfermedad había sido siempre su estigma. Él, como aquel muchacho, tampoco tenía amigos con quienes contar. Era por esa razón que sintió una inmensa alegría de haberlo encontrado, estaba seguro de que se convertirían en grandes amigos.

Al cabo de un mes Jesús e Isidro eran inseparables. El padre Juan le permitía quedarse en una habitación de la parroquia, donde ayudaba al párroco con la limpieza de la iglesia, a cambio de casa y comida. Jesús lo visitaba todos los días y juntos compartían las labores.

Los padres de Jesús estaban felices por su hijo. Se lo notaba diferente, ya no era el muchacho retraído y solitario de siempre. Y todo se lo debían a Isidro. Lo invitaban a cenar una vez a la semana y siempre se quedaba a dormir. Todos se habían encariñado él.

—Sigues empecinado con Isidro. Deberías dejarlo estar —comentó Elena Murguía mientras quitaba el edredón de la cama para poder acostarse junto a su esposo.

—Es que estoy seguro de que me hace recordar a alguien. Esos ojos. Si no supiera que está muerto, juraría que son los mismos que los de Alberto Weber —Su esposa se persignó.



—Ni siquiera lo nombres. Ese hombre era el demonio.

Esa noche Isidro decidió que había llegado el momento.

Había robado una de las recetas que su tía llevaba siempre en su bolso. La mujer era una adicta, lo mismo que había sido su madre. Deseaba regresar junto a su hermano. Lo había dejado solo con su tía, y a pesar de que la mujer estaba la mayor parte del tiempo en cama, no le gustaba que tuviese que cuidarla él solo.

Como cada noche, Elena Murguía llevaba un vaso de leche para su Jesús. Isidro trituró una buena cantidad de aquellas píldoras y las disolvió en la bebida aprovechando que Jesús había ido al baño.

Esperó lo suficiente para entrar en la habitación de su amigo, deshizo la cama, se colocó el pijama que Elena le daba cuando se quedaba a dormir y se preparó para ejecutar su acto. Al cabo de media hora su amigo estaba totalmente dormido. Sacudió su inconsciente cuerpo, solo para asegurarse de que no despertara. Sonrió con malicia al mismo tiempo que buscaba la jeringa de su mochila. Se sentía extasiado, ansioso mientras se colocaba sus guantes de látex.

Sin perder tiempo, tomó el brazo de Jesús y le inyectó varias veces la droga que le había robado a uno de los adictos de la parroquia después de asesinarlo. Nadie extrañaría al cabrón.

Estaba seguro, que con la condición de Jesús aquello sería fatal. Cuando terminó de vaciar al menos el contenido de tres dosis, tomó la mano de su víctima y apretó con sus dedos la jeringa. Debía asegurarse de que las huellas quedaran impresas. La dejó caer junto al cuerpo. Metió varias otras en el cajón de la mesa de noche cercanas a una pequeña bolsa que contenía la droga.

Las manos le sudaban, estaba demasiado ansioso, debía calmarse o de lo contrario se delataría. Tomó una profunda bocanada hasta que sintió que estaba listo y comenzó su actuación.

—¡Ayuda! ¡Don Carlos!, ¡por favor ayuda! —gritó con desesperación.

Los padres de Jesús, corrieron hacia la habitación desesperados.

Todo era un gran caos, Carlos Murguía intentaba en vano reanimar a su hijo, mientras que su mujer se había desplomado en el suelo, gritando desconsolada. Rezando a su Dios porque Jesús despertara. La ambulancia no tardó mucho en llegar, pero ya nada podía hacerse.

Mientras se llevaban el cuerpo de su hijo en aquella camilla, los padres se abrazaban a Isidro intentando comprender lo sucedido.

El joven les contó que Jesús se había acercado demasiado a un adicto del grupo. Que desde hacía unos días lo notaba diferente, distante.

—Quizá ese cabrón lo incitó a la droga. Le advertí que no se acercara a él —gritó sollozando unas lágrimas inexistentes—Jesús, ¿qué has hecho amigo?

Elena Murguía se abrazó al joven sin poder controlar su llanto.

El médico de emergencias decretó paro cardiorrespiratorio por sobredosis de heroína. La muerte había sido inmediata. El cuerpo de Jesús había olvidado respirar y la presión sanguínea había bajado al punto que la sangre no llegó al corazón dejando de funcionar.

Este fue el informe entregado a la policía luego de realizada la autopsia.

La policía interrogó a los Murguía quienes continuaron diciendo que era imposible que su hijo pudiera haber caído en algo semejante. Que era él precisamente quien ayudaba a los adictos.

—Mi Jesús no era un drogadicto —gritaba su madre al detective entre incontrolables

lágrimas—. Mi niño nunca hubiera hecho eso.

Isidro también fue interrogado. Les contó la misma versión que a los Murguía.

—Le dije que el tío era peligroso y un embaucador —comentó al detective sollozando—. El muy cabrón lo convenció. Jesús era mi único amigo. Juro que si lo veo...

Nadie dudó por un instante que el joven era inocente. Sobre todo cuando Isidro identificó el cadáver del adicto. Lo habían encontrado en un banco junto a las vías del tren. El párroco también corroboró su identidad.

La policía cerró la investigación. Jesús Murguía paro cardiorrespiratorio provocado por sobredosis de heroína.

Días después, durante el entierro del joven, todos se preguntaron que había sido de su amigo Isidro. Nunca llegó al funeral.

Tres años más tarde, el nuevo Jesús Murguía comenzaría la carrera de medicina en la universidad Católica de Valencia.

Su tía había muerto al fin, dejándole una buena suma de dinero. Él y su hermano eran libres para siempre. Nadie sospecharía que la pobre mujer que los había acogido, había sido asesinada.



Ya había cumplido a sus propósitos.

Sentado en aquella vieja oficina donde habían pasado casi toda su infancia, odiando y sufriendo interminables torturas, donde siempre se sentía en paz, hoy no lograba serenarse. Todavía podía ver a sus padres allí, sus inertes cuerpos y aquellas miradas sin vida, esa vida que él les había arrebatado. Caminaba de un lado a otro de la habitación, descargando contra los pocos objetos que aún se encontraban sobre el viejo escritorio, toda su frustración. Estaba cabreado, no podía entender como la desgraciada se le había escapado.

Lo había planeado todo hasta el más mínimo detalle. El veneno ya debería haber hecho efecto para ese momento.

¿Qué podría haber fallado? Había duplicado la dosis. Desde hacía más de una semana que lo bebía.

Su hermano entró en la habitación. Estaba seguro de que ocultaba algo. Lo conocía demasiado como para leer su débil mente.

—¿Por qué siento que te estás arrepintiendo?, ¿te gusta la forense?

—¿Por... Por qué lo preguntas?, ¿no he hecho todo lo que me has pedido? —contestó ocultando sus ojos; sin embargo, no pudo evitar aquellos ojos fijos en él. .

—No trates de engañarme. Mírame —Sabía que su inútil hermano le temía, por lo que sacarle la verdad sería como robarle la comida a un cachorro—, dime, ¿por qué el veneno no ha

funcionado?

—No... no lo sé. Eres tú quien se encarga de ello. Quizá no lo esté bebiendo. No todos confían en ti como lo hacía Fajardo —Era la primera vez que se enfrentaba a él. Estaba cansado de que lo tratara como a un sirviente. Además, la doctora lo trataba bien.

—Solo te recuerdo, yo he sido el único que ha cuidado de ti siempre. Ella es solo una pieza más en todo esto —Tomó con fuerza el mentón de su temeroso hermano—. Haz lo que te digo, si deseas que te cure. De lo contrario seguirás siendo un ser despreciable y débil.

Asintió. Deseaba alejarse de allí. A pesar de que su hermano lo había salvado de sus padres y siempre lo había protegido, ya no deseaba continuar aquella venganza. Ni siquiera era suya. Él, como todos, eran marionetas para su enfermo objetivo.

Día a día su hermano estaba cada vez más ausente al punto de haberse olvidado de él. Solo leía y releía de ese antiguo y atemorizante libro. Ya no eran niños, sin embargo, se sentía como si lo fuese, como si su hermano fuera ahora como aquellos padres de los que lo había salvado.

No podía alejarse, lo había jurado y ese pacto lo consumiría lo mismo que a su hermano. Nunca comprendió el porqué continuó asesinando, aunque tampoco se atrevió a preguntar, no al menos hasta que fue demasiado tarde. Solo se limitó a ayudarlo, era la única familia que tenía.

Su pobre tía, una adicta a las pastillas de dormir, murió de sobredosis cuando ellos eran adolescentes. La única persona que se había preocupado por él. La única a la que no le importaba su aspecto.

Estaba seguro de que su hermano había tenido algo que ver con su repentina muerte.

Tan alejados vivían de todo el mundo, que nadie se preocupó cuando desapareció de pronto. Ningún vecino, se atrevía a acercarse al viejo caserón donde vivían los niños asesinos. Un día se alejaron del único lugar al que llamaba hogar. Abandonando los restos desmembrados de la pobre mujer en el viejo sótano.

Nadie se preocuparía por una adicta. El pueblo asumió simplemente que se había vuelto a Alemania. Al menos esa fue la versión que corrió entre los vecinos, desconociendo quién había originado el rumor.

Capítulo 21



Una mente fantasiosa

Álvaro había llegado temprano a la comisaría. Estaba ansioso por continuar. Después de que la investigación había dado un vuelco, necesitaba que Iñíguez hablara con el juez para solicitar una orden. La finca de los Weber había sido declarada monumento histórico por el ayuntamiento y nadie podía entrar en ella. Ni siquiera la policía.

—Buen día, Iñíguez, ¿has podido hablar con el juez? —Su jefe lo observó por sobre las gafas a la vez que abandonaba su café sobre su enorme escritorio.

—Aún no, ese cabrón regresa mañana de vacaciones. Al parecer los únicos que trabajamos somos nosotros —El detective apretó sus mandíbulas.

—¿Y no puede ser ningún otro?

—No. Lo he intentado, pero me han mandado a tomar por culo. Ya conoces la burocracia de la justicia.

—Por cierto, te ha llegado este paquete —Su jefe le entregó un sobre cerrado a cal y canto—. Lo han traído ayer, pero como tú no estabas lo he guardado aquí, supuse que está referido a la muerte de Guzmán —Álvaro asintió.

—Al menos podré continuar con algo —comentó al mirar el remitente.

Ya en su despacho abrió el contenido. La sociedad APIADS le había mandado toda la información acerca del centro de apicultura y sus socios, incluso las cámaras de video de los últimos dos meses. Sus investigadores le había informado que el único lugar en donde se conseguía el veneno de las abejas que había recibido el cuerpo de Guzmán, era en aquel lugar.

Dos meses de videos de al menos ocho horas por día... Joder. Para cuando me levante, me habrá desaparecido el culo. Ni de coña...

Tomó su móvil.

—Fernández, dile a Castro que lo necesito en mi oficina —Se detuvo un minuto—. Mejor, vienes tú también. Tenemos trabajo que hacer.

Habían pasado tres largas horas y nada había aparecido. Como si nadie estuviera interesado en comprar ni un mísero visor para el traje.

—Esto es una pérdida de tiempo —comentó Fernández a su compañero deteniendo el video—. ¿Te apetece un café?

—Mataría por uno, pero Moyá nos ha amenazado. Sabes que es un cabrón y que si no nos encuentra... —Se quejó Castro.

—Solo serán unos minutos. Además, está en su despacho encerrado llamando a los socios del centro. Puede que le lleve todo el día como a nosotros.

Había pasado toda la noche en vela. Las palabras de Iñaki resonaban en su cabeza sin abandonar su mente.

¿Y si tiene razón? No voy a negar que don Modelito me gusta... mucho. Pero, ¿enamorada? Ni siquiera Pancho lo logró.

Qué putada...

No, ni de coña estoy enamorada.

Sin embargo, debía admitir que tenía ganas de verlo. Un día, un solo día sin verlo y ya tenía mariposas en el estómago, solo de pensar en esos ojos. Parecía una adolescente hormonada.

¿Y si me paso por su oficina?

¿Con qué excusa, Gema?

Piensa joder, no puedes aparecerte sin más.

Tan ensimismada estaba en su camino, que sin siquiera notarlo, se topó con Fernández. El pobre hombre casi se desmaya al ver a la doctora en su sector, la mala suerte jugó en su contra y volcó todo el contenido de su café sobre la impoluta blanca camisa de la forense.

Sin pensarlo, el policía la sentó de sopetón en su silla. Se lo notaba angustiado. El agente

tomó algunos papeles que tenía sobre su escritorio en un intento de limpiar el desastre ante la mirada atónita de Gema, que no sabía si reír o llorar. Ni siquiera podía precisar en qué orden.

—Puedo hacerlo yo —respondió la doctora, al ver que su camisa había perdido parte de sus botones, dejando un profundo escote gracias a las torpes maniobras del agente—. ¿Por qué no vas al baño y traes algo húmedo con lo que ayudarme? Un paño, o lo que sea —Mientras tanto ella buscaba con su mirada algo en el escritorio con lo que cerrar su camisa.

—Haré algo mejor. Mi hermana trabaja en una tienda a dos calles, te traeré algo que ponerte —Sonrió Fernández, logrando que la forense se ruborizara. Agradeció con la mirada.

Al cabo de cinco minutos, cabreada y aburrida abrió el ordenador del agente. La pantalla mostraba un mostrador descomunal de la tienda del centro de apicultores. Se acercó para leer con detenimiento unas letras en una esquina del video. “Copia de seguridad” “Centro APIADS”, de inmediato, captó su atención. La curiosidad de esa mujer era algo que podría definirse como su mayor defecto. Deslizó con el ratón a escondidas y cuidando de que nadie la viera y dio *play* al video.

Debía reconocer que era bastante aburrido, pero a falta de hacer algo continuó su “investigación”.

Después de tan solo unos minutos, su corazón se detuvo y su vista se agudizó. Por poco y se adentra en la pantalla.

Una imagen, la cual a pesar de no ser muy clara, podía observarse un comprador en particular. Llevaba una gorra, impidiéndole ver con claridad su rostro. Llevaba unos jeans y una campera negra, nada fuera de lo común. Era alto y fornido. Aunque lo que captó toda su atención, fueron las zapatillas que aquel hombre estaba usando. Las mismas que había visto hacía dos noches. Moya las llevaba cuando se encontraron en el bar. Quiso asegurarse y realizó un acercamiento. Eran las mismas, misma marca, mismo color. Su corazón se desbocó. Sin embargo, se obligó a mantener la calma. Miró hacia ambos lados con disimulo. Era cuestión de segundos para que Fernández apareciera. Tomó una profunda bocanada y volvió a observar con más detenimiento al comprador. Su talla era similar a la del detective, aunque podría asegurar que algo más flaco. La campera no permitía verlo con exactitud. No obstante, el parecido era asombroso.

Escuchó la voz del detective. Sin perder tiempo y sin esperar por Fernández, corrió hacia el ascensor. Ni siquiera prestó atención a su camisa, por lo que todos los que pasaban a su lado la observaban atónitos.

—¿Doctora? Tengo su camisa —Fernández gritó cuando la forense se adentró en el ascensor.

—¿Qué sucede? ¿Por qué gritas así? ¿Y por qué la doctora Arzúa corría como si la persiguiera Satanás? —preguntó Álvaro a su espalda mientras abría la puerta de su despacho.

—No lo sé. Yo solo fui por su camisa —El agente le contó lo sucedido, estaba tan desconcertado como Moyá.

Sin embargo, no tardó mucho en descubrir la alocada huida de la forense. La imagen de la pantalla había quedado detenida. Sin quererlo, Gema había descubierto algo importante, solo que se había confundido de sospechoso. Sin siquiera dar una explicación a sus agentes, imprimió una copia de aquella imagen.

—Fernández, averigua todo lo que puedas sobre ese cabrón. Que fue lo que compró, todo.

Puede que sea quien estamos buscando. Ve hasta ese centro y no te vayas sin obtener todo lo que necesitamos. Que Castro siga con las cámaras.

El detective cerró los ojos. Estaba cansado de que aquella mujer se metiera en la investigación. Cabreado se dirigió a su oficina, apretando aquella copia entre sus manos.



Se detuvo en el pasillo, no podía entrar al laboratorio en ese estado y mucho menos con la camisa de aquel modo. Chasqueó la lengua.

¿Y si Álvaro era culpable? El muy cabrón de seguro le había mentado con la fábrica.

¿Pero qué relación podía tener Moyá con Fajardo y Rafael? Era lo único que no llegaba a entender.

De pronto su corazón se paralizó, ni siquiera se atrevió a voltearse. La puerta del ascensor se había abierto y alguien caminaba hacia ella. Con disimulo comenzó a apresurar el paso. El laboratorio se le antojaba a miles de metros desde donde se encontraba, como si aquel pasillo fuese ahora un túnel interminable que la estuviese aletargando.

La madre que lo parió, me está siguiendo, el muy cabrón viene por mí.

Cuando de repente una mano tocó su hombro, ni siquiera pudo gritar, su voz parecía haberse atravesado en su garganta, solo un leve jadeo de terror salió de sus labios. Gema cerró los ojos y encomendándose a Dios se giró. Todo el pánico y la cobardía contenida, se convirtieron en alivio al ver el rostro sonriente de Pancho. Se abrazó a él, evitando que las lágrimas alertaran a su amigo. Sin embargo, no podía mitigar aquel sentimiento que la había embargado.

—Menudo recibimiento —Pancho no comprendía muy bien aquella reacción, no obstante no pudo evitar disfrutar de ese momento. La necesidad que sentía por ella lo abrumaba.

—Hola Pancho...—contestó con disimulo mientras se separaba de él. Aún no podía dejar de mirar hacia la puerta del ascensor —, me has tomado desprevenida.

Pancho percibió que algo le sucedía. Se la notaba esquiva, nerviosa, hasta le pareció que sus labios temblaban.

—¿Qué sucede Gema?, ¿qué es lo que pasa?

—Es... Algo que he descubierto del caso de Fajardo y Rafael, creo que... —No estaba segura de contárselo a Pancho, quizá lo que debería hacer era seguir buscando pistas, además él nada podía hacer para ayudarla—. Creí... Creí que el asesino estaba en el edificio. Ya me conoces

siempre sacando conclusiones.

—¿Pero, estás segura?? ¿Por qué no lo comentas con el detective? Creo que deberías decírselo —La forense se detuvo en la puerta del laboratorio.

—¡No!, no... De seguro fue mi imaginación —Lo único que faltaba era que Moyá se enterara de que ella lo sabía—. Estoy un poco nerviosa solo eso. No ha sido nada —Su amigo la observó con desconfianza; sin embargo, asintió. Ya habría tiempo de averiguar qué le sucedía.

—¿Estás lista? Creo que salir de aquí te hará bien. Quizá este caso te esté estresando. Sin contar que el detective con el que trabajas... —Gema lo miró sin entender.

—¿Lista? No entiendo.

—Hoy salíamos a cenar, ¿recuerdas? —Gema tomó su cabeza al mismo tiempo que cerraba sus ojos.

—Lo había olvidado por completo. Solo dame unos minutos que debo buscar mi abrigo —comentó algo más calmada mientras entraba en su despacho.

—Por cierto, ¿qué le ha sucedido a tu camisa? —Gema chasqueó la lengua al recordar su deplorable estado.

—Es una historia larga de contar.

Respiró aliviada cuando la puerta de su despacho se cerró. Necesitaba unos minutos para calmarse y reponerse. Tenía que decidir como actuar. No podía acusar al detective sin pruebas. Ya encontraría la manera de desenmascararlo ante Iñíguez.

Buscó en su armario que ponerse. A veces dejaba mudas allí en caso de que las necesitara. Resopló, no había nada que le sirviera. Recordó a su amigo, su bolso de Mary Iñaki Poppins hubiera sido su salvación, de seguro allí dentro encontraría algo decente que ponerse. Sabía que estaba hecha un desastre.

—Si te viera Ana le daría un ataque —murmuró pensando en lo que diría su madre si la viera así. Lo mejor sería pasar por su piso.

De repente escuchó voces del otro lado de la puerta. La voz de Álvaro resonó en sus oídos. Él y Pancho estaban discutiendo, o al menos eso le parecía. Quizá fuera su imaginación, solo que era demasiado real.

No puede ser...

Capítulo 22



Una mente muy fantasiosa

El endemoniado ascensor se le antojó demasiado lento en su descenso. Se sentía cabreado, harto de que aquella mujer se entrometiera en su trabajo. Estaba seguro de que la imaginación de la doctora la había llevado a pensar que él era quien estaba comprando aquel veneno. Hasta él mismo se sorprendió cuando la imagen en aquel video rebelaba a ese hombre. El parecido entre ellos era increíble. Sin embargo, él le probaría lo equivocada que estaba. La muy listilla había omitido un detalle en su “investigación”.

No se molestó en golpear. Ni siquiera Cuasimodo con su mirada inquisidora podría detenerlo. Estaba listo para todo. Lo que no esperaba era encontrarse con ese cabrón de Morgade allí. Ese maldito gilipollas estaba siempre al acecho de la doctora. Como si se creyera con derechos, como si fuera su novio.

—Moyá, ¿qué está haciendo aquí? —Lo inquirió Pancho, deteniéndose delante de la puerta del despacho de Gema.

—Mi trabajo. La pregunta es ¿qué está “tú” haciendo aquí?, hasta donde yo sé, la doctora no necesita guardaespaldas —siseó sin poder evitar su cabreo. Intentó rodearlo.

—Está ocupada —Morgade apoyó su mano en el pecho del detective. Álvaro chasqueó la lengua en un intento de no romperle la cara de un puñetazo.

—Será mejor que te quites —amenazó mordiendo su mandíbula.

—¿O qué? —Ambos hombres se miraron, midiéndose con los ojos.

De pronto la puerta del despacho se abrió, interrumpiendo la pelea de gallos que se estaba

gestando.

—¿Qué sucede? —Gema no se atrevía a mirar a Álvaro a los ojos. Temía que si lo hacía aquella mirada la asesinara allí mismo.

—Tenemos que hablar —Álvaro no se molestó en saludar.

—Estoy ocupada, deberá esperar hasta mañana —Se acercó a su amigo buscando protección.

—Ya la has escuchado, ahora vete Moyá —intervino Pancho tomándola por la cintura y atrayéndola hacia él.

Maldito cabrón...

—¿Qué es eso tan importante que debemos discutir? —preguntó incómoda ante el contacto del biólogo.

—Tómalo, obsérvala bien si quieres jugar a la detective —siseó mientras le entregaba la copia de la imagen. Estaba harto de ver la sonrisa ladina de aquel bastardo mientras abrazaba a la doctora. Los celos lo estaban devorando.

Apretó los puños mientras se alejaba. No se volteó; sin embargo, pudo escucharlos. El muy cabrón de Morgade se ofrecía llevarla a su piso para que se cambiara de ropa. La había invitado a salir. Y ella le sonreiría lo mismo que lo había hecho con él hacía dos noches.

Odiaba aquella sensación. Nunca ninguna mujer lo había afectado de ese modo. A pesar de su cabreo, no podía evitar esos celos que lo consumían. Maldijo mientras se subía al ascensor. No solo le gustaba el demonio rubiales, se estaba enamorando de ella.



Miró el móvil por enésima vez, como si al hacerlo el tiempo pudiera acelerarse. Había comenzado a llover. El desolado hall del edificio se había convertido en su único refugio. Aun así, la humedad estaba calando hasta sus huesos. Ahogó un jadeo, el paraguas nunca había sido una opción, por lo que aquellas calles hasta el edificio de la doctora lo habían empapado. No le importaba, lo único que deseaba era que la muy listilla llegara de una vez. Después de tres horas no solo estaba mojado y cabreado. Se estaba desesperando. No había podido controlarlo, necesitaba enfrentarla. Irse a su piso hubiera sido aún peor. No había mucho que hacer de todas maneras.

Ni siquiera la vio llegar, por fortuna el gran macetero que decoraba el hall ocultó su cuerpo. Volvió a maldecir cuando el cabrón de Morgade le robó un beso. Hubiera querido partirle la

boca de un puñetazo y dejarlo allí tirado. No obstante, se contuvo al ver que ella lo alejaba. El intenso chaparrón que caía no le permitía escucharla, pero sabía que lo había rechazado. La cara de aquel gilipollas lo decía todo sin necesidad de palabras. Respiró aliviado como un crío al que su madre abraza después de haber cometido una travesura. Así era como se sentía. Feliz al verla entrar en el hall, abandonando a ese cabrón que se alejó con demasiada lentitud.

—¿La has visto? —preguntó de pronto mientras que Gema ponía la llave en la cerradura.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La forense sintió sus piernas fallar al verlo allí parado junto a ella.

—¿Has podido observar la copia? —Ella lo fulminó con la mirada.

—Eres un cabrón. Tienes que dejar de asustarme de ese modo y no, no he tenido tiempo — Claro que la había visto. No había podido evitarlo. En cuanto Pancho la llevó a su piso para adecentarse, se sentó en su sofá y la observó con detenimiento, olvidándose por completo de su amigo que la esperaba en la calle. En su desesperación, porque nadie la descubriera, no había mirado la fecha del video. No podía haber sido Álvaro, él estaba en la fábrica. El día coincidía con el que ella lo había seguido.

—Eso no te lo crees ni tú. Sé que lo has hecho, tus ojos no pueden mentir —El muy bribón sonrió de lado acercándose a ella.

—Eso no cambia nada, no confío en ti —Intentó alejarse, sin embargo, se perdió en aquellos ojos que la hipnotizaban.

—¿No confías en mí?, ¿o en lo que sientes cuando me tienes cerca? —Álvaro susurró aquellas preguntas y no pudo evitar ahogar un jadeo. El muy desgraciado la estaba derritiendo por dentro.

—Estás empapado, será mejor que subas para secarte.

¿De verdad has dicho eso? Estás como una puta cabra. ¿Lo estás invitando a don Modelito a subir?

Ya era demasiado tarde para reaccionar. Gema culpó a esos ojos. Lo maldijo. No podía engañarse, estaba fascinada con el detective. Se prometió que en cuanto su ropa estuviera seca, lo enviaría a su casa. Dudaba de su resistencia teniéndolo cerca. De pronto el ascensor se tornó como el mismo infierno. No sabía si era ella, o el calor que desprendía el detective, pero creyó desfallecer.

Cuando entró en su piso hizo un rápido recorrido. Todo estaba en orden. Esperaba encontrar a su mejor amigo durmiendo a sus anchas en el sofá. Sintió sus piernas flaquear cuando descubrió que estaban solos. Cerró los ojos, había metido al lobo en su piso y ella era Caperucita.

¿Qué había pasado con su amigo? Iñaki había discutido con Nikola, por lo que normal hubiese sido que estuviera allí, él la hubiera protegido.

—Puedes pasar al baño mientras yo preparo un café —comentó huyendo como una cobarde hacia la cocina.

Ánimo cariño, tú puedes. Es solo un tío, guapísimo, pero un tío.

¿Desde cuándo te acojonas? Se toma el café y luego se marcha. Solo tienes que resistir un poco.

Sin embargo, nada la había preparado para semejante visión. Por poco y la taza se cae de su mano, lo mismo que su boca. Allí, frente a ella, un torso perfectamente esculpido se paseaba por su salón. El diminuto tallón apenas cubría su entrepierna, sin contar con que ese culo respingón se ceñía a la tela como un guante.

Madre del amor hermoso. Me ha pillado mirándole el paquete.

Joder. Disimula Gema...

—Aquí tienes —La taza tembló lo mismo que su mano—. Está caliente, como a mí me gusta —Sin pensarlo, su voz había sonado sensual.

¿Pero qué estás haciendo?

¿Es que no puedes calmarte?

¿Caliente? ¿No se te ha ocurrido otra cosa?

O te calmas o la cagas.

—Gracias —susurró logrando dejarla con la boca abierta como un pez fuera del agua —, ¿así que te gusta caliente? —Álvaro se acercó con sigilo como si de pronto el lobo hubiera despertado.

El suave roce de los dedos del detective, al tomar la taza, había activado hasta la más mínima extremidad. Como si de una corriente eléctrica se tratara. Estaba embobada por aquella sonrisa ladina. Ni siquiera podía contestar.

—Sí... No... ¿Cuál es el verdadero motivo por el que estás aquí? —Necesitaba distraerlo, evitar aquella tensión que se había apoderado de ellos.

Centellas sutiles de sensualidad y excitación invadían el acalorado salón, el lobo feroz la devoraba con aquellos ojos azules paralizándola.

Aléjate. Es ahora o nunca Caperucita.

Como si se tratara de su presa, Álvaro no dejó de observarla. Un escáner recorriendo cada centímetro de la sensual forense que tenía frente a él. La tentación hecha mujer. Se sentía un cazador a punto de devorar el más exquisito manjar. Todo su cabreo había desaparecido en cuanto la había visto rechazar al biólogo. Había olvidado por completo aquella imagen que lo

había llevado hasta allí.

Se perdió en ella. En ese cabello desprolijo, en su rostro aniñado y aquellos ojos ámbar que lo encandilaban. En aquellos labios carnosos y apetecibles como el chocolate. En esas curvas diseñadas para enloquecer. En su forma de moverse, de sonreír. En aquel ceño fruncido que lo observaba desconcertada y excitada a la vez. El cazador había elegido bien su presa, la había estudiado y ahora era el momento de probarla.

Acortó el espacio entre ambos sin apartar la vista.

—Tú eres el motivo Gema. Tú y solo tú —susurró con voz ronca provocando que la piel de la forense se erizara—. No sé como lo has hecho, pero desde que entraste en el despacho de Iñiguez la primera vez, no he podido sacarte de mi cabeza.

Hipnotizada, adormecida de toda razón, Gema se pegó a él. Alzó sus pies y rozó los labios del detective. Un suave acercamiento, sin embargo, fue lo suficiente como para que Álvaro rodeara su cintura, atrayéndola aún más, para prolongar y profundizar ese magnético beso. Su lengua buscó con ansias la de la doctora y juntas, danzaron en un frenético ritmo. Elevando la temperatura del silencioso salón que era testigo de aquellos magnéticos jadeos. Gema sintió sus pechos endurecerse al rozar con la fina tela que la separaba de aquel embriagador torso. Los expertos labios del detective saborearon su cuello, mientras que sus hipnóticas manos desabrochaban su vestido provocándole un sinfín de sensaciones.

Por primera vez en su vida, se sintió cohibida al ver los devoradores ojos de Álvaro sobre ella, no obstante, el anhelo pudo más. La tela que envolvía el cuerpo del detective cayó a sus pies al mismo tiempo que volvía a estrecharla contra él, un escalofrío lo recorrió al sentir esa piel suave sobre la suya. Sin perder tiempo y sin dejar de observarla, la tomó en brazos, perdiéndose en el ámbar de aquellos ojos que lo observaban con devoción. Ella acarició su ancha espalda deleitándose con la inmensidad de aquel cuerpo. Álvaro la recostó sobre la cama y sin poder resistirse, se inclinó sobre ella, arrasando con aquella estimulante boca que lo enloquecía, mientras que el cuerpo de la forense convulsionaba bajo su hechizo. Gema, por su parte, no podía detener sus manos, que en un embriagador frenesí lo recorrían por completo, deteniéndose con eróticas caricias en cada músculo. El detective acarició sus suaves y delicados pechos, rozándole sus erectos pezones rosados. De manera descarada, fue descendiendo con sus labios, empapándose de su aroma de esa mujer, mientras que enredaba las manos en sus cabellos. Besó, lamió y succionó hasta arrancarle gemidos de intenso placer, enloqueciendo con cada sonido, como si su boca expresara la canción más dulce y embriagadora del mundo.

Se detuvo a contemplarla, era la visión más tentadora que alguna vez había observado. Instándolo a continuar, a hundirse por completo en ella. Sus pupilas dilatadas y ansiosas, la delataban. Ardía de deseo, lo mismo que él por ella. Sonriendo con picardía, anhelaba enloquecerla de placer. Recorrió sus muslos, regándolos con húmedos y excitantes besos, profundizando a medida que se acercaba a su centro. Aquellos jadeos podrían trastornar a un hombre en segundos, perdiéndose en la profundidad de su eco. Era como el canto de la sirena para un marino. Álvaro se alzó de entre sus piernas para observarla con veneración unos instantes.

Le apartó varios mechones que se le habían adherido al rostro y contempló como los ojos de Gema se oscurecían con intensidad. Arremetió con locura aquellos atractivos y embriagadores labios, al mismo tiempo que se abría paso entre las piernas de la forense, para hundirse por completo en ella, en una unión de cuerpos y de almas. Enredados a la más pura y elemental

pasión. Olvidándose del mundo. Latiendo en un solo y único latido. Un desborde de emociones y de fuego. Cuando no pudo contenerse más, un único grito salió de sus gargantas. Dos corazones que regresaban con lentitud y placer a sus rítmicos latidos.

Allí, con aquella increíble mujer entre sus brazos, encontró la paz que había perdido tras la muerte de su hermana.

Volvió a su principio y a su final. Había renacido. Sonriendo cerró los ojos, confirmando con su mente lo que su corazón gritaba, estaba enamorado del demonio rubiales.

Gema se acurrucó entre aquellos brazos, deleitándose de caricias y de esos latidos que la arrullaban. Ella también sonrió al pensar en su estúpida regla de no involucrarse con alguien de su trabajo.

Vaya con don modelito...

Cuidado Gema, te estás enamorando.

¿A quién quieres engañar? Estás hasta las trancas y ya no hay vuelta atrás. Caperucita y el lobo feroz... Solo espera que se entere Iñaki.

Capítulo 23



Descubriendo el pasado

La finca de los Weber era aún más atemorizante que la fábrica. Tenía ese aspecto fantasmal, como si los espectros fuesen sus únicos habitantes. Abandonada, derruida y decadente. Sin embargo, en ciertos aspectos, conservaba la opulencia de sus antiguos dueños. Los pocos aristócratas que llevaban las viejas costumbres de sus antepasados. De aristas y fachada tan siniestras que bien se fusionaban con las historias que la rodeaban.

Por fin la orden de cateo estaba en sus manos. El ayuntamiento había enviado un temeroso funcionario que nada quería tener que ver con aquel caserón. Deseoso de largarse de allí, le entregó las llaves del reino de Drácula, para alejarse con su coche, pisando el acelerador como en una persecución de película. No sin antes dejarle el número de su móvil para concertar una cita en la que el detective le devolvería las llaves. Así de temerosa era la mansión Weber para los habitantes de Sagunto. Nadie se atrevía a poner un pie allí. Al menos hasta ese día.

Álvaro estaba seguro de que la historia detrás de aquella familia tenía conexión con los crímenes. La fabrica, las atroces muertes de sus dueños. ¿Por qué Carlos Murguía se había asustado de aquel modo para dejarlo en el estado en el que se encontraba? ¿Por qué junto a Guzmán y Nuria había encontrado aquel polvo que lo relacionaba con la misma fábrica?

¿Quién había tomado la identidad de Jesús Murguía y porque? ¿Y por qué de pronto se lo había tragado la tierra?

La conexión entre ese caserón y la fabrica San Antonio era lo único que tenía que ser real.

Todo secreto tiene su principio y su instinto le decía que la clave se encontraba entre aquellas

abandonadas paredes.

Pero, ¿cuál era la relación con esa familia? Eso era lo que debía averiguar

La puerta principal estaba cerrada a cal y canto. El endemoniado candado estaba en pésimas condiciones, por lo que tardó una eternidad en liberar parte del óxido que lo resguardaba. Una vez allí y con la ayuda de la linterna de su móvil, examinó con detenimiento la entrada principal. La luz que se filtraba era escasa, los tablones que cubrían las ventanas no permitían la suficiente claridad. Por lo que el aspecto exterior, empeoraba dentro de la finca.

El enorme caserón, conservaba algunos pocos muebles, cubiertos con enormes telas que habían absorbido la suciedad acumulada a lo largo de los años.

Sobre la única chimenea que una vez había albergado el calor para la familia, conservaba algunas fotografías, de los que de seguro serían sus dueños. Unas estaban tan mal conservadas que el paso del tiempo había borrado por completo las imágenes.

Lo que más captó su atención, era que solo una fotografía pertenecía a dos niños. Imaginó que serían los mismos que se encontraron junto a los cadáveres de sus progenitores, alrededor de treinta años atrás. Lo más extraño era que a pesar de ser mellizos, aquello parecía imposible. A simple vista, eran el agua y el aceite. Uno de ellos era tan alto como lo era él mismo de adulto, mientras que el segundo tenía menos que la estatura de un pequeño de cuatro o cinco años. La tomó con cuidado de no arruinarla. Observó con detenimiento, sin embargo, la foto había sido tomada con los pequeños alejados, por lo que sus rostros eran casi irreconocibles.

Con cautela, la guardó como evidencia. Quizá el departamento de informática pudiera ampliarla y limpiar la imagen.

Continuó explorando, la mayoría de las habitaciones en planta baja estaban vacías, como si solo el salón principal hubiera sido algo importante y a destacar, hasta la amplia cocina carecía de vida. La enorme escalera se le antojó eterna. Cada escalón era un logro. El continuo rechinar de la madera bajo sus pies, era una evidente advertencia de lo antigua y amenazante que era. Una vez en el segundo piso, respiró aliviado. No estaba demasiado de la planta baja, solo alguno que otro mueble demasiado viejo y olvidado a la espera de ser reciclado.

Pensó en Isabel, su hermana, amaba esos viejos trastos para redecorarlos a su antojo. Siempre con aquellos colores estridentes con los que los pintaba, la continuación de Frida Kahlo, como solían bromear sus padres. Se obligó a regresar a su trabajo. Limpió sus incipientes lágrimas y continuó su investigación.

Al entrar en la habitación principal notó un antiguo escritorio con secreter. Destacaba sobre el resto por lo gran conservado que estaba.

Probó con varios de sus cajones, la mayoría contenía papeles inservibles, baratijas y hasta una peineta. Nada fuera de lo común. Su instinto lo obligó revisarlo con detenimiento. Hasta que por fin dio con uno que tenía un fondo falso. El imperceptible clic le confirmó que lo había abierto. Más fotografías y un viejo diario fueron los objetos valiosos que contenía. Abrió el viejo cuaderno, por fortuna sus guantes de látex no contaminarían los elementos. Cada una de aquellas páginas estaba escrita en un idioma que no entendía; sin embargo, no dudaba que era alemán. El emblema nazi se hallaba impreso en ellas. La maldita esvástica, símbolo de orgullo para aquellos que habían causado tantas atrocidades.

Una extraña sensación lo embargó de pronto.

¿Y si los Weber tenían algo que ver con aquella época tan nefasta? ¿Quizá ese había sido el motivo de sus asesinatos?

Abrió una bolsa para evidencias y con sumo cuidado de no dañar ningún objeto las introdujo. Cerró con el cierre de seguridad, asegurándose que no entrara aire y la guardó en su bolsillo. Continuó hacia el ático. Pero allí no encontró nada que llamara su atención. Solo pilas de viejas ediciones de libros de anatomía y medicina. Otro dato que le pareció relevante.

¿Qué podrían hacer aquellos libros allí? Esa gente trabajaba con ladrillos. Tomó algunas fotos. De ser necesario regresaría con científica.

Decidió regresar; sin embargo, en su camino hacia la salida una de las tablas del piso lo obligó a detenerse. El cordón de su zapatilla había quedado enredado en un viejo y oxidado clavo que sobresalía de la madera. Cabreado y con deseos de abandonar el lugar, se agachó para liberarlo. Se extrañó al ver que, desde el suelo, irradiaba una especie de luz muy tenue. Los planos que el ayuntamiento le había entregado no mostraban que existiera un sótano. Imaginó que la entrada estaría en la cocina, al menos eso sucedía siempre en las películas de terror. Al cabo de unos minutos se sentía frustrado. La maldita puerta no existía. No obstante, estaba determinado a encontrarla. Comenzó a empujar y a mover los viejos trastos. Hasta que de pronto, al correr la mesa que se hallaba en el centro de la cocina, una especie de trampilla se hallaba debajo.

La excitación aumentaba conforme descendía por aquella escalera. Al tocar el suelo, partes de él habían desaparecido. Por lo que la poca luz que se filtraba por la única ventana, que de seguro daba al exterior, no le permitía ver con claridad. Temía pisar. El estado de aquel lugar era deplorable. El moho y la humedad le impedían respirar. Era como si las propias ánimas lo habitaran. Iluminó con su móvil, pero aun así tuvo que acostumbrar sus ojos a la brillante luz.

Lo que descubrió lo dejó estupefacto. Una especie de laboratorio se desplegó ante él. Tal y como había imaginado, una auténtica y dantesca película de horror. Tragó saliva al sentir como



la muerte lo observaba desde sus antiguas paredes.

El profesor Samuel Leví era un anciano judío. Una eminencia en la historia de aquellos criminales desalmados que habían intentado exterminar a su pueblo. Su familia había sido, casi en su totalidad, masacrada por los Nazis. Un hombre que dedicó su vida entera a investigar todo lo relacionado acerca de los grandes enemigos de la humanidad. Conocía cada detalle y a cada uno de los principales personajes que fueron partícipes del holocausto.

Cuando recibió el llamado de Álvaro estuvo más que dispuesto a ayudar.

—Buenas tardes, profesor. Le agradezco que me haya recibido con tan poco aviso —El detective tendió la mano al amable anciano. Era el clásico judío ortodoxo, vestía un traje negro y la kipá tan característico de su pueblo. A pesar de estar en silla de ruedas, se lo notaba un hombre

activo y vital para su edad.

—Pase detective Moyá. Estoy encantado de poder ser útil. Ahora me gustaría que me mostrase ese diario —Se lo notaba ansioso por verlo, un niño pequeño deseando abrir sus regalos en navidad. Lo observaba tras aquellas gafas que tenían una cierta similitud con las de John Lennon que en contraste con su vestimenta lo convertían en todo un personaje.

—Me gustaría saber el contenido de este diario o cuaderno, a decir verdad no estoy seguro. Lo único que entiendo es el emblema —comentó Álvaro a la vez que se lo entregaba al anciano. Al profesor le temblaban las manos de la emoción.

—Para eso estamos aquí. Quédese tranquilo hombre. Veamos... —acomodó sus gafas y comenzó a leer.

Conforme devoraba cada página, su rostro pasaba del asombro al enojo. Maravillado al ver lo que descubriría. Sus cansados ojos hablaban por él. Álvaro deseaba saber, lo mismo que el profesor. La avidez del anciano era contagiosa. Al fin y después de lo que pareció una eternidad, Leví habló.

—Veamos, aquí habla de diferentes experimentos basados en el famoso doctor Josef Mengele y de sus discípulos. En especial se destacan dos reconocidos científicos, tan o quizá peores que él. Karl Ulrich Rudel y a Theresa Rosenheim, quienes aquí se los conocía como Francisco y Patricia Weber. Si mi memoria no falla, sus nietos fueron asesinados en su propia fábrica hace ya treinta años —aseguró mirando por entre sus lentes a Moyá, quien asintió con la cabeza.

—Así es profesor. Ese diario lo he encontrado en la casa de los Weber.

—Eso es de lo más interesante... —el profesor se perdió en sus pensamientos—. Bueno, déjeme continuar, quizá entonces esté equivocado y este diario no pertenezca a Rudel como imaginé en un principio, sino a su nieto.

El anciano volvió a acomodar sus gafas y continuó devorando aquel diario como si fuese un manjar.

—También dice que debían seguir contribuyendo a la búsqueda de la raza superior, por lo que con el fin de continuar dichas prácticas, sus propios hijos fueron víctimas de torturas basadas en la eugenesia. Pero que aún no habían tenido éxito —El profesor se detuvo un momento—. Recuerdo que conocí a la familia en una reunión. Una obra benéfica para ayudar a la parroquia El Salvador de Sagunto. Los pobres niños no tocaron bocado, ni siquiera se movieron de sus asientos, como lo hacen normalmente los pequeños de su edad.

—Aquí hay algunas fotografías. Puede que usted los recuerde. Los archivos de la comisaría no han aportado mucho. Sus caras estaban borrosas y no hay registro de sus rostros —comentó Álvaro mientras señalaba a una pareja joven.

—Puede ser... —El profesor se acercó para estudiarla con detenimiento.

De pronto el detective recordó la primera fotografía que había tomado de la chimenea, en ella se encontraba la pareja junto a sus hijos, científica la había recuperado.

—¿En esta fotografía lo Weber se encuentran con los pequeños, entonces? —preguntó el detective con ansiedad.

—Así es mi querido detective. Puedo asegurar que son ellos —El profesor continuó

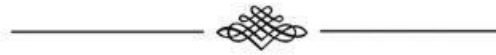
comparando ambas fotos.

—¿Hay algo de los nombres de los niños en el diario?—preguntó con ansiedad Moyá.

—Mmmm... déjeme ver —El anciano volvió a concentrarse en la lectura

—. No, lo siento, no hay ningún nombre.

—No se preocupe, ha sido de gran ayuda profesor. Con toda esta información tengo mucho



por hacer.

Una vez en su oficina comenzó a cotejar toda la información. No obstante, nada lo llevaba al asesino. Eso lo cabreaba de sobremanera.

Tenía la certeza que se estaba acercando y estaba seguro de que en su último descubrimiento estaba la respuesta.

Tres horas, observando, cotejando hasta el más mínimo detalle.

¿Qué se te está escapando Álvaro? Piensa joder.

Observó su móvil. Lo había dejado en silencio. Tres llamadas perdidas de Gema. Cerró los ojos aún más cabreado, ese maldito caso lo estaba consumiendo y desde hacía dos días que no ni siquiera hablaba con ella. Su obsesión por dar con ese desalmado lo obligaba a abstraerse de todo. No estaba acostumbrado a las relaciones. Dejó escapar un suspiro. Se prometió llamarla en cuanto terminara.

Se adentró de lleno en aquellas fotos de los niños. Había algo familiar en ellas.

—Pero, ¿dónde?— murmuró mientras revisaba en aquel desorden que era su escritorio—, ¿dónde te he visto antes? —comentó hablando a uno de los niños de la fotografía.

Abrió los archivos de su ordenador. La carpeta de la Universidad Católica era su última esperanza. Allí estaba, algo más adulto, pero estaba seguro de que se trataba de ese mismo niño. Las fotografías de los alumnos de la Universidad lo demostraban. Jesús Murguía, el falso muchacho que no dejaba de aparecer en el pasado de las víctimas.

Era hora de hablar con Pedro. Ese cabrón sabía más de lo que decía.

Capítulo 24



Desapariciones

Las lágrimas no paraban, corrían por su rostro mojando todo a su paso. En especial su móvil. Solo deseaba terminar con aquella llamada.

Odiaba esa sensación; sin embargo, no le daría el gusto de verla en ese estado. Había decidido tomarse unos días en la cabaña de Nikola que tenía en Llombai y su amigo no paraba de regañarla como a una cría.

—No deberías escapar como una cobarde —Iñaki no deseaba que Gema se escondiera. A fin de cuentas, ella no había hecho nada malo.

—No se llama huir, se llama amor propio. Nunca debería haberte escuchado —Se quejó buscando un culpable.

—Primero, te estás apresurando, la vida de un detective no es fácil. Quizá el caso le esté consumiendo todo su tiempo. Segundo, no te he obligado a nada, solo te sugerí que olvidaras tus estúpidas reglas. No busques culpables.

—Tienes razón, y lo siento. Es solo que creí que esta vez sería diferente —Se lamentó.

—Y lo es. Estoy seguro. Ese tío está interesado. El problema eres tú —Gema suspiró.

—Puede que tengas razón. De todos modos me iré. Necesito pensar y tenerlo cerca no me ayudará a aclararme.

—Como quieras. Ven cuando termines a buscar las llaves —respondió Iñaki, derrotado.

Después de tres días sin noticias de Álvaro, no sabía qué pensar. Una llamada, un mísero mensaje, una señal de humo, cualquier cosa que le indicara su interés por ella. Entendía que el caso estaba en su lista de prioridades; sin embargo, un “buenos días” hubiera sido suficiente.

Eres una cabrona. Ese gilipollas no merece tus lágrimas.

¿Y si vuelvo a intentarlo?

No, ni de coña se te ocurra llamarlo otra vez.

Si don modelito está interesado que lo demuestre.

Ahogó un jadeo. La sensación entre el cabreo y la tristeza la abrumaban. Toda ilusión se esfumó de golpe, culpándose por haber imaginado que entre ellos podría haber algo más que un encuentro fugaz de sábanas. No era una experta en relaciones ni mucho menos, pero entendía las señales. Hizo un recorrido de aquel día, intentando recrear cada momento. Sabía que tenía esa jodida tendencia a elucubrar cosas, una investigadora frustrada que en la mayoría de los casos se equivocaba. Aunque en este caso era evidente que don modelito no estaba interesado en hablar con ella y mucho menos verla.

Acarició su quinta taza de café, y apoyó la cabeza en el respaldo de su silla. No tenía deseos de hablar con nadie y hacía al menos dos horas que estaba encerrada en su despacho con la excusa de completar informes. Observó los papeles que descansaban sobre su escritorio, vacíos, incompletos, tal y como ella se sentía.

Su móvil sonó y la despertó de aquella narcosis en que estaba sumergida. Observó quién la llamaba y a pesar de su falta de ganas atendió.

—Hola Pancho —Su voz se escuchó casi en un susurro, no podía evitarlo, le costaba ocultar sus sentimientos.

—Buenas noticias. He hablado con Laura y nos daremos una oportunidad —Pancho sonaba feliz y Gema no pudo evitar sonreír. Su amigo se había confundido sus sentimientos, pero por fortuna la noche anterior habían hablado de sus sentimientos y lo habían aclarado.

—Esa es una gran noticia. Me hace muy feliz saber que tú lo estás.

—Lo estoy. Creo que es la primera vez que hemos hablado tanto. Hemos decidido tomarnos un tiempo para nosotros —Gema no pudo evitar las lágrimas. Se sentía una mala persona por envidiar a Pancho en esos momentos. Se odiaba a sí misma por ser una egoísta.

—Eso está muy bien, me alegro mucho —No sabía que más agregar.

—¿Estás bien? Te noto triste, ¿ese Moyá te ha vuelto a molestar? —El solo hecho de escuchar su nombre, le dolía.

—No, solo estoy un poco cansada. Sabes lo estresante que es esto.

—Deberías tomarte unas vacaciones —Gema cerró los ojos, sin embargo, las lágrimas corrían incontrolables por sus mejillas.

—Debería hacer muchas cosas Pancho. De hecho, lo haré. Me tomaré unos días en Llombai. Me voy esta misma noche.

—Eso está muy bien, ya verás que vuelves renovada. Bueno, no te molesto más. He quedado con Laura y no quiero cagarla llegando tarde.

No se había sentido bien ese último tiempo y su estómago se lo recordó de pronto. Tan fuerte y penetrante fue el dolor, que la obligó a llevar su cuerpo hacia adelante, un reflejo clásico por evitarlo. Incontrolables y agudas náuseas se sumaron al dolor convirtiéndose en un intenso mareo. Intentó incorporarse, no obstante, se desplomó en su asiento sin siquiera poder moverse. Inspiró profundo como si aquello la ayudara a calmarse, jadeando como una embarazada a punto de dar a luz. Por fortuna, aquello pareció funcionar.

Al cabo de unos segundos todo volvió a la calma, como si nunca hubiese sucedido. Se extrañó, esos síntomas cada vez eran más frecuentes y cada vez arremetían con más fuerza.

—Gema, han llamado de científica. Traen el cuerpo de un senador y su esposa. En unos minutos estarán aquí —Pedro irrumpió sin siquiera tocar. Gema asintió sin reaccionar.

Adiós al descanso.

Esta putada de trabajo un día me va a matar.

El día había sido extremadamente largo, después de la explosión en el banco del día anterior, la morgue se había llenado de cadáveres por reconocer y hacer las correspondientes pericias. Los familiares no habían dejado de llegar y había sido un velorio tras otro. Ahora se sumaba más trabajo. Entre lo sucedido con Álvaro y aquel día solo deseaba terminar para poder marcharse a esa dichosa cabaña y perderse por días. Iñiguez no se había negado, además, solo serían un par de días.

Eran alrededor de las diez de la noche cuando por fin terminó. Había dejado su mochila preparada en el coche, lista para partir. No le apetecía quedarse hasta la mañana. Viajaría de noche, solo eran setenta y cinco kilómetros hasta Llombai, un entrañable pueblo de montaña al que cada oportunidad que tenía escapaba del ruido de la ciudad.

Saludó apresurada a sus compañeros, sabía que Iñaki la regañaría por enésima vez. Ella amaba la impuntualidad y su amigo la detestaba. No había necesidad de saber que las miles de notificaciones a su móvil pertenecían a él.

Se encaminó hacia el estacionamiento a la vez que buscaba en su bolso las endemoniadas llaves. Nadie comprendía que el bolso de una mujer podía ser como la dimensión desconocida, un lugar lleno de cosas inservibles que solo ellas conocen a la perfección. Siempre en caso de que se las necesite.

De pronto aquel dolor arremetió con mucha más fuerza de lo habitual. Se sintió aturdida y un intenso mareo la obligó a detenerse. Su frecuencia cardíaca se aceleró más de la cuenta, sus latidos bombeaban descontrolados en su corazón. El penetrante dolor le impedía enfocar con claridad a la vez que espesas gotas de sangre comenzaron a gotear el suelo del aparcamiento. Intentó llevarse la mano a su nariz en un intento inútil de detener el sangrado, pero fue demasiado tarde. Su cuerpo se desplomó sobre el frío cemento del estacionamiento.



Iñaki no paraba de caminar por el diminuto salón del piso que compartía con Nikola. Su pareja lo observaba sin emitir sonido. Había aprendido a callar cuando los nervios lo atacaban de ese modo.

—Te digo que algo le sucedió —sollozaba sin poder controlar su angustia.

—Ya la conoces, es la reina del retraso. Estoy seguro de que aún se encuentra enfrascada en el laboratorio.

—No, allí no hay nadie, he llamado al teléfono de su despacho y nada. Eso no es normal en ella. Sé que ama demorarse, pero su móvil no lo abandona, jamás, puede que tarde en responder, sin embargo, siempre lo hace.

—¿Y si se encontró con don modelito? —Iñaki negó con la cabeza.

—No, no se lo pondría tan fácil. No con lo cabezona que es. Algo le ha sucedido, lo siento aquí en el pecho. Sabes que cuando tengo esa sensación, no me equivoco —Se dejó caer junto a Nikola en el sofá.

—¿Y ese tal Pancho?

—Debe estar metido en la cama con su mujer. Han arreglado sus problemas. No creo que a Gema le interese un trío. Creo que es hora que avise a la policía —concluyó mientras observaba



la hora, eran las tres de la madrugada.

La habían amordazado y atado de pies y manos, por lo que le era imposible moverse o gritar. Además, sabía que era inútil, no solo porque su lengua estaba adormecida gracias a lo tirante que estaba aquel trapo sucio que cubría su boca, sino que estaba demasiado débil como para hacerlo.

Sus desesperados ojos intentaban descubrir donde se encontraba, sabía que era estaba siendo transportada, el continuo vaivén y el sonido de un motor se lo confirmaban. De pronto le pareció escuchar una voz conocida en aquella conversación que sus captores mantenía. Una discusión bastante acalorada. O quizá lo estaba soñando, un extraño adormecimiento la atacaba por

momentos, haciéndole imposible distinguir con nitidez todo lo que sentía. Lo que sí podía confirmar, era el sabor metálico de la sangre que salía por su nariz. Intentó recordar cuando y como había sucedido aquello. No obstante, el esfuerzo por mantener su poca cordura era titánico. Deseaba dejarse llevar hacia ese abismo que la seducía y clamaba. Sacudió su cabeza a pesar del dolor que eso conllevaba. Se obligó a mantenerse despierta y pensar.

Lo último que recordaba era que había salido tarde del laboratorio y que estaba en el aparcamiento de la comisaria.

Estaba aturdida, mareada y demasiado débil como para concentrarse. Extrañas imágenes vinieron a su mente, pasaban como ráfagas, como si fuesen partes de aquel sueño que la llamaba. Alguien que la llevaba en brazos; sin embargo, no podía ver el rostro de su captor. Lo que sí se había quedado grabado en su mente era ese olor, un olor a viejo, a moho que se mezclaba con su propia sangre.

Necesitaba su dosis de PRP pronto, o su anemia la consumiría en poco tiempo.

El intenso cansancio la obligó a cerrar los ojos.

Solo unos instantes.

No obstante, y a pesar de todos sus intentos, aquel abismo era tan atractivo que casi de inmediato cayó en aquel sueño que ganaba la partida sin haber sido jugada.

Capítulo 25



Un callejón sin salida

Estaba frustrado. Todos los caminos se cerraban llevándolo a nada. Un laberinto de pistas que se unían para terminar en un callejón sin salida. La única certeza que manejaba era saber que ese desgraciado se demoraba con sus víctimas; sin embargo, se le estaba terminando el tiempo. Mantener la mente en frío le había resultado imposible, por lo que Iñíguez lo había apartado del caso. Al menos había accedido a su pedido de quedarse en la comisaría, eso le permitía investigar a su modo. Además, sus agentes eran quienes había sido asignados a la investigación y para ellos él seguía siendo su superior.

—¿Se sabe algo de Pedro?, ¿qué ha dicho científica? —Fernández suspiró.

—Jefe, si Iñíguez lo ve aquí... Ya sabe lo cabrón que se pone —Al agente le daba pena ver el estado en que se encontraba Moyá. Tenía los ojos inyectados en sangre, evidencia de que no había dormido en días.

—No puedo quedarme en casa sin hacer nada.

—De Pedro Herrera no se sabe nada. Ha dado una dirección falsa. Y ese tal Andrés Rodríguez no hemos podido localizarlo. A ambos se los ha tragado la tierra —Álvaro apretó la mandíbula.

—¿Y científica? ¿Qué se sabe de las fotos?

—Estoy esperando los resultados. Esos cabrones son como tortugas, se toman su tiempo.

—Tengo la dirección donde los llevaron a los pequeños después de la muerte de sus padres. La fiscalía tenía el archivo enterrado en el depósito —Interrumpió Castro—. Los niños vivieron

con su tía; sin embargo, no se supo nada de ellos. Los restos de la tía, se hallaron hace siete años, por lo que pude averiguar, la casa fue ocupada por unos indigentes y al encontrar huesos humanos dieron parte a la policía. Ah y aquí tengo la lista completa de los que entran y salen del laboratorio. El tío que hace la limpieza, Benjamín Miranda, no ha venido a trabajar desde el viernes, ni tampoco ha llamado.

—Lo recuerdo bien. Un tío muy extraño —añadió Fernández.

—Sí, también lo noté. No me había dado buena espina cuando estuve en el laboratorio. Parecía demasiado interesado en estar cerca cuando discutíamos del caso con Gema —Álvaro intervino.

—¿Cree que pueden ser los hermanos? —Moyá dudó.

—Demasiadas coincidencias. Pero, por otro lado, Rodríguez también encaja, ¿ha dejado alguna dirección? —inquirió el detective.

—Calle Cabo de Moraira 19. Curiosamente en Sagunto, jefe.

—Fernández, Castro, ustedes visitarán la casa de la tía, yo me encargaré de ir a esa dirección. Esos hijos de puta no pueden haber desaparecido. Hay que dar con esos tres como sea.



Gema sabía que el asesino conocía perfectamente su condición.

Una espantosa debilidad en sus músculos la paralizaba. Poco a poco su visión se iba enturbiando, por lo que la intensa luz que tenía sobre su cabeza, apuntando como si fuera un rayo fulminante, se apagaba con lentitud. Podía enumerar con exactitud los temidos síntomas que la acechaban.

Los latidos de su corazón acelerados, lo mismo que su respiración. Los endemoniados mareos, el aturdimiento, el intenso dolor en el pecho, y aquella fatiga que no le permitía estar más que unos pocos minutos, despierta. No necesitaba de un espejo para saber que debería parecer un cadáver a los que tan bien conocía. La anemia no daba tregua y más cuando estaba siendo inducida o acelerada de aquel modo.

Sus manos y pies estaban hinchados, el dolor parecía no cesar nunca, otro síntoma de su enfermedad. Ni una triste lágrima le quedaba por llorar, se habían desgastado como pronto lo haría ella.

Estaba helada, el frío del acero de aquella camilla y la humedad que emergía de los ladrillos,

estaban haciendo estragos en su cuerpo. La poca lucidez que tenía se apagaba como su vida.

Por más que lo intentara, no podía ver el rostro de su captor cuando se acercaba. Solo se detenía a su lado, silencioso como aquel desolado lugar. Cuando la inyectaba, ni siquiera se preocupaba en hacerlo entre los dedos de sus pies. Elegía al azar cualquier parte que se le antojara con tal de producirle dolor. Esas agujas eran cánulas oxidadas que desgarraban su carne, que al introducirlas la llevaban al umbral del dolor. Aunque era lo único que agradecía, al menos eso la desmayaba en segundos, logrando que aquella tortura cayera en el olvido.

Morfeo se encargaba de llevarla a lugares insospechados y lo agradecía. Allí no había agujas, horror y dolor. Allí al menos se encontraba con sus seres queridos. Era acunada por su abuela cuando niña. Ella se encargaba de que Gema olvidara, sonriéndole, acariciando su cabello mientras lo peinaba frente al gran espejo que usaba su madre para arreglarse cuando salía a las fastuosas reuniones. Allí, en sus sueños, volvía a ser una niña. Allí, su nana, siempre la escondía en su habitación para defenderla de Ana, su madre. Esa bruja de cuentos que usaba a su única hija como objeto de decoración ante sus ricachonas amigas. Ella era la muñeca olvidada en un gran salón, siempre impecable y sin ningún error.

Solo su abuela comprendía lo que le sucedía. Al menos hasta que la había perdido cuando tenía tan solo siete años.

—Nana ya no volverá cariño. Se ha ido al cielo —Aquella había sido una de las pocas veces en que Ana la había tratado como una madre. Y aquellas palabras se habían grabado en su subconsciente.

Sin embargo, cuando regresaba a la realidad, no había abuelas, ni peines, ni hermosos vestidos, o salones fastuosos. Ni siquiera Ana, a la que curiosamente hubiese dado cualquier cosa por volver a ver. La muñeca se estaba muriendo en silencio y en soledad. Su más temido enemigo la estaba asesinando y su anemia estaba más viva que nunca.



—¿Qué estás haciendo aquí? —Pedro se sobresaltó al escuchar la voz de su hermano. Sin embargo, no dejó de observar con veneración a Gema. Estaba arrepentido, sin embargo, no podía liberarla. Sería inútil, él era un ser débil que no tendría fuerzas para levantarla de aquella camilla.

—Solo la observaba. No parece la misma —Benjamín se detuvo junto a él. Admiró su trabajo. La doctora se estaba extinguiendo tal y como lo había previsto. El suero era lo único que la mantenía viva, sin embargo, parecía un cadáver. Sonrió, ella sería perfecta para su investigación. Drenaría su sangre infectada por la enfermedad para continuar con sus experimentos. No obstante, la mantendría con vida hasta que sus órganos no lo resistieran. De nada le servían muertos, por esa razón cuando por fin entrara en coma, comenzaría con su disección.

—Ya no es tan hermosa, ¿no es así? Ahora es tan solo un cuerpo enfermo, un ser inferior como todos.

—Pero ella es inocente. Siempre lo ha sido.

—Mi débil hermano ha caído como todos, ¿crees que tendrías oportunidad? —Pedro lo observó cabreado. Estaba harto de sus menosprecios. Él era de aquel modo por su culpa. Sí, lo había salvado de sus progenitores. Sin embargo, cuando tuvo oportunidad solo lo utilizó para sus fines.

—No, hermano, nunca la he tenido —respondió derrotado mientras se alejaba de él. Ni siquiera se volteó cuando escuchó a Gema reaccionar. Había llegado la hora de su dosis y no pensaba quedarse a presenciarlo.

—Ve preparando la cena, solo me llevará unos minutos —Escuchó decir mientras cerraba la puerta del laboratorio. Aquellos alaridos de dolor que Gema emitía, lo atormentarían por



siempre.

De pronto, la luz del laboratorio se apagó. A pesar de que el dolor la había llevado a su límite, logró enfocar tan solo por unos segundos y verle el rostro a su captor. Fue entonces cuando cayó en cuenta de todo el horror que había causado solo por aquella venganza. El muy desgraciado se la estaba cobrando del peor modo. Aquel estúpido juramento que le había hecho en un leve susurro, cuando lo había denunciado por robar el laboratorio de la Universidad. Y todo por ayudar a Rafael. Uno a uno de quienes habían estado involucrados en esa denuncia, lo pagaban con sus vidas. No sabía si reír o llorar, ni siquiera tenía fuerzas para mover sus labios. La obsesión mataba, de eso estaba convencida. Poco tardó para que pronto cayera en brazos de Morfeo, su única solución y refugio.

Sabía que nada tardaría para que el coma llegara y una vez en ese estado sería irreversible.



Los vecinos no lo conocían, ni siquiera el casero de aquel viejo edificio lo recordaba. Demasiadas personas iban y venían por aquel lugar.

El piso había estado abandonado por años. Tampoco Fernández o Castro tenían algo. A esos

tres se los había tragado la tierra.

Su móvil sonaba con miles de notificaciones de su amigo Iñaki y de sus padres, que habían vuelto de París en cuanto se enteraron de la desaparición. Los Arzúa eran una familia poderosa que estaban convencidos de que se trataba de un rapto. Habían llegado a la comisaría con aquella estúpida idea y hasta el propio Iñíguez había dudado con la alocada teoría.

Malditos ricachones que se creen el centro del mundo. Su hija puede que ya esté muerta y ellos creen que todo pueden arreglarlo con pasta.

El alcohol no mitigaba el dolor. Nada entumecía sus sentimientos o la desesperación. Solo deseaba poder cerrar los ojos un momento y no imaginarla. No recordar aquella sonrisa al despertar. Cuanto se arrepentía de no haberla retenido en la cama aquel día, que ahora parecía solo un sueño. Aquel beso robado de su cuello cuando le preparaba el desayuno. El perfume de su piel impregnado en su camisa, aquella que había usado para cubrir su maravilloso cuerpo y que le quedaba enorme. Aún podía verla, bailando en la cocina al mismo tiempo que se quemaban las tostadas.

Sonrió mientras bebía de su vaso. Había sido la mejor mañana de su vida.

—Joder, tú eres el culpable. Deberían prohibir hombres como tú, don modelito —comentaba mientras intentaba sin éxito quitar las tostadas.

—¿Cómo me has llamado? —inquirió divertido al verla tan adorable con su propia camisa hecha un desastre. Era la primera vez que no le importaban las arrugas. Esa mujer era lo único que le interesaba en ese momento.

—No pienso repetirlo. No voy a alimentar tu ego guapetón —Álvaro carcajeo.

—Podría acostumbrarme a esto —comentó besándole el cuello.

—Ni lo sueñes, solo lo hago porque no quiero que pienses que soy un desastre. Aunque creo que me ha salido el tiro por la culata —Gema se giró para robarle un beso al mismo tiempo que la bandeja con las tostadas caía al suelo como algo olvidado.

Maldijo cuando las lágrimas corrieron por su rostro. No había llorado desde la muerte de Isabel. No deseaba pensar en que, por segunda vez en su vida, la mujer que amaba era asesinada y él se convertía en un mero espectador. Un solitario lector que lee la noticia en el periódico.

Capítulo 26



El héroe y mister igor

El bolso de Gema había sido encontrado gracias a un indigente honesto. Había estado frente a sus narices todo ese tiempo.

—¿Y dices que lo encontró a tan solo dos calles de aquí? ¿Dónde está el bolso ahora, Fernández? —preguntó el detective.

—Lo hemos llevado a científica, jefe —Álvaro asintió conforme.

—¿Crees que fue raptada aquí? Pero, ¿qué hay acerca de su coche? De acuerdo a su amigo Iñaki, marcharía manejando esa misma noche hacia Llombai —comentó Castro.

—El SEAT estaba demasiado limpio. Gema no es ... —Moyá murmuró pensativo—. Castro consigue los videos del aparcamiento de la comisaría, hay algo que no encaja.

Las horas se enlentecían y para colmo de males, los padres de Gema no abandonaban su despacho. El gilipollas de Iñiguez se los había sacado de encima y no había tenido la mejor idea que enviarlos con él. Sabía que el comisario lo había hecho para mantenerlo alejado de la investigación. No confiaba en que su detective fuera lo suficientemente objetivo. No, cuando sabía que estaba involucrado con la forense.

Mientras escuchaba a su madre y sus constantes frases desacreditadoras, se compadeció de Gema. Esa mujer no se callaba nunca. Ya había repetido chorricientas veces que las

probabilidades de que se tratara de un simple rescate, era la única teoría válida. Su padre, por su parte, no emitía palabra, solo lo miraba con pena.

—Comprendo, señora Arzúa —Álvaro quería llorar. Había repetido la palabra “comprendo” diez veces en los últimos diez minutos. Por fortuna, Castro llamó a su puerta.

—Ha llegado el informe de científica, creo que deberías venir —El detective deseó besar a su agente.

El bolso estaba limpio, ni siquiera una huella. Su documentación, sus miles de cosméticos, papeles y hasta las llaves de su piso se encontraban dentro. Eso confirmaba al menos que Gema nunca había entrado en su apartamento. Por lo que la mochila nunca podría haber estado en el baúl de su coche. Poco después, Castro, llegó con los videos.

Las cámaras de seguridad revelaban a Gema dirigiéndose hacia el aparcamiento de la comisaría. Se veía con claridad a la doctora revisando su bolso. Para luego, al cabo de unos minutos en los que se podía apreciar que algo le sucedía, se desplomaba contra el suelo del aparcamiento.

El video también mostraba como dos hombres, con las características de los hermanos, la llevaban inconsciente hacia un utilitario con las siglas W.W. Servicios de limpieza.

—No hay que ser un genio para saber que significan esas W —comentó Fernández, refiriéndose a los apellidos de los progenitores de los mellizos.

—¿Puedes hacer un acercamiento de la patente?—Moyá no tenía muchas esperanzas. Esos dos les llevaban la delantera desde el comienzo. Se habían burlado de todos.

—Nada jefe, está cubierta con algo o quizá esté pintada —Castro respondió derrotado—.



Esos cabrones han pensado en todo.

Había pasado la noche en vela. Las pesadillas habían regresado y no se atrevió ir a la cama. Odiaba aquel lugar. Los recuerdos del sufrimiento y el dolor lo atormentaban. Los fantasmas del pasado parecían acecharlo, espectros lóbregos que se burlaban de él. Como si nunca hubiera crecido, como si todavía fuese aquel crío que temía a todo y a todos. Las sombras de las ratas eran la única compañía que tenía. Ni siquiera ellas se le acercaban. Ellas también recordaban las torturas, lo llevaban en su ADN, lo había leído en uno de los libros de la universidad.

Su mente lo llevó a la única época en donde había sido feliz. En donde por primera vez en su vida había interactuado con personas de su edad. En donde no solo existían su hermano o su tía.

Allí había tenido amigos, no muchos, pero los suficientes como para llamarlos así. Rafael y

Gema lo habían tratado con respeto y eso para él había significado el mundo.

Ella le había sonreído cuando lo defendió de aquellos abusones. Se enamoró de ella en ese momento, como si fuese un hada de cuento que había entrado en su fantasía. Su vida en la universidad era un idilio adolescente, al menos hasta que llegó su hermano y lo arruinó todo. No faltó mucho tiempo, para que sus amigos se alejaran de él.

Sin embargo, él no se había impuesto, ni siquiera se había negado una vez en su vida. Todo lo que su hermano quería de él, se lo daba. Por lo que no le quedó más remedio que quedarse junto a Jesús, nombre que había robado de aquel niño con el que solía jugar de tanto en tanto cuando visitaba la fábrica de sus progenitores.

Apretó los puños al recordar como su propia sangre le había arrebatado la única posibilidad de ser alguien. Arruinando su carrera. Quizá su mente no fuera la más brillante, pero al menos lo había intentado.

Todo en su vida era algo falsificado, nada era real, ni siquiera su apellido y mucho menos ese título falso de forense. Nunca preguntó como su hermano lo había conseguido, solo lo tomó y cumplió con su parte. Robando de la morgue lo que necesitara para sus experimentos.

La duda se estaba metiendo en él como una enfermedad, lenta y sigilosa, dejando ver poco a poco los síntomas, hasta que de pronto un día se manifiesta por completo.

Y Gema era el detonante, la manifestación de esa dolencia que lo había ido consumiendo todos esos años.

Amaba y odiaba a su hermano por igual en esos momentos. Una relación tan tóxica y tan devoradora que ni siquiera podía comprender quién era en realidad.

Una necesidad arrebatadora lo llevó a mirarse en el espejo. Su rostro se desfiguraba en la imagen que le devolvía. Como si dentro de él se debatieran dos personas, el niño asustadizo y el hombre en que se había convertido, un ángel y un demonio. El bien y el mal. Ese sentimiento llamado consciencia que nunca había conocido.

Miles de preguntas acecharon y se metieron dentro de él para nunca más abandonar su mente. Por una vez quería dejar de ser el villano y convertirse en héroe. Ese, el de los cómics que coleccionaba.

Se acercó a la jaula del único amigo que lo había acompañado todos estos años. La única mascota que se le había permitido. El pequeño ratón de laboratorio giraba sin cesar en la rueda que le había comprado. Le regaló un trozo de queso y el animal abandonó su carrera para devorar el manjar. Le pareció que lo miraba a los ojos, que lo comprendía. Ambos estaban encerrados, ambos giraban en esa rueda silenciosa, tentados de usarla, pero a la vez darían lo que fuera por abandonarla.

La noche dio paso al día, al menos el reloj lo anunciaba. La luz nunca entraba en aquel lugar, los viejos y mohosos ladrillos se lo impedían.

Un nuevo día, quizá, el último aliento para Gema.

Hoy tocaba ser un héroe, el primer acto heroico en aquella película de terror que había durado demasiados años. Hoy era el momento de abandonar la rueda.

Abrió la jaula y tomó a Señor Igor entre sus manos con sumo cuidado. El pequeño ratón intentaba escabullirse entre sus dedos. Él, como su dueño, deseaba escapar del infierno.

Como un robot, sin emociones y con mirada vacía, abrió la pequeña ventana escondida de aquel mohoso y húmedo sótano oculto. Sonrió, el nudo en su garganta solo le permitió emitir un imperceptible sonido.

Pedro dejó caer una escueta lágrima al ver como su único amigo se alejaba sin mirar atrás cuando lo liberó. Un silencioso adiós se dibujó en sus labios.

La duda había dado paso a la traición. Sin embargo, él no lo sentía así. Él solo deseaba liberarlo, como lo había hecho con Mister Igor. Él salvaría a su hermano.



—¿Dónde crees que vas? —Benjamín apretó su brazo impidiéndole continuar.

—Necesitamos comida. Si vamos a quedarnos aquí por un tiempo no creo que quieras morir de hambre —respondió con decisión, quizá el héroe lo había poseído. Por fin, Benjamín lo liberó de su agarre. No sin antes observarlo bajo ese escáner atemorizante. Como si leyera su mente.

—No te tardes. Estoy hambriento y quiero comenzar cuanto antes —Pedro asintió a la vez que se alejaba hacia la única salida.

Una vez frente a la pared falsa que los escondía, tomó una profunda bocanada. Apoyó la mano en la diminuta palanca, ante él apareció la oscura escalera que lo llevó hacia la civilización.

Una anciana lo observó con asombro cuando pasó junto a él. Estaba acostumbrado a que lo miraran con esa mezcla de desprecio y extrañeza. Metió la mano en su bolsillo y apretó con fuerza el móvil. Como si aquello le diese la suficiente valentía de su próximo acto.

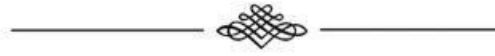
Se había alejado lo suficiente cuando por fin se sintió más tranquilo. Los nervios lo habían devorado desde que abandonó la fábrica. Las manos le temblaban. Observó hacia todos lados, temeroso de que alguien lo reconociera o descubriera lo que estaba a punto de hacer.

Un coche de policía pasó cerca de él, el instinto lo llevó a ocultarse, como si los agentes pudieran percibirlo, como si su actitud lo delatara. A fin de cuentas y para estas alturas ya era un sospechoso. O mejor dicho culpable. Ahogó un jadeo cuando la patrulla se alejó.

Era ahora o nunca. No tenía sentido disimular su voz, imaginó mientras escuchaba el sonido cruel y lento de la llamada. La ansiedad de la traición aceleró su desbocado corazón. Hizo una pausa cuando su interlocutor por fin atendió. Aquel “hola” lo paralizó de pronto. Cerró los ojos, como si al hacerlo le regalase ese último rayo de coherencia, de arrepentimiento.

—Con el... El detec... detective Moyá —Los nervios habían regresado a su garganta. Apretó

el móvil y dándose valor continuó—. Necesito hablar con el detective Moyá —Suspiró, había



superado la prueba.

El héroe había desaparecido, lo había abandonado. Mientras regresaba, no dejaba de temblar. Sabía que su hermano lo notaría. Que si no se calmaba, quizá él mismo confesaría. Una mezcla de arrepentimiento y felicidad. El saber que por primera vez había hecho lo correcto; sin embargo, le sabía a traición.

¿Qué he hecho?

Esa pregunta lo acechó durante su escueto trayecto. Las bolsas del supermercado, aquella excusa que le había servido para realizar su acto heroico, se movían con la misma lentitud que él. No podía demorarse; aun así, lo deseaba con todo su ser.

No puedo regresar, no puedo hacerlo. Me matará...

Huir, escapar, esa idea era tentadora, demasiado. Mister Igor lo había logrado.

¿Por qué él no podía hacer lo mismo?

Los víveres se desparramaron por la acera a pocos metros de la fábrica. Testigos silenciosos de sus pasos que se alejaban con rapidez.

Capítulo 25



La fábrica san antonio

No podía creerlo. Había cortado aquella llamada y aún le temblaba la mano. Barajó todas las posibilidades posibles. Se preguntó si podría cumplir con aquellas locas exigencias.

¿Y si aquel desquiciado lo llevaba a una trampa?

Su acelerada mente acompañaba a los latidos de su corazón. Adrenalina, excitación, duda, innumerables sentimientos que retumbaban en su cabeza y en su cuerpo. Una sensación sudorosa y a la vez helada recorría su espalda.

Observaba a sus compañeros, en cámara lenta. Como si fuese espectador mudo de lo que sucedía a su alrededor.

Sus pesados pies lo llevaron a la salida.

Ven solo. De lo contrario, mi hermano sospechará. Tiene cámaras en todos lados controlando la entrada principal. Debe ser por la noche. Dejaré abierta la puerta trasera. Está cubierta por viejos tableros de madera y desperdicios. No es visible a simple vista.

Le había dejado claro que su hermano estaba desquiciado y que cualquier paso en falso llevaría a Gema a una muerte directa.

Recorrió con su mente cada instrucción que aquel enfermo había nombrado. Se habían grabado en su memoria como si algo las hubiera insertado en su cerebro. Un listado, un mapa

mental de como llegar a ese sótano del demonio.

Nadie debe saberlo. Solo tú.

No era miedo por lo que podría sucederle. Solo que desconfiaba. Aquel secreto que carcomía su razón. Miró el reloj. Las once en punto.

El tiempo puede convertirse en un tirano cuando lo desea. Manejando a su antojo el tic toc de nuestras vidas. La eterna espera. A veces deseando que se detenga y otras, como en ese momento en que el deseo por acelerarlo, le generaba angustia y desesperación.

Si seguía encerrado allí, enloquecería. Además, sus agentes pronto se preguntarían el porqué no salía de su despacho.

Detuvo su coche a unas calles de distancia. Se conformaba con saber que ella estaba cerca. Como si pudiese sentir su presencia allí. Hablándole con su corazón y su pensamiento.

Estoy aquí rubiales. No te rindas. Estoy cerca, siempre lo estaré.

Eres la mujer más fuerte que conozco.

Un “Te amo” se ahogó en su garganta. Sin poder evitarlo, sus ojos se enturbiaron, lágrimas silenciosas y crueles pugnaban por escapar.

La angustia era traicionera. Sacudió su cabeza. Necesitaba serenar su corazón y su razón. Una mente en frío. No sería sencillo, pero estaba determinado a lograrlo. Ella lo exigía. Por ella lo haría.

Y así, la noche lo encontró. Sosegado y valeroso. Sacó una gorra de la guantera de su coche. Aseguró su pistola automática. El clic le aseguró que estaba cargada. La guardó en su cintura, ocultándola con su camiseta y se encomendó a ese Dios, el mismo, al que le debía haberla salvado cuando estuvo en el hospital.

Solo tú y yo. Hoy eres mi compañero. No me falles amigo.

Tal y como Pedro le había indicado, la entrada trasera se encontraba allí. Estaba abierta, sin embargo, la muy desgraciada estaba tan oxidada que rechinó en el silencio en cuanto la empujó. Minutos interminables En los que esperó. Su corazón retumbaba en sus oídos, impidiéndole escuchar. Nada sucedió.

Entró deslizándose por aquella pequeña abertura que le permitió pasar su cuerpo. No deseaba que la maldita puerta volviera a resonar.

El mapa mental que Pedro le había indicado, lo llevó a la sala de maquinarias.

De pronto, el sonido de una puerta al cerrarse lo alertó. La sombra del asesino venía hacia él.

Se escabulló con rapidez tras un descomunal artefacto. Su traicionero corazón volvió a acelerarse. La nueve milímetros estaba lista; sin embargo, no se arriesgaría. Aún no estaba seguro de si aquello era una trampa.

¿Y si Pedro me traiciona? ¿Y si toma represalias con ella?

Aguardó. El tío pasó cerca de donde se encontraba, y se detuvo. Observó con detenimiento hacia su escondite, como si lo percibiera, como un sabueso buscando su presa. Álvaro cerró los ojos maldiciendo. Ese hijo de puta tenía ojos en la espalda. Caminó hacia él. Tenía que salir de allí o de lo contrario el muy cabrón lo descubriría.

Deslizó su cuerpo, pegado a aquella máquina vieja, intentando que su respiración no lo delatara. El asesino rodeó la maquinaria, a la vez que el detective se movía con sigilo.

Al fin y después de lo que parecieron horas. El desgraciado desistió con su búsqueda y se alejó.

Álvaro suspiró, exhalando la tensión. Esperó lo suficiente y continuó aquel mapa mental.



Solo deseaba llegar a tiempo.

No entendía qué podría haberle sucedido. Hacía horas que debería haber regresado. Su mirada recorría con detenimiento, buscando, esperando que atravesara aquella puerta. Las cámaras de seguridad que había instalado funcionaban a la perfección. Sin embargo, no confiaba en ellas. De tanto en tanto abandonaba el sótano para asegurarse por su cuenta de que Cuasimodo llegara. Él mismo había sido quien, le había puesto ese nombre, un día en el que unos policías estaban hablando de su hermano. Ganándose la complicidad de los agentes mientras continuaba con la actuación. Un inocente hombre que se dedicaba a la limpieza de la comisaría.

Una parte de él deseaba que algo malo le hubiera sucedido. No había sido más que una carga todos esos años. Siempre a su sombra, yendo tras él como un perro ansioso por su hueso. De niño lo amaba, pero con el tiempo, se convirtió en un lastre, una especie de conciencia que no estaba dispuesto a soportar. Aun así, no se atrevía a acabar con su miserable vida. Un extraño sentimiento de pena, lo detenía.

Pedro solo servía a sus propósitos, no obstante, ya no lo necesitaba. No, ahora que estaba tan cerca del final y del principio. Gema Arzúa le proporcionaría todo aquello, solo con entrar en coma.

La muy bastarda era más fuerte de lo que esperaba. No se rendía como lo habían hecho los anteriores. Pero solo era cuestión de esperar un poco más.

La paciencia que había adquirido con los años se lo brindaba. Tenía todo el tiempo del mundo.

Tarde o temprano, la quebraría.

Se acercó a la camilla lo suficiente como para disfrutar de su obra maestra. Su más perfecto trabajo. Nada había fallado en su macabro plan de destrucción y creación.

Su mentor sonreiría desde la tumba. Un nuevo comienzo se acercaba para una nueva humanidad. Podía rozar con sus dedos la imagen de los aplausos y la veneración. Él, el creador, el dios que daría vida al ser humano magnífico. Un humano insuperable en cuerpo y en inteligencia.

Acercó su oído. Un imperceptible hilo de aire salía de la boca de Gema. Pronto caería en ese sueño del que nunca más despertaría. Y en ese momento comenzaría la lenta disección de sus órganos. Al menos hasta que su corazón dejara de latir para siempre.

Tomó la jeringa mientras no dejaba de sonreír con satisfacción.

Una nueva inyección y volvería a la búsqueda de Cuasimodo.

Gema ni siquiera despertó esta vez, quizá se había rendido, quizá había llegado su momento. Se regocijó mientras clavaba con ahínco y placer la reutilizada aguja, en una de las pocas zonas del cuerpo de la doctora que aún estaba intacta.

Un sonido, un chirrido captó su atención. Obligándolo a renunciar su tarea. Murmuró inentendibles palabras mientras apoyaba en una mesa la jeringa que aún conservaba la mitad del veneno.

Agudizó el oído. Nada, como si nunca hubiese ocurrido. Sin embargo, la duda penetró en su mente. Abandonó el laboratorio a regañadientes.

La esperanza de que hubiera sido Pedro se esfumó en cuanto repasó con cuidado toda la fábrica. Las sombras que dibujaban las viejas maquinarias en desuso, engañaban su cansada vista.

Los días de encierro lo estaban afectando, no obstante, debería acostumbrarse a ello. Pasaría mucho tiempo hasta que viera la luz del día nuevamente.

No saldría de allí, al menos hasta que pudiera cambiar su aspecto por completo. El único problema era con que se alimentaría. Y para ello necesitaba de Cuasimodo. Por mucho que



deseara su muerte, aún lo precisaba.

Era un endemoniado laberinto. Había al menos cinco puertas cerradas a cal y canto. Hacía al menos una hora en los que se encontraba con aquellas viejas y silenciosas paredes de ladrillo, con la única compañía de las ratas y alimañas que correteaban asustadas gracias a su presencia. Interrumpiendo el silencio al que estaban acostumbradas. La vieja fábrica era su hogar y él era un extraño en sus desérticos dominios.

Repasó en su mente cada palabra que Pedro le había indicado.

¿Y si? Tantas preguntas comenzaban con esa escueta frase que creyó volverse loco. La confianza que había sentido al entrar, mermaba con cada mal paso que daba. Se obligó a serenarse una vez más.

No tenía más opción que volver sobre sus pasos. Deshacer aquel camino que lo había conducido al laberinto.

Quizá había pasado por alto un ínfimo detalle que para Gema significaría todo. Quizá su propia mente se mezclaba con su ansiedad y lo hubieran traicionado. Quedarse allí no le daría la respuesta.

Ya había tocado hasta el hartazgo cada centímetro del único corredor que había pasado por alto. Sus dedos habían adquirido el hedor a rancio que emergía de esos malditos ladrillos. Pero más allá de eso, nada, ninguna abertura que lo condujera a la escalera que Pedro había dibujado en su cabeza. Lo único que sabía con certeza, era que si lo hubiesen querido muerto, ya lo estaría. Ese lugar era una trampa para quien osara adentrarse. Era lo más parecido al infierno. Al menos Álvaro lo sintió así. Un lugar digno de una película de horror contemporáneo.

A pesar de estar cabreado, continuó con su búsqueda. Sus ojos ya se habían ambientado a la oscuridad, por lo que apagó su linterna, no deseaba arriesgarse.

Se encontró por segunda vez con el salón de máquinas. Volvió al comienzo. Había escapado del laberinto.

Suspiró aliviado y cabreado por partes iguales. Necesitaba un respiro para aclarar su mente.

Su cuerpo perdió el equilibrio al intentar apoyar su espalda en lo que le había parecido solo la sombra de una enorme maquinaria. Allí, frente a él, había estado la endemoniada escalera de la que Pedro había hablado. Todo el tiempo que había perdido, solo por confiar en su mente, en ese mapa imaginario que había trazado con detalle.

La ansiedad había ganado a la razón.

Se adentró esperanzado. Solo tenía que descender y activar la jodida palanca.

Capítulo 28



Uno de los sospechosos

Hacía al menos cinco días en los que no podía distinguir si era de noche o de día, solo tenía la certeza de que estaba encerrado en un trastero de un edificio. No hacía falta ser un genio para descubrirlo. No solo por su diminuto tamaño, sino porque estaba abarrotado de muebles y otros desperdicios. Al menos quien lo había dejado allí, se había apiadado dejándole botellas con agua y algo de comer. Su cabeza aún dolía cuando la tocaba. Por fortuna el golpe no había sido fatal y la sangre había cesado en pocas horas. No necesitaba que nadie le dijera el porqué de su encierro. Había descubierto a Pedro robando de la morgue. Cuasimodo, como todos lo llamaban, estaba llenando una mochila con elementos que pertenecían al laboratorio, jeringas, agujas descartables y hasta muestras de reactivos que estaban bajo llave.

Mucho no recordaba de lo que sucedió después, solo que se desvaneció. Alguien lo había golpeado en la nuca y luego de eso todo se había vuelto negro. Lo único que recordaba era que antes de desplomarse en el frío suelo de la morgue, Pedro lo observó con lástima, hasta con arrepentimiento.

Sabía que no tenía muchas posibilidades de que alguien lo estuviera buscando. Su única familia, su abuelo, estaba en aquel asilo desde hacía meses y poco lo recordaba. Solo cuando regresaba a la lucidez. Pero eran demasiado escasos esos momentos. El cansancio y la falta de alimento estaban haciendo estragos en su cuerpo. Había estudiado durante años, como para no saber lo que le estaba sucediendo. Se consumía, sus órganos se estaban alimentándose de él. Su brillante futuro se extinguía junto con su vida. Una escasa lágrima rodó por su mejilla, al pensar en la universidad. Todo aquel sacrificio que su abuelo había invertido para que su nieto pudiese acceder a la Católica, la universidad más prestigiosa, para irónicamente no poder salvarse a sí

mismo. Años esperando convertirse en un salvador, para terminar así.

Estaba cansado, y las esperanzas se agotaban. Deseaba gritar; sin embargo, ya lo había intentado sin éxito. Los coches se escuchaban a lo lejos, por lo que estaba seguro de que aquel lugar en donde se encontraba, debería estar alejado de la ciudad.

Se sentía fatal y estaba famélico. Pronto su cuerpo entraría en shock y si no lo rescataban a tiempo moriría. Era como estar enterrado vivo, él sería testigo de su propia muerte.

Sus ojos se cerraron.

Ya no más, ya no más.

Allí, entre las sombras de su mente, olvidaba lo que sucedía con él. Allí encontraba su refugio.



Sus pies avanzaban por las calles de Valencia tan rápido y como le daba su cuerpo. Temeroso y girando en un constante e inquieto nerviosismo, como si Benjamín pudiese estar tras él.

Su segundo acto heroico lo esperaba. Andrés no merecía aquello, y si su hermano llegaba a enterarse de que no se había deshecho de él, como lo había jurado y perjurado hasta el hartazgo, de seguro ambos terminarían como sus víctimas.

Se había encariñado con el practicante. Era un buen hombre, quizá el único aparte de Gema y Rafael que lo comprendía.

Desde el mismo instante en que lo vio, supo que compartía con él algo más que el trabajo. Solo que su hermano se lo había prohibido y él, como siempre, había accedido a sus reclamos. Era su oportunidad de resarcirse y de quizá recuperar la incipiente amistad que habían comenzado.

Nadie, ni siquiera Benjamín, conocía de ese lugar en donde lo había ocultado. Esperaba llegar a tiempo, no sabía si aún estaría vivo.

Sintió desfallecer cuando encontró el cuerpo inconsciente del pobre Andrés en el frío suelo de aquel container que había alquilado hacía tiempo, cuando en un intento estéril, había soñado con llevar una vida normal, comprando muebles viejos por internet con la intención de que algún día pudiera tener su propio piso. Lejos de aquellas decrepitas y gélidas paredes de la fábrica.

Lo arrastró con dificultad hacia el exterior, su débil cuerpo no le hubiera permitido levantarlo. Él no era como los superhéroes de sus cómics. Observó hacia todos lados nervioso. Por fortuna, la zona en donde el trastero estaba ubicado no era transitada, por lo que nadie notaría su valiente acción.

No sabía qué hacer, ni siquiera tenía su utilitario y por más que lo intentara, Andrés no despertaba. Comenzó a desesperarse y a culparse. Se sentó junto al hombre y comenzó a llorar desconsolado. Había asesinado a su amigo en su intento por salvarlo de aquella locura. Se había quedado solo. Sin su hermano, sin Gema, y ahora sin su compañero. Ni siquiera Mister Igor lo acompañaría ahora. Debía volver a la fábrica, tal vez, su pequeño ratón de laboratorio había regresado, tal vez extrañaba aquella rueda tanto como él. El único refugio que conocía.

Sin embargo, no podía abandonar el cuerpo de su amigo, dejarlo allí tirado como si fuese un animal muerto.

—Perdón, per...dón Andrés, yo, yo, no... —tartamudeaba al mismo tiempo que tomaba la cabeza del hombre. Un leve murmullo logró quitarlo de aquel trance en el que había entrado. Su amigo estaba vivo. No lo había asesinado, quizá, después de todo podría salvarlo.

Quizá hasta podría perdonarlo.

Fue entonces en que, haciéndose de valor, tomó su móvil y marcó a emergencias. Fueron los minutos más eternos de su vida.

La sirena le advirtió que era momento de ocultarse. Respiró aliviado cuando los paramédicos se lo llevaron. Era momento de regresar. Tal vez ya todo había terminado y Gema también se había salvado. Con una inocente sonrisa se alejó de aquel viejo trastero.



—Fernández, han llamado del hospital, un hombre con las características de Rodríguez ha sido ingresado con síntomas de desnutrición —comentó Castro desde su escritorio.

—¿Le has avisado a Moyá? —Castro negó.

—No responde su móvil. Puede que lo tenga en silencio, o quizá lo haya olvidado —Su compañero se extrañó, Álvaro no hubiera dejado su móvil por nada del mundo. Además, no había salido de la comisaría, al menos él lo hubiera visto.

—¿Has probado con Iñiguez?

—No, pero no creo que sea conveniente. Si se entera de que lo estamos buscando, se dará cuenta de que sigue trabajando en el caso —Fernández, asintió. Castro tenía razón, lo mejor era no alertar al Inspector.

—Vayamos al hospital mientras tanto seguiremos intentando comunicarnos con él. Algo me huele raro —El agente conocía muy bien a su jefe, habían trabajado juntos desde hacía años.

Lo había llamado en cuanto le asignaron trabajar en la central y él encantado había accedido. Siempre se cuidaban las espaldas y aquella extraña actitud de Moyá no era propia de él. Estaba seguro de que la doctora le interesaba y quizá estaba deprimido, pero nunca dejaría de atender su



teléfono, no cuando estaba tan involucrado.

Un sospechoso menos. Andrés Rodríguez había sido ingresado con síntomas de desnutrición de al menos cinco días, por lo que era evidente que debían descartarlo. Dentro de sus pertenencias, su cartera con su identificación lo había confirmado.

Habían esperado por dos horas hasta que despertó. No obstante, los médicos les prohibieron hablar con él, no al menos hasta que estuviese recuperado. Pero el agente no pensaba abandonar el hospital hasta obtener respuestas.

—Castro, ¿sigues saliendo con aquella enfermera cubana? —Su compañero asintió—, ¿trabaja aquí verdad?

—¿Qué estás tramando?

—Necesito un uniforme de enfermero. No pienso irme de aquí sin hablar con Rodríguez. El tiempo apremia y esos médicos no evitarán que hable con él.

El pobre Rodríguez estaba siendo monitoreado y alimentado por sonda. La televisión estaba encendida; sin embargo, nadie la estaba mirando, era lo único que se movía y alumbraba la oscura habitación. El paciente, a pesar de estar despierto, tenía la vista fija en la ventana.

—Buenas noches, agente, ¿ha venido a interrogarme? —Fernández se extrañó. ¿Cómo era posible que lo hubiera reconocido vestido así?—. Si se pregunta como he sabido que es usted, le diré que lo he escuchado hablando con su compañero en el pasillo. Las paredes de este lugar son demasiado delgadas. Y yo estuve en silencio por días, por lo que mi oído debe haberse desarrollado —El agente sonrió.

—¿Recuerdas que sucedió?

—Ha sido Pedro Herrera, pero estoy seguro de que no fue él quien me golpeó. Él me estaba mirando cuando me desvanecí. Alguien me noqueó por detrás. Sin embargo, puedo asegurarle que fue Pedro quien me rescató, tiene un olor característico, y a pesar de mi adormecimiento, podía olerlo.

Andrés le relató lo del robo y todo lo que podía recordar desde allí. No había aportado mucho, pero al menos, ahora sabían que él no estaba involucrado en el rapto de la doctora. Por lo que todo apuntaba a Benjamín y a Pedro.

—¿Has podido comunicarte con el jefe? —preguntó Fernández mientras se quitaba el uniforme que le había servido de disfraz. Castro negó.

—Nada, sigue atendiendo el contestador.

—Volvamos a la central. Puede que necesitemos triangular su posición. Estoy seguro de que se ha ido por su cuenta a buscar a esos hijos de puta, y puede que nos necesite.

Capítulo 29



Todo termina

Si alguien le hubiera advertido o se lo hubiese descrito, de seguro nada podría haberse comparado con lo que encontró.

La imagen más dantesca se manifestaba como una pesadilla ante sus ojos.

Su nueve milímetros temblaba en su mano, a punto de no poder sostenerla, se tornó pesada, obesa entre sus dedos. Ni siquiera podía apuntar, su mente se había separado de su cuerpo. Había llegado demasiado tarde para todo.

Gema no podía estar viva, era imposible. La mujer que se hallaba en esa camilla no podía ser ella, sin embargo, lo era. Nada quedaba de esa sonrisa o de esos ojos ámbar que lo habían encandilado. No había brillo en su sedosa piel. Era tan blanca y pálida como la luz que brillaba sobre su inerte cuerpo. Hasta sus carnosos labios se habían consumido, fundiéndose en aquel insípido color de su desnudez.

El único contraste era el color de las miles de heridas que se esparcían por toda ella. Un patrón desigual, prueba fiel y real del dolor que había padecido aquellos tortuosos días encerrada allí con ese asesino. Esa rata que ahora apuntaba con su arma.

El muy hijo de puta intentaba profanar su alma, lo único que quedaba de ella, lo único que no podía robarle. Sus ojos lo traicionaron, no pudo evitarlo.

La maldición lo había alcanzado. No había podido salvarla lo mismo que a su hermana. La imagen de Isabel lo acechó como un fantasma que se levanta de su tumba, reclamándole, recordándole su error. Aquella silla en donde la había encontrado muerta. Donde la sangre había

tomado por completo su cuerpo.

Cerró los ojos, deseando escapar, retroceder en el tiempo. Ese tiempo que horas antes se le había hecho eterno y ahora le era tan escaso.

Álvaro no supo como sucedió, pero la figura de su hermana se levantó de aquella silla y le sonrió con aquella ternura que siempre le había gustado tanto. Como si el perdón hubiera tomado la forma de Isabel. Un leve susurro salió de sus labios, estaba seguro de que no era su imaginación.

Sálvala...

Esa palabra se repetía como un eco dentro de su mente con la inconfundible voz de su hermana. Abrió los ojos. Gema estaba viva, Isabel se lo había dicho. Agradeció en silencio a aquel Dios invisible, aquel único compañero que lo había acompañado hasta allí.

La valentía regresó. El detective tomó el arma con ambas manos. Ya no temblaban, su nueve milímetros era ahora tan liviana como el aire. Apuntó a su objetivo y gritó.

—Aléjate de ella maldito cabrón —Benjamín se giró sorprendido a la vez que tomaba la jeringa con el veneno.

—Ha llegado demasiado tarde, detective. Sus signos vitales ya no responden —comentó mostrando una sonrisa de satisfacción que a Álvaro le heló la sangre—. Con esta última inyección ya nada podrá hacerse. Estará muerta antes de que esa bala pueda alcanzarme.

—Mientes, hijo de puta —siseó entre dientes a medida que se le acercaba.

—¿Y por qué debería hacerlo? ¿Acaso no es usted el que me está amenazando? —El detective no daba crédito, el muy desgraciado estaba tan desquiciado que no le importaba si moría o no. Aquello lo confundía.

De pronto el rostro de Benjamín se desfiguró al ver a Pedro que se había detenido junto a Moyá. En sus manos llevaba un caño lo suficientemente pesado como para derribar al detective.

—¿Qué haces maldito infeliz? ¿A qué esperas? Atácalo —Gritó Benjamín desesperado a la vez que amenazaba con su jeringa el mórbido brazo de Gema.

—Ya basta hermano. Te lo suplico. Ella no merece esto, ni tú tampoco —Pedro rogó acercándose a él.

—No te atrevas a dar un paso más —amenazó a su hermano para luego dirigirse a Moyá—. Y usted, baje el arma, detective, despacio, muy despacio —Álvaro obedeció al ver como la maldita jeringa se clavaba en el brazo de Gema—. Ahora, patéela hacia mí y retroceda.

El detective estaba entre la espada y la pared. Testigo mudo de como la última oportunidad de salvarla se escapaba de sus manos. Abalanzarse sobre aquel desalmado puede que no le diera tiempo para que el veneno no alcanzara el cuerpo de la doctora. Buscó con su mirada algo que le diese la oportunidad. Cualquier cosa que sirviera como arma. Por fortuna, Pedro mantenía a Benjamín ocupado con sus súplicas. Aquello le daría la ocasión que estaba esperando.

—Hermano... Déjala, olvídate de ella y vámonos. Podremos empezar de nuevo.

Benjamín carcajeó al mismo tiempo que sus abismales ojos bicolor se oscurecían. Parecía como si su cuerpo hubiese duplicado su enorme tamaño.

—Eres débil, un inservible que solo ha servido para mis planes —Pedro retrocedió, incapaz de creer aquellas crueles palabras que salían de la boca de su hermano.

—Eres un hijo de puta. He hecho todo por ti. Te he dedicado mi vida —aulló en una mezcla de rabia y dolor.

—Tu vida, ¿dices? Yo te he dado la vida y me has traicionado. Eres como ella —Gritó clavando por completo la jeringa en el brazo de Gema. Regocijándose ante la mirada atónita y suplicante de su hermano y del detective—. Terminaré lo que he empezado y nadie podrá detenerme.

Tan ciego y desesperado estaba por culminar que la locura se apoderó de él, sin siquiera importarle la presencia del detective o de su hermano, se giró para dar la estocada final a la inerte mujer que yacía en la camilla. Sin embargo, y antes de que pudiera lograrlo. Álvaro le lanzó un bisturí que había tomado mientras los hermanos discutían. Agradeció al ver como el brazo con el que estaba a punto de inyectar el veneno en Gema, abandonaba su tarea.

Al ver aquello y llenándose del poco valor que tenía, el héroe en Pedro regresó. Un Robín para un Batman, un valiente partenaire, dispuesto a todo con tal de salvar a la damisela en apuros. Así se imaginó en una fracción de segundo, en el que el arrojo con el que había soñado siempre al leer sus preciados comics lo poseía. Sin pensarlo, se abalanzó contra su hermano para descargar, con toda su energía, el peso de aquel caño que aún apretaba con sus manos.

Moyá, aprovechando la distracción que se había generado, se acercó con rapidez a la camilla para quitar la jeringa del brazo de Gema. Desesperado por liberarla y tomarla entre sus brazos. Ni siquiera le importaba aquel desalmado, tan solo llevarla lejos de aquella demoníaca locura.

Los hermanos continuaban enfrascados entre golpes y gemidos. Curiosamente, Pedro soportaba los embates de su hermano. El débil hombre, demostraba estar dispuesto a todo por su damisela.

Álvaro chequeó el pulso de Gema, ya no había signos de vida, ni un mísero pulso o latido.

No puedo perderte... Por favor Dios....

Cabreado y frustrado, comenzó a practicarle RCP, comprimiendo su pecho, en un último intento por regresarla a él. A la vida.

—Vamos Gema. Reacciona por favor —murmuraba sin prestar atención a lo que sucedía a sus espaldas.

Aquel error le saldría demasiado caro. Había perdido el objetivo, olvidando la razón. Su mente lo había traicionado gracias al remolino de emociones que lo abrumaban. Un fallo propio de un detective novato. Confiando demasiado en que el valiente Pedro resistiría lo suficiente.

No obstante, su compañero yacía inconsciente en el frío suelo del laboratorio.

Ni siquiera notó la entrecortada respiración del asesino tras él. Para cuando reaccionó, fue demasiado tarde. Su cuerpo se desplomó a los pies de Benjamín, quien aún sostenía el caño

oxidado en su enorme y deforme mano, manchada de una espesa sangre, gracias a esa herida que Álvaro le había producido.

El desgraciado, sin perder tiempo, tomó la jeringa que había quedado sobre la camilla y se dispuso a continuar con aquella satánica locura.

—Debo terminarlo. Debo culminar —murmuraba obsesionado. En su enferma y oscura mente no había lugar para nada más.

Tal era su abstracción, que no se percató de que Pedro se había incorporado, ni que el arma del detective estaba en las manos de su hermano.

—Detente, Benjamín, ya no más —espetó Pedro con voz temblorosa.

Sus desvencijados lentes colgaban desprolijos de su nariz, gracias a la pelea en la que se habían enfrascado. Empañados por espesas lágrimas que brotaban sin control. Sin embargo, y pesar de los golpes que había recibido, se mantenía firme.

No obstante, su hermano no lo escuchaba. Había decidido ignorarlo como siempre lo hacía. Tal era su obsesión y su veneración por aquel endemoniado diario, que había dedicado su vida entera a él. Olvidando a la única persona que lo amaba.

—Benjamín —gritó aún con más energía, logrando al menos que se detuviera un instante.

—Eres débil. No sirves para nada. Ruegas y ruegas, ¿crees que eso me detendrá? —escupió lleno de rabia y dirigiendo su mirada hacia el arma que Pedro sostenía—. Cierra los ojos como lo has hecho siempre.

Al fin lo comprendió. Demasiado tarde quizá. Había regresado con la esperanza de detenerlo. Creyendo que podía convencerlo de huir juntos. Como hermanos. Que la sangre que los unía era un lazo demasiado poderoso. Estaba equivocado. Su hermano, se había convertido en sus padres. Amaba más a ese diario que a su propia carne. El odio nubló su atormentada razón. Las lágrimas habían dado paso al rencor más elemental.

El disparo en su cabeza fue, quizá, lo último que Benjamín sintió antes de desplomarse. Aún respiraba cuando su hermano lo tomó entre sus brazos. No podía terminar así, había mucho por hacer. Él era un dios, el mayor creador que la humanidad llegaría a conocer jamás.

La ironía podía llegar a ser muy cruel. Su vida se acababa gracias a ese niño débil al que había salvado de los demonios. La oscuridad sigilosa y traicionera, se acercaba mientras era mecido en brazos de su propio asesino. Su propia sangre.

Cerró los ojos, ya no podía mantenerlos abiertos. El sollozo de su hermano se fue convirtiendo en un murmullo lejano, hasta que desapareció.

—Todo terminó. Ya eres libre, yo te liberé —Pedro gimoteaba al mismo tiempo que acariciaba el rostro de su mellizo.

El héroe ya no era tan atractivo, prefería ser débil. Sin embargo, ya era tarde. Se había quedado solo. Ni siquiera Mister Igor lo acompañaría.

Aquella mezcla de arrepentimiento y dolor arrasó con su mente. No podía vivir sin él. No sabía qué hacer.

Aún sostenía el arma cuando Álvaro despertó.

Pedro estaba en shock. Sus ojos estaban vacíos, oscuros. Un abismo lóbrego se asomaba en

ellos. Por primera vez dejaba ver su aniñado rostro sin expresión. Sus lentes yacían junto a él, inertes, lo mismo que su hermano.

El detective observó aquella imagen dantesca. Benjamín Weber había sido asesinado por su mellizo. No pudo evitar sentir pena por ambos.

A pesar del dolor, se incorporó con dificultad. Su cabeza aún sangraba gracias al golpe que había recibido. No le importó, necesitaba llegar a Gema. Sin tener en cuenta los intensos mareos que sentía, se acercó a la camilla a trompicones.

Por favor. Solo un milagro. Un único milagro. No puedes llevártela...

Un imperceptible y lejano latido logró que el detective sonriera emocionado, Dios no lo había abandonado. El RCP había funcionado. Aquella mujer era una luchadora, no se había rendido. Deseó besarla, no obstante premiaba llamar una ambulancia.

Al detective nunca el sonido de la sirena le había sonado tan dulce como hasta ese momento. La sensación de alivio y felicidad que le produjo le supo a gloria.

De pronto el laboratorio se llenó de gente. Los paramédicos arrasaron, llevándose a Gema en aquella camilla. Oxígeno, estetoscopio, miradas desesperadas, una vorágine que pasó ante sus ojos en segundos. El tiempo volvía a premiar. Ni siquiera pudo verla, tocarla, despedirla. No se lo permitieron. La perdió de vista, con una promesa silenciosa de que la volvería a ver.

Lo más extraño fue encontrarse con sus agentes allí. Él no los había llamado. Sin embargo, poco le importaba en aquellos momentos. Solo Gema.

—Jefe, ¿se encuentra bien? —Álvaro observó a Fernández—. Está sangrando.

—Estoy bien —contestó aturdido a la vez que tocaba su cabeza.

—Debería hacerse ver.

—Ya joder, he dicho que no me pasa nada.

—Moyá —interrumpió Castro señalando hacia Pedro.

Álvaro lo observó asombrado. No entendía como, pero no se había movido. Ni siquiera él lo había recordado. Había olvidado su silenciosa presencia. Habían intentado quitarle a su hermano de sus brazos sin éxito. Se había aferrado, como un niño con su peluche preferido.

—Yo me encargo —dijo el detective mientras se acercaba con cautela.

—Pedro. Ya todo terminó. Tienes que dejarlo ir —El hombre reaccionó de pronto, clavando sus verdes ojos en él.

—No puedo hacerlo. Soy lo único que tiene —Volvió a mecarse con el cadáver en brazos, dejando ver el arma entre sus manos. Álvaro se tensó.

—Dame el arma, Pedro —inquirió con cautela. No deseaba alterarlo.

Se arrodilló frente a él.

—No te acerques más, Moyá —gritó al mismo tiempo que apoyaba el cañón del arma en su

sien—. Cuídala mucho y dile que lo siento. Debo ir con mi hermano, me necesita.

—No, no, no —Álvaro se abalanzó hacia él. Pero fue demasiado tarde.

Capítulo 30



Escapar sin despedirse

Dos meses después, París

No entendía como se había dejado convencer de aquella locura. Ana Arzúa había arrasado con todo, hasta con su paciencia y su cordura. Aquellos dos meses en el hospital la habían dejado atontada.

¿Cómo se te ocurrió decir que sí? Joder tía, tú sí que te lo curras.

La azafata anunció que en pocos minutos aterrizarían en el aeropuerto Charles de Gaulle. Gema cerró los ojos. Se repetía como un mantra, una y otra vez, que solo se había embarcado en aquella locura por su padre. Don Roberto no tenía la culpa de estar casado con una bruja embaucadora.

Había olvidado lo que era soportarla. Era el ser más manipulador e intolerante del planeta. Desde que habían subido al avión, no había hecho más que parlotear sin descanso.

A ella no le interesaban las viejas ricachonas ni las pieles, mucho menos Cartier o Hermés o Chanel. Ella era de El Corte Inglés a lo sumo. Y si eran de rebajas mucho mejor. Por fin, Rodrigo impuso su hombría y el loro parlanchín cerró el pico. Gema agradeció a su padre con los ojos.

La ciudad de las luces la recibió con lluvia, un alivio que le sentó de maravillas. Si algo odiaba su madre era ese clima. Según la señora Arzúa, arruinaba su perfecto peinado. Conclusión, no habría cena en un restaurante de moda y no la exhibiría como un trofeo.

Se encerró en la lujosa habitación que le habían preparado y se dejó caer sobre la mullida cama que pronto la engulló como un bocado.

Los recuerdos y todo lo que había sucedido aquellos dos meses regresaron como una inminente tormenta.

Todos, excepto por Iñíguez, habían desaparecido de su vida. Como si ella nunca hubiera existido. Hasta el mismo Iñaki, solo le había dejado una escueta nota.

Aquello le había extrañado. Su mejor amigo, odiaba escribir en papel. Pero, por otro lado, lo más probable es que hubiera perdido su móvil por enésima vez. Cosa que era normal en él.

Una nota en la que solo decía “recupérate pronto”. Su madre le había jurado y perjurado que aquella había sido la única visita de su mejor amigo. Y ella había llegado a la conclusión de que Iñaki y Nikola, por fin, habían hecho ese viaje que tanto deseaban. Solo que hubiera preferido que lo hubieran hecho en otro momento. No, con ella encerrada en aquel hospital.

De don modelito tampoco había recibido noticias. Sin embargo, no le extrañaba. Él, a pesar de sus sentimientos, había sido su touch and go más perfecto. Ella le había entregado su corazón aquella noche, y él solo había tachado una más en su lista. Ella era un mero doble tilde azul, como el de un WhatsApp. Le dolía, no había podido olvidarlo. La había salvado solo porque era su trabajo. Ya no le quedaban lágrimas. Noches enteras, hipotecando su corazón, pensando e imaginando su vida junto a él. Un sueño que desgarraba su razón. Odiaba la sensación de vacío que sentía en su pecho.

Estaba sola, nadie con quien compartir, aquel dolor que atravesaba todo.

Había aprendido a bloquear lo sucedido, ese atormentador rapto. Sin embargo, a él, no. Álvaro Moyá estaba muy dentro, allanando como un ladrón su protegida fortaleza. El sistema avanzado de seguridad que había creado a su alrededor, había sido violentado por don modelito, y ella lo había permitido.

Se dejó llevar por las emociones, hasta que la suave almohada la condujo hacia Morfeo. Al menos hasta que abrió los ojos en la mañana y la realidad regresó.

Había esquivado a su madre desde que habían llegado a París, regalándole aquella preciada intimidad. Encerrada en la lujosa habitación del piso de los Arzúa. Pero, no todo podría encajar como un guante. Al día siguiente, una interminable sesión de spa fue su primera tarea en la interminable lista que Ana Arzúa tenía preparada para su hija. Para convertirla en la mujer perfecta.

No le importaba hacerlo, se dejó manipular. Compras innecesarias, perfumes, carteras, zapatos y un infinito guardarropas que no cabía en su vestidor. Las tiendas adoraban la tarjeta dorada de Rodrigo Arzúa y ella solo asentía con una ficticia sonrisa. Adormecida y aturdida por esa vorágine que la consumía día a día.

Una semana más tarde, un temido almuerzo de lujo con las amigas de su progenitora, la obligó a abandonar las almohadas que la acompañaban por las noches.

—¿Podrías al menos sonreír? —Ana la golpeó por debajo de la mesa mientras susurraba entre dientes. Gema la observó, clavando sus ámbar ojos en ella. Volvía a sus quince años.

Había retrocedido en el tiempo, regresaba a ser la inexpresiva y perfecta Barbie Malibú. Solo que sin su Ken, porque el muy cabrón no había aparecido ni un puto día por el hospital.

Escapa. Hazlo. Olvídate de Ana y sus amigas. Vete y a tomar por culo con todo.

Aun así, mostró su hermosa sonrisa “Colgate”. Ya habría tiempo para planear su escape.

Un número desconocido apareció en su móvil, no había mensaje, solo una solitaria y sospechosa notificación. Su madre clavó la vista en el dispositivo. Gema podría jurar que esa mujer tenía vista de un halcón.

Por fortuna, una de sus amigas captó su atención y la doctora aprovechó la ocasión para escabullirse al baño, no pensaba quedarse con la duda.

—¿Hola? —preguntó con ansiedad, no sabía por qué, pero presentía que aquel número era importante.

—Al fin, ¿dónde hostias estás?

—¿Iñaki? —Gema cerró los ojos, estaba furiosa. No podía creer que su amigo tuviera el descaro de llamarla—. Eres un cabrón, no has venido a verme ni una puta vez, te has olvidado de mí para irte con Nikola.

—¿Qué? Escúchame con atención loca desquiciada, aquí la única cabrona es tu adorada madre. No nos ha permitido verte, es más, no has echado como a perros gracias a esos guardaespaldas que contrató. Los cabrones no permitieron nuestra entrada.

—La madre que la parió —Gema apretó el móvil cabreada. Su madre se había pasado tres pueblos esta vez. Le había mentido como a una cría y ella en su aturdimiento se había dejado embaucar.

—Como te digo cariño. Ni siquiera el detective churri pudo pasar. Y tú sabes que no te mentaría con algo así. Ahora dime, ¿dónde estás? —La forense inspiró y expiró tantas veces como pudo.

¿Álvaro? ¿Don modelito?

—París.

—¿París? ¿Te has vuelto loca? ¿Qué ha sucedido con mi Gema? Madre mía, es peor de lo que imaginaba. Dime que no te ha poseído la Barbie Rapunzel —Gema, no sabía si reír o llorar. Asintió como si Iñaki pudiese verla.

—Peor... La Malibú —Hizo una pausa. Necesitaba preguntarlo o moriría—. ¿Dices que Álvaro estuvo en el hospital? —Su corazón le pedía a gritos que su amigo lo confirmara.

—Cielo, ese guapetón ha ido todos los días durante dos putos meses. Habrá gastado una pasta sustancial en flores —La forense ahogó un jadeo. Su madre estaba enferma. Y ella había caído en su trampa, creyendo cada una de sus mentiras.

—Necesito volver. Si lo que dices es cierto, Álvaro creará que no me interesa —La doctora

cerró los ojos al recordar que no tenía ni un duro—. ¿Cómo he sido tan estúpida? La muy cabrona de Ana “accidentalmente” ha olvidado mi cartera y todas mis tarjetas, y al no necesitarlas... —Chasqueó la lengua a la vez que se observaba en el espejo del baño. No era ella. La mujer que le devolvía el reflejo, era una reina de belleza, un ser vacío y carente de emociones. Una muñeca de porcelana.

—Tú tranquila, cariño, “el equipo Iñaki” irá en tu rescate —No pudo evitar carcajear.

Su amigo tenía las ocurrencias de un adolescente alocado y ella lo amaba por eso. Era imposible no seguirle el juego. Su Peter Pan eterno.

—Solo si vienes con Mary Iñaki Poppins con mi ropa dentro. Estoy hasta los cojones de Chanel y Hermés.

—¿Hermés? Ni se te ocurra deshacerte de ese bolso. La necesito como respirar —La doctora sonrió, ella odiando los lujos, mientras que Iñaki vestía con imitaciones.

—Entonces haz lugar en tu habitación, porque pienso vaciar ese vestidor parisino por completo. Puedo asegurarte que Don Rodrigo Arzúa Hidalgo solo compra lo mejor —Su amigo comenzó a gritar de la emoción y a ella le supo a felicidad.

—Gracias, virgen santa, mi Gema ha regresado.

Tan pronto como terminó aquel llamado, fue como si un huracán embravecido la hubiera poseído. Arrasó con todo a su paso, hasta con la bandeja que un pobre camarero llevaba en su mano. El estruendo de las copas al caer alertó a todos los comensales. Su madre en especial clavó su mirada inquisidora y cabreada en ella.

—Gema... ¿Te has vuelto loca? —Su madre apoyó la mano en su pecho, actuando como siempre. Una víctima de los abusos de su única hija.

—Deja de actuar madre. Nadie en esta mesa te tolera. Solo están aquí por el dinero de mi padre. Todas son tan rastreras como tú —Las amigas de Ana se miraron asombradas. Sin embargo, ninguna se ofendió lo suficiente como para marcharse y perderse el espectáculo.

—Eres una desagradecida. Todo lo que hecho ha sido por ti —sollozó su madre al mismo tiempo que Gema carcajeaba.

—Nunca has hecho nada por nadie. Solo has descargado tu frustración en mí, ¿crees que no conozco tu historia?, ¿la reina de belleza frustrada? —Ana la observó confundida—. Oh, sí, la abuela dejó un jugoso diario con las memorias de toda la familia —Estaba demasiado dolida, quizá no debería haber sido tan cruel, a fin de cuentas era su madre. Sin embargo, necesitaba de aquello para por fin dar un punto final a los años de manipulación y control. El espectáculo había terminado.



—Adiós, Ana, disfruta de tu almuerzo.

No entendía qué estaba haciendo allí, ni como había llegado al bar frente a la comisaría. Dos meses sin saber de ella. Dos putos meses en que aquella frase se había grabado en su mente. Palabras que habían tirado por tierra la única vez que se había atrevido a amar.

Mi hija no desea verlo detective. Le sugiero que se marche y no vuelva.

¿Qué había hecho mal? ¿Qué había sucedido con Gema para que lo rechazara así?

Conocía su tendencia al drama. Sabía que su intrincada mente solía inventar historias que solo ella creía. Sin embargo, nada tenía sentido. Por más que regresara en el tiempo, a esa última mañana en que habían desayunado en su piso, no encontraba un solo indicio.

Daba igual cerrar los ojos o no, esa mirada ámbar lo perseguía, lo mismo que su sonrisa. Nunca había sido buen perdedor y el alcohol que estaba bebiendo, ciertamente no ayudaba. Chasqueó la lengua.

Ni siquiera podía hacer bien su trabajo. Esa misma tarde, Iñíguez lo había obligado a tomar una engañosa licencia.

—Al fin te encuentro detective —Álvaro levantó la vista. El estrafalario amigo de Gema lo observaba con una gran sonrisa en sus labios—. Tenemos que hablar.

—Dispara. Tengo todo el tiempo del mundo —siseó mientras bebía de aquella cerveza que ya había perdido sus burbujas.

—Necesito un superhéroe para rescatar a una dama en apuros —El detective lo observó extrañado. Ese tío estaba totalmente loco.

No obstante, la intriga pudo más que la razón. Además, era la única conexión que tenía con ella.

París, dos días después.

Parecía que un adolescente hormonado lo había poseído.

La excitación de una primera cita, las manos sudadas, el constante movimiento de su nuez al tragar, calor, frío, tocar el cuello de su impecable camisa blanca, asegurándose por millonésima vez que se encontraba en su sitio. Típicos síntomas de aquellos nervios que lo atacaban descontrolados. Solo le faltaba el acné y volvería a tener quince años.

Los minutos volvieron a extenderse más de la cuenta.

Si alguien le hubiera dicho alguna vez que se encontraría dentro de la “Máquina del misterio” de Scooby Doo, se hubiera reído a carcajadas. Esa furgoneta era una réplica exacta. Otra de las alocadas ideas de Iñaki. Aún no se creía el haber accedido a conducirla desde Valencia.

Las personas se detenían boquiabiertas a observar al furgón. Hasta un grupo de turistas asiáticos tomó fotos con su móvil, acercándose lo suficiente, en post de la selfie perfecta.

El detective negó con la cabeza, la espera se estaba convirtiendo en una pesadilla. Sin

embargo, todo lo soportaría por ella.

Faltaban cinco minutos, solo cinco y volvería a verla.

Sus manos volvieron a sudar mientras apretaba con fuerza el volante, en un intento absurdo e inútil de calmar sus nervios.

El vacío hall de entrada del edificio donde vivían los Arzúa, de pronto, se llenó con su presencia. Allí estaba su demonio. Con aquella sonrisa que lo enloquecía, regalándosela al conserje que la miraba embobado. Estaba guapísima, aún más preciosa que nunca. La mujer más increíble del mundo.

Apresuró a colocarse aquel gorro que Iñaki había insistido tanto en que usara, mientras Gema cruzaba la acera en su dirección. La sorpresa debía ser perfecta.

Ocultó su rostro a la vez que ella abría la puerta de la furgoneta, ansioso por que todo funcionara. Solo rogaba que no se cabreara. No confiaba en lo que su mejor amigo le había dicho.

—Creí que nunca volvería a verte —comentó Gema sin siquiera mirarlo. Silencio, él no respondió—. ¿Dónde está Nikola? —preguntó mientras se giraba para ver el interior de la furgoneta.

Se quedó muda. Boquiabierta. Sus expresivos ojos se abrían y se cerraban sin control, absorbiendo, devorando la imagen frente a ella. Un sueño, una ilusión de la que no podía despertar. Cientos, miles de ramos de las rosas más rojas y perfectas, cubrían por completo la parte trasera de la “Máquina del misterio”.

—Hola rubiales —Gema se volteó con lentitud. Aquella voz no era real. No podía serlo. No obstante, allí estaba su detective.

—Dime que no te ha poseído Iñaki con esa locura del equipo de rescate —comentó deseando abalanzársele. Don modelito estaba guapísimo con aquella camisa blanca que resaltaba aquellos ojos azules. Esos, que la miraban con devoción y con esa sonrisa granuja que la desarmaba.

—Por supuesto. Soy el superhéroe más poderoso del equipo, y he venido a salvar a mi dama —Gema no pudo evitar reír. Amaba a ese hombre.

—¿Y este superhéroe acaso piensa esperar mucho más para besarla?

Don modelito carcajeó. Había encontrado a la mujer perfecta.

Epílogo



La lluvia había cesado, cuando por fin salió del coche. Irónicamente odiaba los cementerios. Le daban escalofríos.

—Ve, yo estaré aquí si me necesitas —Gema asintió. Sabía que lo había ido a hacer allí, debía hacerlo sola. Esa había sido su decisión. Álvaro le sonrió infundiéndole ánimo con la mirada.

Conforme avanzaba, el sonido de sus pasos interrumpía el silencio. Marcando con su compás el enviado sentimiento de la soledad.

Las nubes volvían a oscurecerse, acompañando la tristeza y la desolación. De aquel lugar frío, carente de existencia.

Se había demorado en ir. No estaba lista. Sin embargo, se lo debía y se debía cerrar ese capítulo.

La gris lápida era tan triste como su tumba. Ni siquiera el césped que la cubría alegraba el desolado paisaje. Sus piernas flaquearon al leer el escueto epitafio. Aún no podía creerlo.

Pedro Weber, tan solo eso. Sin nada que lo acompañara, como si su existencia hubiese sido como un fantasma. Acarició aquella helada piedra, como si al hacerlo, él notara su presencia.

Álvaro le había contado su lamentable y triste historia. Las piezas del engranaje, encajaron a la perfección. En ese momento supo que debía estar allí. Despedirse, agradecerle y perdonarlo. Sabía que él nunca quiso hacerle daño, solo que su perturbada mente lo había llevado a traicionarla.

Manipulado por años por aquel desquiciado.

Ambos hermanos habían sido víctimas y victimarios. Sin embargo, él también lo había

salvado. En un último acto de valentía, había deshecho su traición, anteponiendo la razón sobre la locura.

No podía odiarlo.

Sin poder evitarlo, lloró por ese inocente niño, por ese hombre que nunca había conocido un hogar, mucho menos el amor.

Las flores blancas que colocó sobre aquella tumba, significaban la pureza. Él, la había alcanzado con ese último acto.

—Adiós Pedro.

Apresuró sus pasos hacia el coche, la lluvia había comenzado a caer mezclándose con las lágrimas que se negaban a detenerse.

Su abuela le había dicho, una vez, que cuando caía la lluvia, eran los ángeles que lloraban de tristeza.

Quizá fuera cierto, y en aquel triste lugar, lo estuvieran haciendo por Pedro.

Corrió hacia los brazos de su superhéroe, necesitaba de su fortaleza.

Fin

Algo de mí



Carolina McLeod es el pseudónimo que uso en homenaje a las preciosas tierras altas de Escocia. Soy Argentina, nacida en Buenos Aires bajo el signo de virgo. Actualmente vivo en Gijón, España. Soy detallista y muy observadora, lo que me ayuda mucho a la hora de escribir. Escritora brújula, a pesar de que me encanta el orden, con mis historias no puedo lograrlo. Nacen en el momento. Constantemente aprendiendo y plasmando en mis novelas mi pasión por Escocia, Noruega y su mitología. Adoro el romance y la fantasía. Soy una lectora empedernida de las grandes escritoras de mi género, el romance histórico. Aunque acabo de incursionar en la literatura contemporánea, de la que confieso, me he enamorado también.

Autora autopublicada en Amazon.

Mis redes:

En Instagram como @caromcleod_escritora

En Facebook como Carolina McLeod, escritora

En TikTok como @carolinamcleodescritora

También tengo un canal de YouTube con el mismo nombre.

Mis libros

SERIE HIGHLANDS

LO QUE ESCONDE LA SANGRE (Serie Highlands I)



Megan Mackay es una orgullosa muchacha de las Highlands de Escocia, sobrina del laird Douglas Mackay, quien desea presentarla en la corte del rey Alejandro a los fines de desposarla, sin embargo, ella es rebelde e impetuosa, y no permitiría que ello ocurriera. Una mujer guerrera, quien no desea ser doblegada.

Vivirá sueños que le revelarán su identidad y que la acompañarán, mostrándole su camino. Se encontrará en medio de disputas entre dos países que la reclaman.

Su sangre oculta un poderoso secreto, que la llevará a tener que decidir su destino y por el que se enfrentará a quien menos lo espera.

"Ella era ahora esa guerrera, aquella de sus sueños..."

Una historia de traición, venganza, guerras y romance, donde la fantasía y la mitología nórdica tendrán un rol principal.

¿Podrá la sangre triunfar?

Acompaña a sus protagonistas en esta hermosa historia.

ELEGIDOS POR LA SANGRE (Serie Highlands II)



Si la profecía se cumple, la guerra se desatará y puede que el Helheim triunfe. Gunnar llega al Clan Sutherland para preparar al "Pequeño General", el hijo de Connor y Megan. Pero nada es tan sencillo como parece y la amenaza ha llegado junto con el vikingo. En su camino conocerá a una joven salvaje que lo atormentará y hará flaquear su promesa, aquella que lo marcó en el pasado.

Ayla sueña con el amor, sin embargo, ese vikingo testarudo es un hueso duro de roer.

¿Podrán estos seres tan opuestos unir sus corazones?

Un protector, una joven descartada y un niño deberán enfrentarse al peligro y a la destrucción.

Mitología, fantasía, traición, luchas, guerra, romance y pasión en esta nueva historia de la serie.

EL ASCENSO DE LA SANGRE (Serie Highlands III)



Su vida ha sido marcada por la profecía del helheim desde su nacimiento.

Una bendición y al mismo tiempo una maldición que lo consume.

Ha llegado el momento de enfrentarse a ella.

Lachlan no lo desea, será elin quién tendrá la misión de guiarlo hacia la luz antes de que la oscuridad lo consuma.

La guerra se avecina. dos almas que se unen a pesar de los obstáculos. un infierno que no descansará hasta devorarlo todo.

Una advertencia, un llamado, una profecía de sangre.

¿Podrá el amor ser más poderoso que el mismo infierno?

¿O arderá hasta que sea solo cenizas?

Vikingos, highlanders, romance, fantasía y mitología nórdica, en el final de esta maravillosa serie.

Acompaña a sus protagonistas en esta nueva y última aventura.

